CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

MADRID 80

AGOSTO, 1956

LABRA

CUADERNOS HISPANO-AMERICANOS

•

LA REVISTA

que integra

al MUNDO HISPANICO

en la

cultura de

NUESTRO TIEMPO

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista Mensual de Cultura Hispánica

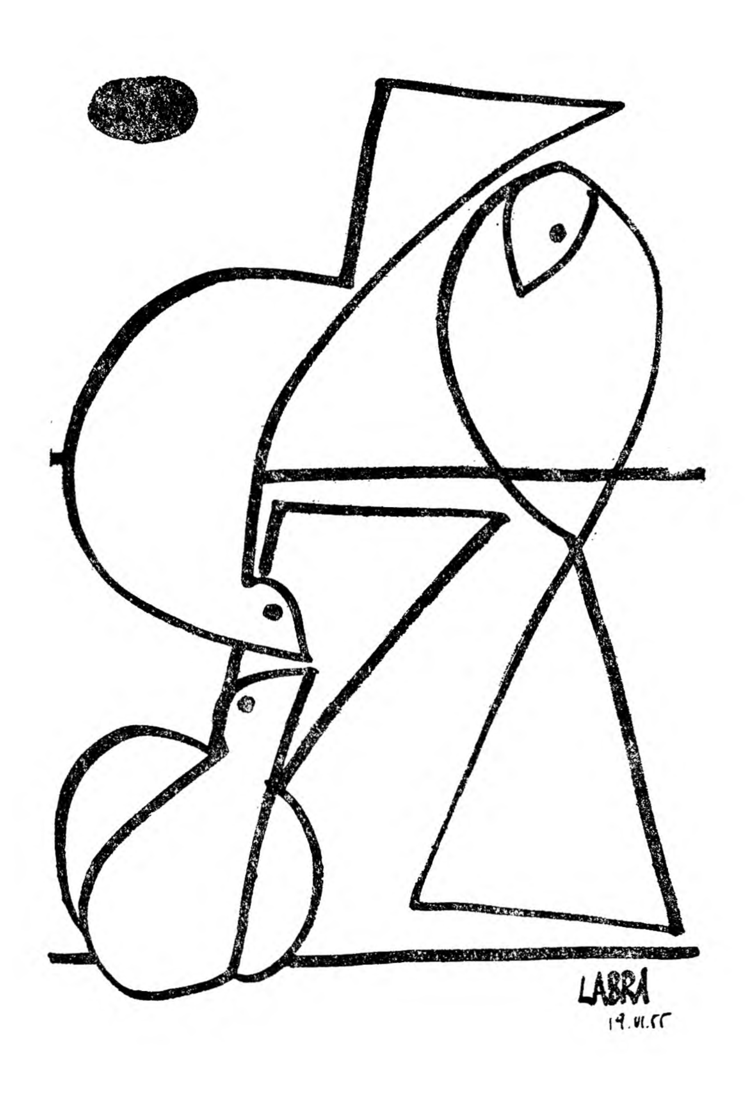
80

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA
Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91
MADRID

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *Labra*. En páginas de color, el trabajo de FERNANDO DÍEZ DE MEDINA *Fantasía a la memoria de mi padre*.



NUESTRO TIEMPO

GRÁFICAS ORBE, S. L.—PADILLA, 82, MADRID.

GENESIS Y ETAPAS DE LA PENETRACION PROTESTANTE EN IBEROAMERICA

POR

PRUDENCIO DAMBORIENA, S. J.

Entre las glorias más desinteresadas de la epopeya hispánica en el Nuevo Mundo debe figurar la de haber incorporado aquellas tierras vírgenes a la civilización cristiana. Si—en expresión de Gómara—"la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, fué el descubrimiento de las Indias", ello se debió en gran parte a que, con aquella gesta, las naciones ibéricas dilataron hasta insospechados límites las fronteras de la Iglesia.

El hecho, ya lo sabemos, tuvo proyección universal, dimensiones en cierto modo ecuménicas. En el siglo XVI Roma perdía con la revolución protestante algunas de sus más preciadas posesiones europeas, aquellas conquistas que habían ocupado sus principales afanes misioneros a todo lo largo de la Edad Media. La Europa Central, los países escandinavos y las islas Británicas vinieron a añadirse a la pérdida del Oriente cristiano, causada pocos siglos antes por los cismas de Focio y de Cerulario.

Es el momento en que España y Portugal montan a primer plano de la historia, y, por un golpe audaz, casi diría quijotesco, cruzan el mar ignoto y ponen a los pies del Vicario de Cristo a las multitudes de la joven América. Los pioneros ibéricos—piensa certeramente Toynbee—prestaron entonces un gran servicio a la Humanidad y a la religión. Porque fueron ellos los que, rompiendo nuevos espacios, ampliaron los dominios de la sociedad cristiana. Y si ésta, cual otro grano de mostaza, creció hasta convertirse en la Gran Sociedad, y es hoy día el gran árbol en cuyas ramas se cobijan nuevos mundos, ello se debe, en gran parte, a la sobrehumana audacia de las gentes de Iberia.

El símil evangélico del *gran árbol* es sugestivo. Porque resulta que en este año del Señor—1956—una de las más potentes ramas del catolicismo es la integrada por las naciones iberoamericanas. Ya a mediados del siglo pasado un historiador eclesiástico francés, Rohbacher, se admiraba de que la América hispana, no obstante la retirada de los españoles, permaneciera católica y ocupara en

la marcha de la civilización cristiana el primer puesto después de Europa.

Si hoy el buen abate asomara entre los vivos, se sentiría admirado al ver su presagio (porque entonces no era más que eso) convertido en realidad. Aun los más aferrados al Viejo Mundo tenemos que reconocer, a fuer de realistas, que América, tanto la del Norte como la del Sur, empieza a ser el continente del porvenir. Económicamente porque guarda todavía casi intactos recursos agotados ya por nosotros; técnicamente, porque va aprendiendo, aleccionada por el gran vecino del Norte, sistemas más adelantados y perfectos que los nuestros; culturalmente, en parte también, porque sus generaciones traen consigo un vigor juvenil y un ansia de trabajo y de progreso propios de nuevos pueblos...

Ahí, en esas tierras sudamericanas, derivadas de una cultura común, idénticas en la fe y en la sumisión a la cátedra de Pedro, posa también complacida la Iglesia su mirada. En ese inmenso Brasil que, con sus cincuenta millones de bautizados, ha arrebatado a Francia y a Italia la palma de "primeras naciones católicas", que hasta ahora ostentaban. En esa masa homogénea de veinte Repúblicas que desde el Río Grande al cabo de Hornos, sola ella integra el 35 por 100 de la población católica universal—cuatrocientos millones de católicos en el mundo entero—, de ellos treinta y cinco millones en Iberoamérica.

¿Cuál es la situación de la Iglesia Católica en el antiguo mundo de Colón? Se han emitido con frecuencia afirmaciones tajantes e injustas sobre el particular. El problema religioso iberoamericano presenta enorme complejidad y sería de mi parte absurdo pretender abordarlo en este lugar. Todo aquel que quiera enjuiciarlo prescindiendo de las consecuencias religiosas del bochornoso siglo XIX en casi todas las Repúblicas, corre grave riesgo de equivocarse en la solución... Y en su existencia presente se observan asimismo signos de evidente vitalidad que yo sería el primero en valorar (1).

Hoy, sin embargo, me toca una penosa labor: la del médico que, sometiendo a análisis al organismo humano, trata de localizar en él aquellos gérmenes nocivos que, con el tiempo, podrían causarle debilitamiento extremo, o aún tal vez una muerte fatal. Dejando a un lado metáforas, nos hallamos en Sudamérica frente a frente con el protestantismo angloamericano, decidido a repetir con sus

---

(1) Entre los muchos estudios que tratan sobre la materia, merece destacarse el volumen editado por Richard Pattee, *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1949, y en el que colaboran especialistas de cada una de las Repúblicas.

vecinos del Sur la triste aventura religiosa que sus progenitores llevaron a cabo en la Europa del siglo XVI. No retiro la frase. Se trata de una verdadera invasión, sistemática, perfectamente sincronizada y planeada hasta los últimos detalles, aunque en ella falten hogueras y cadalsos como con Servet y Tomás Moro, o revoluciones agrarias y complicidades de príncipes como en la patria de Lutero...

* * *

El protestantismo nunca logró asentar pie en Hispanoamérica durante la época colonial. Las correrías de algún que otro aventurero—del tipo de Juan Arentot—por tierras que hoy son de Bolivia, Perú y Ecuador; la presencia de algunos innominados propagadores de Biblias protestantes en puertos del Atlántico, o las incursiones de hugonotes franceses, comisionados por el almirante francés Coligny, al Brasil y a las costas de Florida, fueron meros episodios que nunca lograron interrumpir la labor evangelizadora de la Iglesia.

Los óbices hallados eran de diverso género. En la Península, todo candidato para las Indias, antes de obtener el permiso de embarco, debía pasar por un riguroso escrutinio religioso-social. Entre las exigencias figuraba la de ser "de familia católica, en la cual nadie hubiese sido condenado por la Inquisición desde dos generaciones anteriores". La medida no era arbitraria, pues el protestantismo, rechazado continuamente de la Península Ibérica, había jurado vengarse enviando quintas columnas a sus posesiones de ultramar. Pero aquí funcionaba también el Tribunal de la Inquisición, atento siempre a que, por maquinaciones de los herejes, no se maculase la pureza de la fe. Ramón Insúa, al analizar las causas del escaso entusiasmo sudamericano por el protestantismo durante aquella época, lo atribuye también al hecho de "ser entonces el nivel de los virreinatos españoles superiores en mucho al de las colonias establecidas por otros pueblos en el continente, sin olvidar que España era en el mundo la primera potencia intelectual". Por consiguiente, "mirados como inferiores los otros pueblos, su influencia cultural tenía que ser forzosamente nula entre los criollos de origen español" (2).

Tengamos, sin embargo, en cuenta también otros dos factores: uno inherente a nuestro carácter hispánico y otro derivado de las especiales circunstancias del protestantismo de aquella época. Para

---

(2) Ramón Insúa. (Es una cita tomada de un libro suyo—en la Biblioteca de Razón y Fe—y que se me ha traspapelado.)

la mayoría de los latinos que discurren por cuenta propia o buscan solución a sus inquietudes espirituales, el protestantismo (confuso, superficial en sus dogmas, atomizado en sectas y carente de unidad) no ofrece adecuada respuesta. Fué el caso concreto de don Miguel de Unamuno que tanto "flirteó" con el protestantismo sin hallar jamás en él la paz que ansiaba su alma. Uno de sus biógrafos, Julián Marías, le llama con razón "heterodoxo frívolo", añadiendo que "ni fué verdadero cristiano ni filocristiano, porque le faltó humildad radical, seriedad y fe para lo primero y le sobró hondura de espíritu para quedarse con lo segundo" (3).

Pero, además, es preciso rememorar que el protestantismo primitivo fué estéril en obras de misión. Sus primeros corifeos, empezando por Lutero, Calvino, Beza y otros, apoyados en rígidas teorías de una inapelable predestinación, habían proclamado la inutilidad de predicar el Evangelio a los pueblos paganos. La mayoría de sus seguidores, hasta bien entrados en el siglo XVIII, se contentó con seguir casi al pie de la letra las consignas de sus maestros:

> A lo largo de los siglos XVII y XVIII—escribe el historiador wesleyano Findlay—, las potencias marítimas protestantes ganaron la supremacía de los mares, llegando prácticamente a anular las donaciones hechas por los Papas a España y a Portugal. Sin embargo, tanto a Holanda como a Inglaterra les faltó en absoluto el sentido cristiano, y sus conquistas se llevaron a término prescindiendo de la religión y de la Humanidad. En este sentido, la mayor pecadora fué Inglaterra. En las costas africanas, la corona británica estaba representada no por el misionero, sino por el cazador de hombres *(man-stealer)*. En las Indias orientales, y con anuencia del Parlamento, se prohibía, hasta 1813, la presencia de misioneros, en tanto que los enviados reales se dedicaban a los más flagrantes actos de expoliación de los naturales (4).

El caso de las posesiones asiáticas de Holanda no fué más alentador. Y tiene razón el P. Pierre Charles al afirmar que "el principal resultado de sus excursiones por Ceilán y las islas Celibes fué el de arruinar la obra de los antiguos misioneros católicos". ¿Cómo iban, pues, a intentar los protestantes (sobre todo cuando Norteamérica, en período todavía de amalgamiento, no tenía intereses político-comerciales con sus vecinos del Sur) inmiscuirse en las colonias hispánicas, tan llenas de peligro para sus propias vidas?

* * *

---

(3) Marías, Julián: *Miguel de Unamuno*, Buenos Aires, 1950, pág. 151. En cambio, para los escritores protestantes, don Miguel fué "un santo cristiano rebelde, el último y el mayor de los místicos herejes de España".

(4) Findlay-Holdsworth: *The History of the Wesleyan Methodist Missionary Society*, Londres, 1921, I, págs. 24-5.

La situación cambió radicalmente durante y después del período de independencia de aquellas posesiones de Ultramar. Hay en la elaboración histórico-religiosa sudamericana de la época elementos (llamémoslos negativos a falta de vocablo mejor) que allanaron notablemente el camino a la entrada de las sectas. He aquí, brevemente indicados, algunos:

1) El *Enciclopedismo*, muy de moda en numerosos círculos intelectuales y que—son palabras de un protestante—"contribuyó a que la América latina fuera liberándose de su lastre medioeval y asimilando las nuevas ideas que llegaban de Inglaterra y Estados Unidos" (5).

2) *El éxodo de obispos, sacerdotes y Ordenes religiosas*, unas veces por propia voluntad, otras—las más—por los decretos gubernamentales lanzados contra ellos. Esta ausencia de pastores de almas, prolongada durante varias generaciones, fué fatal. Las gentes de la nueva América crecieron en la más absoluta ignorancia religiosa. Los fieles morían desprovistos de los auxilios esenciales de la religión. En este punto es menester mencionar a la Compañía de Jesús—blanco de repetidas expulsiones—, pues el hecho de su permanencia ha molestado siempre a los protestantes, quienes han visto en sus miembros, exageradamente sin duda, representada "la quinta esencia de la Iglesia y de la Hispanidad":

> Si quisiéramos—escribe el profesor de Princeton, John Mackay—nombrar la figura de la Historia que, mejor que ninguna otra, encarna el alma española, no dudaríamos en escoger a Ignacio de Loyola. Aquel vasco, hijo de la más antigua raza ibérica, ha sido llamado con razón *anima naturaliter iberica*... Después de armarse caballero de la Virgen..., Ignacio se retira a la cueva de Manresa en busca de un principio superior capaz de trascender sus ansias de renuncia y de santidad personal. Y aquel principio lo halla en la obediencia a la Santa Sede. Loyola promete total acatamiento al Papado, y trabaja por medio de sus hijos en llevar a los demás a tal sumisión. En la gruta de Manresa nace la orden jesuítica, esa terriblemente genuina creación del espíritu español... Una insaciable sed de dominio y una absoluta lealtad a Roma: he aquí los secretos de la historia religiosa de España, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo (6).

3) *La francmasonería* ha sido, desde los comienzos, una preciosa ayuda para el protestantismo, con el que se ha confabulado no precisamente para promover las ideas de la Reforma, sino para socavar los fundamentos de la Iglesia Católica. La labor de zapa

---

(5) Sante U. Barbieri: *Spiritual Currents in Latin-America*, Buenos Aires, 1950, págs. 69 y sigs.

(6) Mackay, John A.: *The Other Spanish Christ*, Nueva York, 1932, páginas 21-22. Mackay tiene una especie de obsesión antijesuítica que patentiza en todos sus escritos y en las muchas conferencias dadas en Europa y América. Dos de sus fuentes favoritas son Unamuno y Oliveira Martins.

llevada a cabo por las logias (recordemos, por ejemplo, la de Méjico, que en 1833 pedía en sus proclamas "la abolición de los privilegios de la Iglesia, la inmediata supresión de las Ordenes religiosas y la absoluta libertad para las demás religiones") fué devastadora para todo el catolicismo continental. Miembros de la masonería fueron muchos de los misioneros protestantes que cruzaron en dirección sur el Río Grande y hermanos fervientes de logias, aquellos sudamericanos que les abrieron de par en par las puertas de sus respectivas patrias. En sus campañas anticatólicas, las sectas han podido siempre contar con el apoyo de las logias. Un caso simbólico de la estrecha unión de la masonería y el protestantismo actual lo tenemos en el obispo metodista filipino Enrique C. Sobrepeña, nombrado solemnemente *capellán* de las logias masónicas de aquel archipiélago (7).

* * *

La interacción de los factores que acabamos de enumerar acarreó a Sudamérica un doble daño. Ante todo, la relajación de la fibra católica de aquellos pueblos. No se puede tener un catolicismo recio, militante, cuando faltan aquellos instrumentos esenciales a su vitalidad. Pablo Antonio Cuadra nos ha trazado de mano maestra lo que sucedió en las Repúblicas sudamericanas:

> Se cree—escribe—que Hispanoamérica ha sido durante sus cuatrocientos años de historia un continente de continuo desarrollo religioso. Y la verdad dura, triste, es que durante más de un siglo (a lo largo del XIX sobre todo) Hispanoamérica sufrió en su religiosidad católica el más hostil e implacable ataque bifrontal: de parte del liberalismo interno y de parte del liberalismo protestante. Ataque mancomunado del Poder y de la Riqueza, sólo comparable con el que actualmente realiza Rusia en los países ocupados... Hay que recordar la guerra a muerte, guerra declarada y oculta simultáneamente, que declaró el liberalismo a la religión y a la Iglesia en todo el siglo pasado... La destrucción de todos los instrumentos de apostolado, el irrespeto jayán, la corrupción premeditada del clero, eran solamente el aspecto negativo de la obra. En el aspecto positivo está su laicano con sus misioneros, sus legislaciones, embajadas..., todas empeñadas en descatolizar nuestros países. El resultado de tamaña lucha tenía que ser aniquilador para cualquier otra religión que no fuese la católica (8).

Y en segundo lugar, la preparación del terreno para el establecimiento del protestantismo. Por eso, los escritores de las igle-

(7) Véase, por ejemplo, J. L. McLeish, *Highlights of the Mexican Revolution*, Cincinati, 1917, donde el autorizado hermano explica a sus partidarios la activísima parte tomada por las logias en la revolución mejicana.

(8) P. A. Cuadra: "Mesa redonda en torno al catolicismo latino-americano", en la revista *Latino-América*, 1 mayo 1951, pág. 222.

sias separadas, lejos de llorar sobre los males de este período, lo consideran como el de su portentosa incubación:

La llegada del protestantismo a Latinoamérica—dice el mejicano Alberto Rembao—nos aparecerá como fenómeno natural si examinamos las fuerzas que hicieron posible su afloración... Para cuando llegaron nuestros misioneros, el protestantismo les había precedido allí en forma camuflada de liberalismo. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los Gobiernos sudamericanos se volvieron progresistas. Estaban asimismo en vigor las Constituciones liberales que, además de desbancar a la Iglesia tradicional, prepararon el camino para legislaciones del tipo de *Bill of Rights* de los Estados Unidos. Pero, aun antes de aquel período, la filosofía positiva que inspiró a los héroes de la Independencia era protestante no sólo en espíritu, sino aun en sus detalles. Las Constituciones sudamericanas no eran, en gran parte, sino imitaciones de la de los Estados Unidos, y ésta... (con el influjo de Locke y Bentham) era ciento por ciento protestante. Por estas razones, el trabajo que en Latinoamérica aguardaba a los misioneros protestantes resultaba mucho más fácil que el de sus hermanos destinados a las Misiones de China, de la India o de países mahometanos (9).

Si, al favor de estas circunstancias, las relaciones político-religiosas de las jóvenes repúblicas hubieran tomado el sesgo que los protestantes esperaban, la resultante hubiera sido muy diversa de la actual. Con todo, los primeros latidos de aquellos nuevos países constituyeron para los discípulos de Lutero una primera decepción. Tanto los dirigentes nacionales como los grandes héroes, al emanciparse del rey y de la Corona, se cuidaban de no hacerlo de la religión que habían heredado de la Madre Patria. Los deseos mostrados por los políticos de entenderse con la jerarquía eclesiástica y de no herir los sentimientos religiosos del pueblo indicaban a las claras que no buscaban el divorcio entre el patriotismo y la religión. El fenómeno les molestó:

Aquella actitud sudamericana—comenta un autor moderno—de continuar profesando lealtad a la Iglesia católica, negándose a incluirla en su oposición a la Madre Patria, era señal inequívoca del poder que Roma ejercía sobre la mentalidad popular. Y todo ello, no obstante su convicción [?] de que ella [la Iglesia] había sido la conculcadura de sus derechos y de que la influencia del clero se había inclinado casi siempre a la monarquía peninsular (10).

Un nuevo fenómeno hubiera favorecido también sus designios. Sabían por experiencia que casi todas las herejías (nestorianismo, cisma del Occidente, revolución luterana, jansenismo, etc.) habían sido promovidas desde las filas del clero y que el rompimiento con Roma había sido precedido o acompañado por un período de

---

(9) Rembao, Alberto: *Discurso a la nación evangélica*, Buenos Aires, 1949, páginas 73-4.
(10) Mackay: *That Other America*, Nueva York, 1934, pág. 179.

turbulenta exaltación política. En Sudamérica, la activa participación del clero en la causa de la independencia; las dificultades halladas por varios de sus miembros con las respectivas jerarquías; la obstinada interferencia del Patronato regio; la adhesión un tanto anacrónica de ciertos obispos y sacerdotes a las consignas llegadas de la Península y las doctrinas poco ortodoxas o la filiación masónica que empañaban el nombre de algunos miembros del clero nacional... Todos éstos eran síntomas favorables a la escisión. Por allí corrían también los escritos del galicano abate de Pradt (el amigo de Rivadavia y Bolívar), en los que se abogaba por el rompimiento con Roma y por la creación de "Iglesias nacionales". Esto, añadido a las conminaciones de tipo napoleónico que algunos héroes de la Independencia dirigían por entonces a la Santa Sede, auguraban un desastroso fin. Parece que los protestantes de uno y otro lado del Atlántico hubieran acogido con alborozo tal rompimiento:

> No hay duda—escribe Mackay—que la aparición en Sudamérica de una serie de Iglesias nacionales, liberadas de la influencia de Roma y de la Orden jesuítica, habría señalado la aurora de un nuevo día en la historia espiritual de aquel continente (11).

Pero sus planes quedaron de nuevo desbaratados. Aun en los momentos de mayor tensión y en ocasiones casi desesperantes para aquel nacionalismo en carne viva, la jerarquía y el clero mantuvieron integérrimo su juramento de fidelidad a la Santa Sede:

> En este sentido—escribe monseñor Francceschi—, la historia de la Argentina puede mostrar con orgullo que, después de los sucesos de 1810, a pesar de que la Iglesia nacional actuó durante un sinnúmero de años sin mantener vinculación alguna con Roma y predominando entre los dirigentes del país tendencias contrarias al sentido romano de la Iglesia, no se registra un solo caso de herejía, no se recuerda un solo caso de desfallecimiento. Tan profundo era el sentido católico que había recibido en preciosa herencia (12).

Por eso los historiadores protestantes han de contentarse con señalar a aquellos contados miembros del clero que se desviaron del recto camino o a los poquísimos que, por motivos de despecho o de lucro, se pusieron al servicio de las sectas. En Méjico hay algunos sacerdotes enrolados en la masonería y—a finales de siglo—otro diminuto grupo que abraza el protestantismo episcopaliano. En Chile, el cura Beltrán funde las campanas de su iglesia para luchar contra los españoles. En la Argentina, Juan Ignacio Gorriti procla-

---

(11) *Ibídem*, pág. 180. Cfr. *The Other Spanish Christ*, pág. 67.
(12) Pattee, *op. cit.*, pág. 25.

ma la conveniencia de crear una Iglesia nacional, pero es abandonado de todos. En el Brasil no faltan miembros del clero adictos a la masonería, y Feijoo pide al Congreso la supresión del celibato eclesiástico, ejemplo imitado por otros pocos en Bogotá. En Chuquisaca (Bolivia), el canónigo Terrazas, entusiasta de la Revolución francesa, presta libros heterodoxos a Mariano Montero. El abate Viscardo invita desde Europa a los sudamericanos a rebelarse contra España. En Venezuela, un ex capuchino se hace protestante y se convierte en el primer maestro de sus escuelas bíblicas...

Como se ve, casos bien aislados—y la mayoría sin relación directa con el protestantismo—para aquella tremenda conmoción que por entonces sacudió a los pueblos sudamericanos. ¿Pueden todos los pueblos europeos—Alemania, Francia, Inglaterra, países escandinavos—presentar en casos análogos idéntica fidelidad a la Silla Apostólica?

* * *

Mejor fortuna tuvieron los protestantes en sus relaciones con un buen número de jefes políticos contemporáneos o con las Constituciones nacionales que entonces se fueron promulgando. Advirtamos, respecto de los primeros, que para ninguno de ellos probablemente era el protestantismo el sistema religioso ideal, ni siquiera lo consideraban como solución a los problemas espirituales de sus compatriotas. Eso sería atribuirles un cacumen teológico que no poseían, ya que su cultura religiosa nunca pasó de ser superficial. El anticlerialismo exacerbado—triste herencia de la España y de la Francia ochocentesca—podían en ellos más que otras razones de orden superior. Tengamos también en cuenta la presión ejercida por las logias, el deseo de liberarse de ataduras de conciencia, el prurito de aparecer progresistas y el deseo de agraciarse a ciertas potencias protestantes de uno y otro lado del Atlántico... De hecho, se convirtieron en coadyuvadores eficaces del protestantismo en el momento en que éste intentaba su primer asalto contra Sudamérica.

En MÉJICO, el introductor oficial del protestantismo fué Benito Juárez, "el indio zapoteca que en la masonería había llenado su alma de odio profundo contra la Iglesia Católica" (Schalrman). En 1869 llamó a los metodistas a la capital, regalándoles un hermoso templo arrebatado a los franciscanos y sirviéndose de su colaboración para una "reforma religiosa"—a base de protestantismo—que tenía proyectada. Las sectas le incluyen en la lista de sus grandes

protectores. La obra juarista quedó completada por la de su sucesor, Lerdo de Tejada, el hombre que, después de haber expulsado a frailes y monjas, se proclamó defensor del protestantismo:

> La Constitución mejicana—manifestaba a un grupo de pastores—garantiza la tolerancia y la protección de todas las opiniones religiosas. Y aunque el fanatismo de otras formas de culto [el católico] pueda excitar en ocasiones al pueblo contra los protestantes, les hago saber que las clases educadas del país están en favor de una completa tolerancia. Y aquí estoy yo para responder de lo que hagan las autoridades de la nación (13).

ARGENTINA contó también desde los comienzos con hombres que simpatizaban con la causa protestante. Juan B. Alberdi mantenía que "la América española, reducida al catolicismo con exclusión de los demás cultos, se convertiría pronto en un convento de frailes", por lo cual abogaba por una plena libertad de religión para cuantos desearan establecerse en la Argentina. Rivadavia, con el fin de justificar sus cierres de conventos y su expoliación de bienes eclesiásticos, tuvo asimismo momentos de excesiva benevolencia con las sectas, sobre todo con James Thomson y William Morris. Por su parte, Sarmiento, no bien hubo asumido el Poder, comisionó al pastor norteamericano W. Goodfellow para que, ayudado por sus correligionarios, implantase en su patria nuevos sistemas de educación. El mismo Presidente Roca, tan duro con los católicos, hizo lo posible para facilitar a varias sociedades protestantes su establecimiento en suelo argentino (14).

Tampoco en CHILE faltaron al protestantismo poderosos abogados. Para uno de sus próceres intelectuales, Francisco Bilbao, la conveniencia de albergar a las sectas en el país derivaba de este razonamiento: la Iglesia Católica y España son una misma cosa. Pues bien: como la segunda era la causa de los males que aquejaban a sus conciudadanos, el remedio era deshacerse del catolicismo y abrir de par en par las puertas a los *reformados* (15). Tanto el libertador San Martín como O'Higgins tuvieron empeño en que el ya citado Thomson—nombrado por el último ciudadano honorario de Chile—implantase en el país sus escuelas elementales, a pesar

---

(13) Knapp, Frank: *The Life of Sebastian Lerdo de Tejada*, Texas, 1951, página 219.

(14) Barbieri, *op. cit.*, dedica una buena parte de su conferencia *Protestantism in Latin-America* (págs. 115-134) a ilustrar con ejemplos históricos el proteccionismo de algunos de los dirigentes políticos con las sectas.

(15) *Ibídem, ibíd.* Por supuesto, Francisco Bilbao es otro de los santones del protestantismo. Mackay, *op. cit.* (pág. 162), no duda en llamarle "el primer santo republicano de Sudamérica... y el primer seglar que en el continente se interesó con seriedad por el problema religioso".

de constarle que eran, las más de las veces, focos de proselitismo protestante.

El protestantismo se introdujo en COLOMBIA por obra de un Presidente liberal, José Hilario López, ansioso de encontrar fuerzas que contrarrestaran la vitalidad del catolicismo patrio. Los emisarios protestantes llegaron a la capital y fundaron una Sociedad bíblica con participación de todos aquellos elementos izquierdistas que acababan de dar al país una serie de decretos concomitantes —que tantas veces han hecho corte al protestantismo sudamericano—; a saber: expulsión de los jesuítas y de eminentes figuras de la jerarquía (en nuestro caso, monseñor Mosquera, obispo de Popayán), ruptura de relaciones con la Santa Sede, decretos sobre el divorcio y el matrimonio civil, etc. (16).

En GUATEMALA—previas las medidas coercitivas ya mencionadas—, el Presidente Rufino Barrios se trasladó personalmente a California a traerse a los presbiterianos, a quienes trató con largueza, animándoles a abrir escuelas, mientras, por otra parte, él mismo ordenaba a los ministros de su Gobierno enviaran a sus hijos a ellas (17).

Pasando por alto los casos de Nicaragua, Venezuela, Perú, Bolivia y Paraguay, mencionemos otro caso típico. El ECUADOR, la patria de García Moreno, era, al parecer, la menos preparada para dar la bienvenida a los protestantes, y el pueblo daba amplias muestras de ello en su fervor religioso y en su adhesión a la Santa Sede. Pues bien: los políticos anticlericales se empeñaron en meterlo. Sus principales promotores fueron dos Presidentes—liberales y masones—, que sucesivamente rigieron durante más de veinte años los destinos del país: Eloy Alfaro y Leónidas Plaza. Los medios empleados no fueron muy democráticos, pero lograron lo que les interesaba:

> Antes de 1895—leemos en una redacción protestante de aquellos años—, las leyes no permitían sino a los católicos la enseñanza en las escuelas. Hoy, en cambio, es un pastor metodista el encargado de organizar los centros de educación normal para preparación de maestros. Los dirigentes de éstos empiezan ya a ser protestantes y a fundar los principios pedagógicos en las verdades de la reforma. En otros tiempos, las aduanas del Ecuador confiscaban a la entrada del país nuestras biblias... Ahora éstas vienen por toneladas y recorren todos los rincones

---

(16) "The Emancipation of Latin America" (en L. Speer: *Missions and Modern History*, Nueva York, 1904, I, págs. 209-11).

(17) Grubb, Kenneth G.: *Religion in Central America*, Londres, 1937, páginas 60-2. Tanto Montúfar como Martínez Sobral estaban muy interesados en la introducción del protestantismo en su patria. Grubb nos añade que Henry Hall, ministro de los EE. UU. en Guatemala, "was of the same way of thinking" (pág. 62).

de la República. Mientras antes los obispos y sacerdotes formaban buena parte del Congreso, las nuevas leyes les han prohibido toda participación en la vida oficial. Por el contrario, el Senado, después de haber aprobado la ley del Divorcio, ha declarado solemnemente que protestantes y católicos serán tratados en pie de igualdad. Como se ve, ningún país ha llevado a cabo en Sudamérica reformas tan radicales y rápidas como el Ecuador (18).

Creemos que el documento no necesita comentarios. Trátase del modo habitual de entrada del protestantismo en nuestros pueblos iberoamericanos. No lo olvidemos en los momentos en que ciertas gentes de nuestros días se deleitan en tejer panegíricos sobre el "carácter pacífico y legal" de las infiltraciones protestantes en tierra americana.

* * *

Con todo, a los protestantes no les bastaba la protección personal de algún alto político o de las logias masónicas mientras continuaran en pie las Constituciones esencialmente católicas que las regían. Su segunda acometida se dirigió, pues, a promover su transformación en fórmulas, "más en consonancia con los nuevos postulados de la libertad". Por desgracia, hallaron en muchos Gobiernos—no en los pueblos, cuya voluntad pesaba poco en la balanza—tendencias que miraban al mismo fin.

Sabido es que las Constituciones sudamericanas de principios del siglo pasado consideraban al catolicismo como religión nacional, con exclusión de credos opuestos. La de Chile (1818) declaraba la inviolabilidad de la Iglesia Católica, "sin permitir ningún otro culto contrario a la religión de Jesucristo". El *Estatuto Provisorio,* de San Martín (1821), promulgado para el Perú, garantizaba explícitamente la supremacía del catolicismo. El Congreso de Chipalcingo (1813), en el que obtenía Méjico su independencia, afirmaba que "el nuevo Estado tendría que hacer concordatos con la Santa Sede en orden a no admitir ninguna religión diferente de la católica". Y así, en las demás Repúblicas:

> La religión católica—rezaba en el artículo 10 el Acta de Independencia de Guatemala en 1813—, que hemos heredado en los siglos anteriores y profesaremos en los sucesivos, se conservará pura e inalterable, manteniendo vivo el espíritu de religiosidad que ha distinguido siempre a nuestro país, respetando a los ministros eclesiásticos y conservando sus personas y propiedades (19).

---

(18) Citado por Speer, *op. laud,* pág. 206.

(19) Las dos obras fundamentales que, desde el punto de vista protestante, estudian el problema de la "libertad religiosa" en Sudamérica, son: L. Mecham,

El gran viraje en favor de la absoluta libertad de cultos empezó a mediados de siglo (proclamación de la Constitución laica de Méjico en 1857), para acabar prácticamente en 1925, año en que Chile abrogó el concordato con la Santa Sede y proclamó la separación de la Iglesia y del Estado.

Cae fuera de nuestro propósito analizar las etapas y los matices de este fenómeno en cada una de las Repúblicas. Hoy, la situación es la siguiente: Méjico, Puerto Rico, Cuba, Panamá, Chile, Uruguay y Brasil mantienen una estricta separación entre la Iglesia y el Estado. En las demás Repúblicas (y dependiendo de la existencia de concordatos o según el talante de las autoridades) se otorga al catolicismo cierto rango de superioridad, pero concediendo al mismo tiempo libertad omnímoda a la acción de las sectas. En algunas Repúblicas (Perú, Ecuador y Paraguay), los Gobiernos han intentado a veces coartar algunas de sus actividades. En nuestros días, Colombia trata de atar con mano fuerte su proselitismo, y aun espera declarar inconstitucionales ciertas manifestaciones públicas de sus misioneros. Con todo, la conclusión de uno de sus grandes expertos, Searle Bates, es que Iberoamérica puede considerarse, desde el punto de vista legal, "como campo plenamente abierto a las iglesias" (20).

El protestantismo ha trabajado durante años y con verdadero ahinco por abrirse esta puerta grande—la de la plena libertad de acción—en Hispanoamérica. ¿A qué obedece tal empeño? Las sectas protestantes operan en países católicos por métodos muy parecidos a los del comunismo en naciones pobres. Las masas católicas de Sudamérica, donde la Iglesia ha sido víctima de sucesivas expoliaciones, de escasísimo clero, carentes las más de las veces de sólida instrucción religiosa y privadas de una organización militante y viril, son incapaces hoy por hoy de resistir los embates de esas minorías fanáticas, que, junto con un cristianismo facilitón, ofrecen a sus oyentes ventajas materiales, medicinas para sus cuerpos, empleos para sus adeptos o carreras universitarias para sus hijos. Conscientes además de su superioridad racial, de la acabada perfección de sus instrumentos de ataque, los protestantes se contentan, por lo común, con que tanto las autoridades civiles como la opinión pública les dejen obrar en paz y sin cortapisas de ningún

---

Church and State in Latin America, University of North Carolina, 1934, y Searle Bates, *Religious Liberty: An Inquiry*, Nueva York, 1945. La primera es mucho más elaborada y, hasta cierto punto al menos, científica. La obra de Bates, ensalzada tantas veces por los protestantes, contiene gran lastre de propaganda.

(20) *Op. cit.*, pág. 221.

género. Lo demás vendrá por sus pasos... Por el contrario, lo que más temen es que ese pueblo se vuelva consciente del fraude de que es objeto y de los turbios intereses, que se mezclan con la nueva ofensiva "religiosa". Entonces no tendrán más remedio que posar ante el mundo como "víctimas de la Iglesia inquisitorial" y llevar su caso al Comité de Derechos Humanos de la O. N. U. o al Departamento de Estado de Wáshington (21).

* * *

Pero tampoco culpemos a nuestros vecinos de todos los males que nos aquejan. Por desgracia, el suelo sudamericano está demasiado preparado para que en él brote el error. Y para probarlo no es necesario recurrir a la interminable lista de "defectos morales, supersticiones y necesidades urgentes" que los protestantes han compilado para justificar su invasión. El abandono religioso y la ignorancia casi absoluta de las masas en materias de fe; los ejemplos, no siempre edificantes, de algunos de sus dirigentes espirituales; la disolución de los vínculos familiares o el elevadísimo porcentaje de hijos naturales han constituído—seamos sinceros con nosotros mismos—una apremiante invitación para las iglesias separadas. Si a esto añadimos la incuria de tantos gobernantes sudamericanos, que los han dejado entrar sin preocuparse de los daños espirituales que pueden acarrear a sus compatriotas, no tendremos motivo de extrañar el ímpetu con que el protestantismo se ha lanzado a la conquista de Sudamérica. Si no lo hizo ya a finales del siglo pasado fué porque el interés de sus misiones se cifraba por entonces en los extensísimos pueblos paganos del Asia oriental (China, India y el Japón) y porque, económica y culturalmente, las Repúblicas situadas al sur del río Grande no pesaban tanto en la balanza de valores internacionales (22).

* * *

---

(21) Este sería el momento de hablar de las "responsabilidades" de los Estados Unidos en estas infiltraciones protestantes. La materia, como se ve, es sumamente delicada. Proponemos tratarla por separado en otra ocasión.

(22) Los protestantes explotan a placer los escritos de autores liberaloides sudamericanos en los que se habla del "oscurantismo religioso" y de la "baja estofa" del cristianismo en sus respectivas patrias. La lista de autores aducidos es inmensa: desde la de los hombres del siglo XIX (Sarmiento, Francisco Bilbao, Montalvo, Alberdi, González Prada), pasando por los de la última generación (Ricardo Rojas, Navarro Monzó, Mariátegui, Enrique Rodó, Bunje, Ingenieros, Amunátegui), hasta los contemporáneos (como Haya de la Torre, Gabriela

¿Cuáles han sido las etapas del avance protestante en Iberoamérica? Su historia puede dividirse convenientemente en cuatro grandes períodos, correspondientes a otras tantas fases de penetración. Helos aquí en forma esquemática, que requeriría más espacio que el que aquí les podemos conceder.

El primero es de *tanteos* y de *iniciativas más o menos individuales.* Se extiende desde los años de la independencia sudamericana hasta 1916: casi un siglo de conatos por poner pie en algunas de las Repúblicas. Los presbiterianos penetran en Chile el 1846; en Colombia, en 1856; en el norte del Brasil, en 1869; durante los años siguientes, en Méjico, Argentina y Guatemala, y aprovechando las anexiones norteamericanas, en Cuba, Puerto Rico y Panamá. Los metodistas siguen un itinerario parecido: Argentina (1856), Méjico (1871), Brasil (1886), Antillas (últimos años del siglo), Costa Rica y Panamá, en vísperas de la primera guerra mundial. Los baptistas se establecen en el Brasil en 1881; en 1856 fundan su misión de Monterrey; llegan a la Argentina en 1881; a Chile—invitados por el Presidente Balmaceda—en 1888, y a las Antillas en pos de los ocupantes norteamericanos. Tanto anglicanos como episcopalianos proceden con mayor lentitud, pero ocupan también puestos en algunas de las Repúblicas. A principios del siglo actual aparecen en numerosos países (Argentina, Chile, Brasil, Méjico, Cuba, Uruguay, etc.) los adventistas. Estos contingentes quedan reforzados por la llegada de sectas de menos abolengo, tales como los cuáqueros, los discípulos, etc.; por sociedades misioneras creadas específicamente para Sudamérica, verbigracia, la Inland South American Society, la Gospel Missionary Union, la Central American Mission, etcétera. Con todo, sus avances son esporádicos; no hay todavía trabazón interna ni cuentan las sectas con aquellos instrumentos vitales que más tarde constituirán en buena parte el secreto de su éxito: las obras de beneficencia, la educación y sus grandes organismos de propaganda escrita. Tampoco el pueblo sudamericano responde a su llamada; más bien los recibe con frialdad o con abierta oposición. De ahí que las relaciones protestantes contemporáneas lo acusen de retrógrado, ignorante y perseguidor. Numéricamente —y teniendo en cuenta que se trata de todo un siglo de conatos—, sus ganancias son escasas:

Mistral, Manuel Gálvez, Picón Salas, Mañach, Alberto Sánchez y otros). Trátase, en la mayoría de los casos, de hombres que han propugnado la "suma conveniencia" de la introducción del protestantismo en Sudamérica como elemento de "regeneración espiritual".

En 1914—escribe el historiador protestante K. S. Latourette—, los resultados obtenidos por el protestantismo en Latinoamérica no son impresionantes... Su total de adeptos pasa apenas de los cien mil, número muy inferior al logrado por los mismos misioneros en las Indias occidentales británicas o en las mismas Guayanas entre gentes de color (23).

El *segundo período (1916 a 1938)* puede calificarse de paréntesis, aprovechado para *unificar fuerzas, plantear programas* y *fijar objetivos* de un colosal ataque. Rechazada en 1910 por el Congreso de Edimburgo la propuesta norteamericana de incluir a Iberoamérica entre sus países de misión, los misioneros de allende el Atlántico determinan prescindir de lo que los europeos crean sobre el particular, y se lanzan, por su parte, a la lucha. En la reunión de Cincinati (1914), Hispanoamérica queda catalogada por ellos como "país de misión". Dos años después convocan el primer gran Congreso Sudamericano Protestante de Panamá, en el que, además de limitar las esferas de trabajo para las respectivas sociedades, estudian los campos más abandonados por los católicos y sus mejores posibilidades de penetración. A este Congreso siguen los de Montevideo (1925) y de la Habana (1929). Es también la época en que se funda un organismo central y coordinador: el Committee on Cooperation in Latin-America, la sombra negra de la infiltración protestante sudamericana, con sede en uno de los suntuosos edificios de la Quinta Avenida, de Nueva York. En sus oficinas se redactan varias publicaciones (entre otras, *La Nueva Democracia,* órgano de prestigiosas firmas liberales del tipo de Luis Alberto Sánchez, Navarro Monzó, Manuel Gálvez, Gabriela Mistral, etcétera); se proyectan los programas de proselitismo (por ejemplo, los famosos Planes Quinquenales de conversión de Latinoamérica), y se hace una buena parte del reclutamiento de candidatos para sus misiones. Durante este segundo período, el arribo y la consolidación de nuevas sectas misioneras se lleva a cabo con mayor rapidez que nunca. Tanto el Salvation Army como los centros recreativo-culturales del Young Men's Christian Association y Young Women's Christian Association (designados comúnmente por las iniciales Y. M. C. A. y Y. W. C. A.) se afianzan en las grandes urbes sudamericanas. Estas dan también cabida a las iglesias de tipo pentecostal (Faith Missions), que con supuestas *curaciones, dones de lenguas* y de *profecía* arrastran hacia sí a muchos incautos. Son éstos también los años en que el protestantismo prepara su sistemático plan para atraerse a las numerosas tribus esparcidas en diversas Repú-

---

(23) K. S. Latourette: *A History of the Expansión of Christianity,* Nueva York, 1943, V, pág. 109.

blicas. Así, surgen la Cumberland Presbyterian Mission, la Peruvian Indian Mission, la Latin-American Fellowship, la Mission to Payua Indians y otras. Finalmente, es la hora en que el protestantismo se afianza en el empleo de uno de sus mejores instrumentos de proselitismo: sus obras de educación, sobre todo sirviéndose de los colegios de segunda enseñanza... En conjunto, la fuerza misionera protestante se ha revigorizado con la adición de casi un millar de pastores extranjeros, la mayoría norteamericanos. Sus dirigentes empiezan también a considerar más en serio la urgencia de hacerse con buenos equipos de colaboradores nacionales. Estadísticamente se ha dado un salto fenomenal: sus adeptos han llegado a ser 1.600.000 (24).

El *tercer período (1938 a 1945)* podría llamarse de *irrupción sistemática y masiva* del protestantismo sobre Sudamérica. Para explicarlo hay que recurrir a los siguientes factores—de orden e importancia diversos—, pero que todos ellos han contribuído a producir este nuevo fenómeno en nuestra historia eclesiástica contemporánea.

Naturalmente, se debe empezar tomando en cuenta *la silenciosa, pero tenaz labor preparatoria de las sociedades misioneras* a lo largo de un siglo de expansión. Mientras los católicos nos dormíamos sobre nuestros laureles y despreciábamos la hondura de sus intentos de penetración, ellos fueron preparando sus instrumentos, infiltrándose en ciertas capas sociales y haciéndose indispensables en terrenos tan delicados como el de la educación... Al despertar caemos en la cuenta—a veces demasiado tarde—de que los tenemos muy metidos en nuestra casa.

Recordemos asimismo *el prestigio e influjo creciente* de los Estados Unidos sobre sus vecinos del Sur durante y a partir de la última guerra mundial. El *influjo económico* es demasiado evidente para que nos pongamos aquí a demostrarlo:

> Latinoamérica—refería no hace mucho un diario neoyorquino—se está convirtiendo para los Estados Unidos en uno de los mayores mercados del mundo... Las Repúblicas sudamericanas proveyeron en 1950 el 83 por 100 del petróleo que entró en el país, el 97 por 100 del antimonio, el 63 por 100 del cobre, el 53 por 100 del estaño, el 97 por 100 del café y el 85 por 100 del azúcar. En dirección opuesta, el 58 por 100 de la maquinaria, el 37 por 100 de los productos químicos, el 40 por 100 de los textiles, el 30 por 100 del acero, el 36 por 100 del trigo de los Estados Unidos van a Latinoamérica, importadora, al mismo tiempo, de 48 de cada 100 automóviles que Norteamérica envía al exterior (25).

---

(24) Parker, J. I.: *Interpretative Statistical Survey of the World Mission of the Christian Church*, Nueva York, 1938, págs. 305-10.
(25) Arciniegas, Germán (trad. H. de Onís): *The State of Latin America*, Nueva York, 1952, pág. 5.

Y la economía, bien lo sabemos, nunca va sola, sino arrastrando consigo hacia los países menos potentes el lastre de su influjo cultural. Y basta abrir los ojos para ver que el caso se repite en Sudamérica, donde el aprendizaje del inglés ha suplantado completamente a la lengua francesa, y el *baseball* se va convirtiendo en el deporte nacional, y *Life* en español y las *Selecciones del Reader's Digest* y *Visión* (con toda la inquina política que consigo llevan) se están vendiendo como las revistas más populares de todo el hemisferio... Esto, naturalmente, crea entre gentes de principios religiosos superficiales una bobalicona admiración por todo lo que llega del otro lado del río Bravo, sin excluir su religión (la protestante), que es la que, de creer a su propaganda, ha contribuído a la grandeza del país...

Desde el punto de vista meramente religiosomisional, la intensificación del proselitismo protestante en Sudamérica tiene por causa inmediata la *débâcle* de sus empresas misioneras en el Extremo Oriente, territorio clásico de misión para las iglesias norteamericanas desde finales del siglo XVIII. En 1928, durante el avance de las tropas sudistas hacia Pequín, más de cinco mil de sus misioneros abandonan precipitadamente la China. El golpe es de consecuencias fatales para aquellos entusiasmos suyos de "convertir la China para Cristo en el término de una generación". En 1934, la ocupación nipona de Manchuria les cierra otra de las puertas. Vienen después en calidoscópica sucesión: la guerra chinojaponesa, que vuelve a paralizar a sus misioneros de China; las restricciones que les impone el Japón, tanto en el archipiélago como en los territorios anexionados a su poder; la segunda guerra mundial, con la evacuación o el estancamiento de muchas de sus obras... En la India, tampoco se los quiere mejor, pues su bullente nacionalismo apunta como a enemigo número uno a Inglaterra y a las potencias occidentales que a ella deben su civilización. En otras palabras, las iglesias protestantes norteamericanas están a punto de perder una de las pocas empresas que todavía les dan vitalidad: *sus misiones entre paganos* (26).

En tan angustiado cruce de caminos se celebra (octubre de 1938) el gran Congreso Internacional Misionero de Madrás, India. Los dirigentes protestantes han de tomar alguna portentosa resolución si quieren salir del *impasse* en que pronto se van a ver envueltos. ¿No será prudente preparar una retirada estratégica del Oriente y buscar nuevos campos de misión para los miles de misioneros que

(26) Latourette, en el volumen VII de su obra, deja vislumbrar en más de una página esta preocupación.

ya no podrán volver a aquellas latitudes? Indudablemente, el campo más propicio a su proselitismo es Sudamérica. La unidad lingüística y cultural del hemisferio; la ausencia de incomodidades ofrecidas por países asiáticos y africanos; su cercanía a los *home-bases* y la seguridad de hallar protección en casos de guerra (los campos de concentración de China y del Japón han dejado muy mal sabor de boca entre los protestantes) constituyen otras tantas ventajas para la selección. Los dirigentes del movimiento misionero están todos a favor de la propuesta.

No hay más que una dificultad: *Sudamérica es ya, desde hace tiempo, católica y poseedora de un cristianismo mucho más hondo que el que ellos pretenden llevar.* Pero la dificultad estaba prevista y, en cierto sentido—al menos a su entender—, solucionada. Desde hace años, las sectas vienen explotando la idea de que *el cristianismo de Latinoamérica es meramente nominal.* En 1933 y en 1936, su más famoso misionólogo, John Mackay, presidente del International Missionary Council, a cuyo cargo está la dirección del Congreso de Madrás, ha publicado dos obras: *The Other Spanish Christ* y *That Other América,* en las que se esfuerza por demostrar la misma tesis. Ambos libros obtienen entre los protestantes clamoroso éxito, y pronto se convierten en *clásicos de la materia.* Con esto no tarda en convertirse en axioma que *Latinoamérica es un continente infeccionado por el ritualismo y las supersticiones romanas, que, sin embargo, jamás ha recibido el Evangelio...*

Los congresistas de Madrás se felicitan del *hallazgo* que les abre la puerta ancha para los territorios situados al sur del río Grande. Tres de los más conspicuos representantes del Congreso—John Mott, William Paton y L. A. Warnhuis—nos aseguran que "Madrás abrió por primera vez los ojos a muchísimos misioneros protestantes, que hasta entonces apenas conocían a Latinoamérica sino como mera entidad geográfica". No exageramos, por tanto, al concluir que *Sudamérica, como territorio misionero protestante de primera categoría, arranca de Madrás.* A partir de esta fecha, el hemisferio colombino empezará a absorber la mejor parte del personal y de los ingentes recursos económicos que a su mano tienen las iglesias separadas (27).

Una vez dada la orden de marcha, vienen los preparativos. Y éstos se ejecutan con la perfección técnica y el detallado cálculo en que son maestros los norteamericanos. El patriarca de sus empresas misioneras, John Mott, recorre personalmente, en sucesivos

(27) Véase, por ejemplo, *The International Review of Missions,* 1939, páginas 279 y sigs.

viajes de exploración, las Repúblicas sudamericanas, y comunica a los jefes de las diversas iglesias los resultados obtenidos. En Norteamérica, las campañas de reclutamiento se llevan por los métodos más modernos. A los candidatos para misiones sudamericanas (pastores, abundancia de seglares, técnicos, médicos, enfermeras y aun estudiantes universitarios) se les ofrecen pingües salarios y la posibilidad de poder vivir cómodamente unos años en aquellas exóticas tierras. De este modo, el número de sus misioneros asciende desde los dos mil quinientos a cifras que deben andar alrededor de los diez mil.

Piensan los protestantes en la enorme importancia de la palabra escrita y de la radiodifusión, destinando para ambos fines una buena parte de sus presupuestos y del personal. Han caído también en la cuenta de que esta avalancha extranjera puede, a la larga, herir susceptibilidades nacionales y excitar sospechas. Por eso coordinarán su venida con el esfuerzo paralelo de formar abundante personal sudamericano y de elevarlo poco a poco a puestos de responsabilidad. Conscientes, además, de las tendencias indigenistas existentes en varias de las Repúblicas, se constituirán—al menos para fines propagandísticos—en protectores natos del indio, tratando de elevar su nivel cultural y económico por medio de campañas contra el analfabetismo, clínicas y dispensarios... y hasta por medio de la creación de "poblados indios", que a sus ojos representarán "la continuación de la obra de los antiguos jesuítas en las reducciones del Paraguay".

* * *

Este es el plan. El resultado ya visible de la renovada ofensiva ha llenado de gozo a los protestantes:

> Hace setenta años—escribe uno de ellos—no había, por decirlo así, protestantes nativos en el mundo hispánico. Hoy se pueden contar por cientos de miles, y en el Brasil por millones. Esto nos obliga también a revisar ciertos conceptos sobre la América Latina, por ejemplo, aquel que cataloga todos sus pueblos como exclusivamente católicos. No es así, y apelo a un hecho contemporáneo y real: hay una América Latina que es protestante. Y el protestantismo es allí tan activo, tan visible, tan militante, que el escéptico y el aficionado a estadísticas no tienen sino pararse y contar el número de nuestros adeptos... Tomando las cosas en su conjunto, podemos afirmar que en los tiempos modernos el protestantismo ha crecido en Latinoamérica más rápidamente que en ningún otro campo de misión. Mientras que en el resto del mundo las "nuevas iglesias" han crecido al ritmo de una a seis, en nuestro continente el crecimiento ha sido de una a diez. Estas comunidades, aunque todavía pe-

queñas, están entrando en la tercera generación... Nuestros adeptos tampoco llevan ya sobre sí el estigma de renegados que antes les distinguía del resto de la población (28).

Para nosotros, esta dolorosa comprobación nos ha de abrir los ojos a la realidad y mantenernos alerta ante el peligro:

Tal vez—nos dice una revista cubana—el problema más grave y urgente de Hispanoamérica sea en la actualidad el intenso movimiento proselitista de las sectas. Su despliegue de medios y de recursos es realmente asombroso. Su tenacidad y poderío propagandístico han llenado de alarma a cuantos tienen una somera idea de la realidad y de su vasta penetración simultánea en todo nuestro hemisferio (29).

Prudencio Damboriena, S. J.
Universidad Gregoriana.
ROMA.

---

(28) Rembao: *Mission Highlights*, Londres, 1952, pág. 9.
(29) Citado por *Ecclesia*, Madrid, 1944, pág. 502.



REFLEXIONES SOBRE LAS FORMAS DE GOBIERNO

POR

OTTO DE HABSBURGO

Todo aquel que plantea la cuestión de cuál es la mejor forma de Gobierno, automáticamente suscitará—al menos en nuestro mundo de habla alemana—una viva polémica. Este es, en líneas generales, un fenómeno típico de la Europa Central. En efecto, ni en Inglaterra, ni en América se le ocurre a nadie poner en tela de juicio las formas de Gobierno—monárquica y republicana, respectivamente—que allí rigen. En cambio, en otros sectores de la Europa occidental es hoy perfectamente posible criticar todo el sistema sin temor a provocar la amenaza de una intervención inmediata de la Policía ni a desencadenar destemplados accesos de furia. Cualquiera puede hoy proclamarse monárquico en Francia y republicano en Bélgica, sin que por eso vayan a acusarle, sin más, de alta traición.

Esta curiosa diferencia entre la Europa Central y otras zonas de nuestro continente es significativa. Pero también constituye, por desgracia, una prueba de que entre nosotros va desapareciendo de ciertas esferas el sentido del *fair play* y el interés por una discusión política basada en argumentos objetivos. En los países anglosajones, estas cualidades se consideran como atributos esenciales de la auténtica democracia.

En toda disputa en torno a las formas de Gobierno, tal como se está entablando—con demasiada frecuencia, por cierto—en la prensa alemana y en nuestros Parlamentos, rara vez encontramos una argumentación serena y fundada en la razón. La discusión se desarrolla en forma de argumentos *ad hominem*, por decirlo así. Suele tomarse preferentemente por base a unas cuantas figuras

---

Damos en estas páginas la versión castellana del ensayo "Gedanken zur Staatsform", original de Otto de Habsburgo, aparecido en la revista germana Neues Abendland *(Munich, año 11, segundo trimestre de 1956, núm. 2, páginas 111-120), en un número monográfico dedicado al estudio de las formas conservadoras de la política. La traducción directa del alemán ha sido autorizada por la Dirección de la revista muniquesa para su publicación en* CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

indignas sentadas en el trono, para luego identificar con ellas a todas las formas monárquicas de Gobierno. Pero tampoco los defensores de la monarquía se comportan mucho mejor en este aspecto; también éstos señalan, a su vez, con el dedo a unos cuantos políticos profesionales corrompidos, que tanto abundan, por desgracia, entre nosotros, afirmando que este fenómeno es la inevitable consecuencia de toda forma republicana de Gobierno. Tales argumentos no son concluyentes en modo alguno. Ha habido monarcas buenos y monarcas malos. De igual modo, conocemos repúblicas—como Suiza—en las que se cultivan las más hermosas virtudes cívicas, mientras que otras están lejos de haber alcanzado este ideal.

Y es que toda institución puramente humana tiene su anverso de luz y su reverso de sombra. En tanto existan en el mundo seres humanos y no ángeles, serán inevitables los pecados y los errores.

Además de los aspectos "demasiado humanos" de las diferentes formas de Gobierno, se suelen aducir argumentos "históricos"; pero en forma tal que, por esgrimirse con intenciones propagandísticas, falsean la verdad de los hechos, razón por la que no pueden tener cabida en un estudio científico y serio.

Los republicanos no se cansan de insistir en la afirmación de que la monarquía es un régimen nobiliario. Es costumbre en ellos sacar a relucir el ejemplo de numerosos imperios del siglo pasado y compararlos, sin más, con las repúblicas del año 1956. Por su parte, los monárquicos suelen tener el prurito de poner especialmente de relieve las dificultades económicas, las cargas fiscales y la injerencia del Estado en la vida de los ciudadanos, que caracterizan a las repúblicas de hoy, a la vez que ensalzan la libertad y prosperidad económica de que gozaban los ciudadanos en las monarquías anteriores a 1914. Estos argumentos—los de unos y los de otros—no son convincentes. En la mayoría de los casos no son sino el viejo truco propagandístico de comparar la situación del pasado con la del presente, sin tener en cuenta que las condiciones han cambiado radicalmente. Este sistema de discusión no es serio ni objetivo en absoluto. En un estudio político honrado sólo cabe, en el mejor de los casos, establecer comparaciones entre repúblicas actuales y monarquías actuales. Siguiendo este método, veremos en seguida que, dentro de las monarquías contemporáneas, hay en los puestos rectores tan pocos aristócratas de nacimiento como dentro de las repúblicas, y que los graves problemas económicos planteados hoy en día afectan por igual a todos los Estados, cualquiera que sea su forma de Gobierno.

A renglón seguido, los republicanos utilizan, casi siempre, la

fórmula de que la monarquía es una forma de Gobierno del pasado, mientras que la república lo es del porvenir. Basta el más elemental conocimiento de la Historia para desmentir esta afirmación. Las *dos* formas de Gobierno han existido siempre, desde los tiempos más remotos. Y, por cierto, observamos que, en la evolución cíclica de la Historia, los períodos republicanos han tenido una duración mucho más breve que aquellos en que han gobernado los reyes. Por lo general, las dos formas de Gobierno han venido alternándose sistemáticamente. En todo caso, sería falsa la afirmasión de que *una* forma de Gobierno determinada es la única válida para el porvenir, cuando ya la encontramos en la antigua Grecia, en Roma y en Cartago.

Me permito hacer aquí un inciso para destacar un hecho que se olvida con demasiada frecuencia: ni en la vida política, ni en la vida social y económica se suelen dar muchas innovaciones. Cuanto más ahondamos en el estudio de la Historia, tanto más pronto llegamos a la conclusión de que todo ha existido ya. Hoy nos quejamos, por ejemplo, del excesivo gravamen que imponen las cargas fiscales; estamos convencidos de que los impuestos sobre la renta, sobre la herencia, sobre los salarios y tantas otras gabelas fiscales que el Estado moderno exige a sus súbditos son una invención de los tiempos modernos. Pero no es así. La imposición de cargas tributarias exorbitantes ha sido siempre un síntoma inequívoco de decadencia. Todo régimen agonizante la ha conocido: desde los egipcios—pasando por los asirios y persas—hasta nuestros días. Algo parecido se observa también en la vida de la sociedad. En el antiguo Egipto, la legislación social no era *mutatis mutandis* mucho menos avanzada que en nuestra época. Recordaremos que muchos investigadores aseguran que la construcción de las Pirámides a lo largo del Nilo no era más que la fórmula que entonces se aplicaba a la consecución de trabajo para los obreros, pues el Egipto de la época decadente sufrió también la plaga del paro, plaga que, a través de los siglos, ha sido siempre un signo infalible de decadencia.

Estos hechos debieran enseñarnos a ser comedidos cuando se trata de cuestiones políticas. No somos nosotros los que hemos descubierto los problemas, ni son de ahora los diferentes remedios milagrosos de nuestra generación, sino que han sido ideados en tiempos muy anteriores al nuestro. Por lo mismo, debiéramos considerar nuestra situación de un modo más objetivo y desapasionado. Es casi un contrasentido arremeter los unos contra los otros. Y francamente ridículo el que un hombre, mirando al mundo desde

el ángulo visual del gusano, muestre frente a formas políticas de valor eterno una intolerancia que la propia Historia, con su serenidad imperturbable, condena.

* * *

Todo examen objetivo de esta cuestión de las formas de Gobierno exige asimismo que ésta se encasille correctamente dentro del orden jerárquico de los valores.

Estamos hablando de *formas* de Gobierno. Esta expresión tiene un significado específico, puesto que existe una notable diferencia entre "*forma* de Gobierno" y "Gobierno" propiamente dicho. Este constituye la esencia de todo Estado, casi podríamos decir "su alma"; mientras que aquélla—la forma—corresponde al concepto de "cuerpo". Estos dos elementos no pueden existir el uno sin el otro, ciertamente. Pero en el orden de los valores, *el alma es superior al cuerpo.*

El "Gobierno" propiamente dicho—*el Gobierno en abstracto—arranca del derecho natural.* El Estado no es un fin en sí mismo y para sí mismo. La razón de su existencia es servir a los fines de los ciudadanos. Por consiguiente, no es en modo alguno una fuente de derecho, ni es tampoco—como con demasiada frecuencia se cree hoy en día—omnipotente. Sus poderes están limitados por los derechos de sus súbditos. Sus funciones le son asignadas en virtud del principio de subsidiaridad. El Estado, entendido como debe entenderse, sólo puede intervenir en aquellas esferas de actividad que escapan a la libre iniciativa de sus súbditos. Así, pues, el Estado es, en todos los aspectos, el servidor del Derecho natural. Su contenido es ayudar a éste a abrirse paso y a triunfar. Fuera de esto no tiene otras atribuciones.

Por consiguiente, si la misión del Estado es velar por el cumplimiento del Derecho natural, la forma de Gobierno es el medio del que se sirve la comunidad para poder alcanzar este objetivo. Es, pues, un medio para lograr un fin: no es una meta, sino el camino que conduce a una meta.

Con esto queda explicada, al mismo tiempo, la importancia relativamente secundaria que tiene la cuestión de las formas de Gobierno. Y no hay duda de que la elección del medio acertado es de una importancia capital. Del acierto en la elección dependerá el que se logre o no alcanzar la meta final. En la vida pública sólo hay una cosa permanente e invariable: el Derecho natural. El ca-

mino que conduce al triunfo de este derecho habrá de ajustarse en todo momento a la realidad de la situación, la cual está cambiando sin cesar. Hablar de una forma de Gobierno de validez permamente, afirmando que es la que mejor se acomoda a todos los tiempos y circunstancias, revelaría ignorancia y temeridad.

De aquí podemos inferir, asimismo, que nunca llegaremos a ningún resultado útil mientras nos empeñemos en enjuiciar—casi siempre partiendo de premisas filosóficas falsas—la bondad objetiva de una determinada forma de gobierno. La discusión sólo será fructífera cuando por fin nos percatemos de que no será de provecho mientras no esté enfocada hacia el objetivo final: el triunfo práctico del derecho natural. No se trata, pues, de averiguar qué valor absoluto ha de asignarse a la monarquía o a la república consideradas en sí mismas. No cabe ninguna respuesta a esta pregunta, puesto que una y otra no son más que un medio para un fin, un medio que podrá ser acertado o desacertado, pero que no es objetivamente bueno ni objetivamente malo. Lo que sí debemos preguntarnos siempre es si es esta o aquella forma de gobierno la que, dadas las actuales circunstancias, se adapta mejor a la finalidad de asegurar el cumplimiento del derecho natural.

* * *

Una vez que hayamos comprendido bien la verdadera naturaleza de la cuestión de las formas de gobierno, nos será ya fácil abordar otros dos problemas que tan a menudo, sin razón ni fundamento, se involucran en la discusión, con grave riesgo de envenenarla.

Sin cesar se viene hablando, día tras día, de la relación de compatibilidad que las monarquías o las repúblicas puedan tener con el concepto de *democracia*. Una vez más se refleja aquí, en mil facetas, la falta de seriedad y la precipitación de juicio que caracteriza esta época de los tópicos y de las consignas propagandísticas. Y es que el concepto de democracia se ha tornado infinitamente flexible y acomodaticio. En Rusia la "democracia" significa el asesinato en masa, la policía secreta y los campos de trabajos forzados. En cambio en América—y ahora también en Europa—hasta los escritores políticos son, a menudo, literalmente incapaces de distinguir entre "democracia" y "república", confundiendo escandalosamente ambos conceptos. Por si esto era poco, se están aplicando las palabras "democracia" y "democrático" a ideas y cualidades que se salen

del marco de lo político para entrar en el terreno de lo económico y social. Por esta razón, consideramos que es necesario volver a la auténtica definición de la democracia, la cual significa, en términos generales, *el derecho de codeterminación del pueblo a estructurar la marcha de su evolución y su porvenir.*

Entendidas así, ninguna de las dos formas clásicas de Gobierno está, por su naturaleza, vinculada a la democracia. Es más, de hecho encontramos la democracia en ambas, como también encontramos monarquías y repúblicas autoritarias. En este aspecto, los monárquicos sostienen, en su mayoría, que el sistema democrático funciona mejor en las monarquías que en las repúblicas. Si examinamos el cuadro que hoy ofrece Europa, es indudable que este argumento tiene muchas cosas a su favor; podemos asignarle cierta validez, circunscrita, naturalmente, por las fronteras de espacio y tiempo. Pero frente a este argumento hemos de destacar también el hecho de que en los Estados pequeños y sólidamente arraigados en la tradición—como, por ejemplo, el caso de Suiza—, la democracia y la república funcionan juntas maravillosamente.

Mucho más viva se torna la discusión cuando se aborda la cuestión "monarquía y socialismo" o "república y socialismo". Esto se debe, principalmente, a que, en los países de habla alemana, la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales son de ideas republicanas. De aquí la facilidad con que los espíritus de mediocre inteligencia y cultura caen en el error de suponer incompatibles el socialismo y la monarquía.

Hay aquí una confusión elemental y básica. La *doctrina socialista*—o, al menos, lo que se considera como tal—es, en su esencia, un *programa económico y político-social,* y, por consiguiente, nada tiene que ver, de suyo, con la cuestión de las formas de gobierno. La conducta republicana de algunos partidos socialistas no dimana, por tanto, del carácter esencial de su programa, sino del particular modo de pensar de sus dirigentes.

Que esto es así lo demuestra, en Europa, el hecho de que la mayoría de los partidos socialistas realmente fuertes no son republicanos, sino monárquicos. Tal ocurre en Gran Bretaña, países escandinavos y Holanda. En todos estos Estados no sólo existe el más perfecto acuerdo entre el socialismo y la Corona, sino que es imposible sustraerse a la impresión de que el clima monárquico es más favorable al socialismo que el republicano. Por lo menos es una verdad corroborada por la experiencia que el socialismo se mantiene más tiempo bajo el cetro de un rey que bajo un régimen republicano. Uno de los más destacados dirigentes del partido la-

borista inglés ha declarado que este fenómeno se debía, en su opinión, a la influencia moderadora e igualadora de la Corona, influencia que permitió al socialismo llevar a la práctica su programa de un modo más lento y sensato, y, por consiguiente, con mayor éxito, añadiendo que un soberano puesto a la cabeza del Estado y limpio de todo partidismo da una garantía tal a la oposición, que ésta no se ve precisada a realizar esfuerzos agotadores para reconquistar el poder y aun en las más difíciles coyunturas puede mirar tranquila al desarrollo de los acontecimientos.

Sea de ello lo que fuere, los hechos se encargan de enseñarnos que, en esta cuestión de las formas de gobierno, no hay nada que justifique la creación artificial de una antinomia entre la monarquía y el socialismo, o entre la monarquía y la democracia clásica. Lo mismo puede decirse en lo que a las repúblicas se refiere.

* * *

Considero necesario llamar todavía la atención sobre un punto en el que la discusión toma, con demasiada facilidad, un rumbo equivocado. Me refiero a este error, tan frecuente—sobre todo entre hombres poco duchos en la materia política—, de confundir la monarquía en cuanto forma de gobierno con una determinada dinastía. En otras palabras: a la confusión de los conceptos *monarquía* y *legitimismo.*

El legitimismo—la vinculación concreta a una persona, a una fórmula constitucional o a una dinastía determinadas—casi nunca se aviene a una discusión política razonable, serena y objetiva. Descansa sobre bases sentimentales y, por eso mismo, sólo puede defenderse o impugnarse con argumentos *ad hominem.* Así, pues, para poder zanjar de modo razonable y lógico las cuestiones actualmente planteadas, es indispensable hacer una clara distinción entre monarquía y legitimismo monárquico. Porque siendo la forma de gobierno un problema *político,* habrá de discutirse independientemente de la persona o familia que en ella han encarnado o encarnan el Poder. Esta medida la justifica ya de suyo el hecho de que la Historia nos ha ofrecido, en todos los tiempos, el espectáculo de cambios de dinastías dentro de las diferentes monarquías. En todo caso, la *institución* es siempre superior al titular que la representa, tanto más cuanto que éste es mortal, mientras que aquélla, vista desde el ángulo histórico, es inmortal.

El enjuiciar una forma de gobierno tan sólo a la luz del su-

premo gobernante de turno rayaría ya con lo grotesco, pues en tal caso habría también que juzgar a las repúblicas no por su legitimidad política, sino por el Presidente que esté en el Poder. En Europa—hoy más que nunca—esto se consideraría como una injusticia manifiesta.

Por otra parte, hemos de consignar que, en las repúblicas de la Europa continental, hay entre los defensores de la idea monárquica muy pocos legitimistas. El rey español Alfonso XIII acuñó en cierta ocasión esta frase lapidaria: "El legitimismo no sobrevive a una generación." El legitimismo es una fuerza valiosa allí donde existe una estable forma de gobierno tradicional, consolidada por la Historia, e impugnada sólo por unos pocos. Visto desde este ángulo, el legitimismo es aplicable lo mismo a las repúblicas que a las monarquías. En Suiza y en los Estados Unidos se puede hablar de un legitimismo monárquico. En la mayoría de los Estados de la Europa continental palpamos con mucha menos frecuencia este fenómeno del legitimismo, a causa de las profundas conmociones que en ellos se han producido en lo que va de siglo. Debido a estas circunstancias, resulta peligrosísimo utilizar argumentos de orden sentimental y afectivo, pues éstos producen efectos explosivos en vez de constituir un elemento de fuerza constructiva.

* * *

De acuerdo con lo que acabamos de exponer, en todo debate en torno a la cuestión de las formas de gobierno, tendríamos forzosamente que recomendar el siguiente modo de plantearla: en esta era de la energía atómica y del automatismo, ¿cuál de las dos formas de gobierno—la republicana, o la monárquica—es la más adecuada para garantizar la protección del derecho natural y del bienestar de los ciudadanos?

Aclaremos que aquí entendemos por monarquía aquella forma de gobierno en la que está al frente del Estado una *persona no sujeta* a elecciones de ninguna clase, y que cumple su función invocando un derecho superior, basado en el principio de que *todo poder emana de una autoridad que trasciende a toda humana autoridad.* En las repúblicas, en cambio, el funcionario investido de la más alta magistratura es designado por sufragio, y, por tanto, *deriva su autoridad de sus mandatarios,* es decir, del grupo que lo ha elegido o designado.

Si en nuestro planteamiento de la cuestión hemos mencionado

la era atómica y de la automatización, no lo hemos hecho a la ligera, sino tras serena reflexión. Y, en efecto, casi todas las constituciones europeas de hoy están cimentadas sobre el espíritu del siglo XIX. Su lenguaje y sus fórmulas están hoy anticuados y superados. Ya se trate de monarquías o de repúblicas, las constituciones escritas actualmente en vigor son, a todas luces, inadecuadas para hacer frente a los grandes problemas económicos y sociales del futuro. Ahora bien: si, en una cuestión tan importante como lo es esta de las formas de gobierno, hemos de formarnos una idea verdaderamente objetiva, es absolutamente necesario que la situemos dentro de la perspectiva de la próxima generación, sin dejarnos influenciar por los "clisés" del pasado.

Los más importantes argumentos aducidos por los republicanos podrían sintetizarse en las afirmaciones siguientes:

Ante todo es preciso tener en cuenta que la república no es una forma de gobierno de carácter sagrado. Ella no necesita invocar a Dios para legitimar su autoridad, ya que su sistema está basado en el principio de que la autoridad, la fuente del poder, la soberanía, emanan del pueblo. En esta edad, que cada día se va apartando más de la noción de Dios o, por lo menos, la está relegando al puro dominio de la Filosofía, resulta más aceptable un concepto laico del Estado y una forma laica de gobierno que aquellos que, en último análisis, estén basados en una doctrina teocrática. Por esta misma razón, a la república le resulta mucho más fácil mostrarse también partidaria de un concepto laico de los derechos del hombre. La república tiene la ventaja de amoldarse mejor al espíritu de la época, y, por tanto, de gozar de mayor prestigio e influencia entre las masas.

Los monárquicos, a su vez, salen al paso de estas afirmaciones con otros alegatos:

Los hechos demuestran que, hablando en términos generales, los reyes no son peores, sino mejores que los presidentes. Esto se debe a una razón de orden práctico. En efecto, el soberano ha nacido para su elevada misión. Ha estado viviéndola desde niño. El es, en el sentido más genuino de la palabra, un "profesional", es decir, un experto en el arte de gobernar. En todos los órdenes de la vida el experto profesional es siempre preferido al aficionado genial, aun en el caso de que éste supere a aquél en pura inteligencia. Porque en un terreno técnico erizado de dificultades—y ¿qué hay más complicado que el Estado moderno?—la experiencia y el saber valen más que la inteligencia a secas. Verdad es que existe el peligro de que los mejores derechos de legítima sucesión en el trono

recaigan sobre una persona políticamente incompetente (aunque de paso hemos de recordar también que el sufragio popular colocó, respectivamente, en los puestos de *Führer* y de *Presidente* a personas como Hitler y Lebrun). Pero en las monarquías clásicas de la Edad Media se ha dado, casi siempre, la posibilidad de sustituir a un príncipe heredero manifiestamente incapaz por otro mejor. Sólo en plena época de decadencia, con la aparición del concepto versallesco de los monarcas, desapareció del sistema aquel método correctivo. Por eso creemos que, en una monarquía que se amolde a los tiempos modernos, nada sería más lógico que el disponer de un sistema que permitiera a un tribunal especial intervenir en la sucesión con medidas correctivas, siempre que fuera necesario.

Más importante aún que la competencia profesional del soberano es su independencia de todo partidismo. El rey no debe su autoridad a unas elecciones ni al apoyo de fuerzas influyentes. Ha llegado el Poder con entera independencia de éstas. En cambio, el presidente queda obligado a alguien. Las elecciones son costosas y complicadas. Su resultado lo decide casi siempre el poder del dinero o el de las grandes organizaciones de masas. Sin el concurso de estos factores es casi imposible llegar a ser Jefe de Estado en una república. Pero este apoyo no se lo prestan en balde. Para la persona electa significa un futuro vasallaje. Por eso, la mayoría de las veces esta persona no es el presidente de la totalidad del pueblo, sino del conglomerado de fuerzas influyentes que lo han ayudado a subir al Poder. Por este sistema los partidos políticos o los grandes *trusts* se apoderan de los más altos resortes del gobierno, y así la dirección del Estado no es ya patrimonio de todos, sino que se convierte, temporal o permanentemente, en un privilegio: de que la república deje de ser la protectora de los derechos de todos los súbditos. Y esto—subrayan los monárquicos—constituye una especial amenaza en los tiempos actuales, precisamente. Porque, hoy más que nunca, se están poniendo en peligro los derechos de los individuos y de las minorías. Concentraciones financieras y poderosas organizaciones están amenazando en todas partes la existencia de los más débiles. Y es precisamente en un régimen democrático donde a éstos les resulta especialmente difícil hacer oír su voz, por no estar apenas organizados ni tener peso propio en la balanza económica. Y es que, por regla general, los partidos se ven precisados a escuchar la voz de los más fuertes o la de los más numerosos. Y si, encima, se deja en manos de los partidos la Jefatura del Estado, ya no les queda a los débiles ningún refugio donde buscar protección. En cambio, en una monarquía, el soberano no depende

de nadie, y, en consecuencia, es soberano de todos en la misma medida. Por tanto, actuará con muchísima más independencia frente a los poderosos y protegerá más bien los derechos de los débiles. Y precisamente en esta época, llamada a ser testigo de transformaciones radicales de la vida económica y social, necesitamos más que nunca una jefatura de Estado imparcial y situada por encima de todos los partidos.

En este punto queremos llamar la atención sobre un hecho particular que se está dando en nuestros días. A partir de la segunda guerra mundial se han venido nacionalizando empresas y servicios en numerosos Estados de la Europa occidental. En diferentes puntos estas empresas están funcionando, si no bien del todo, al menos tolerablemente; pero en otras zonas han terminado por convertirse en una calamidad política y social, y están poniendo en grave peligro los derechos de los ciudadanos, especialmente los de los trabajadores. Y es interesante observar que, en las monarquías, las empresas estatales han dado mejores resultados que en las repúblicas. La razón de este fenómeno parece ser que la Corona, libre de todo partidismo, ha impedido que estas empresas se convirtieran en satrapías de los partidos políticos. El Gobierno monárquico ha cuidado de que la economía nacionalizada fuera administrada en interés de toda la comunidad. Y esta sabia dirección, neutral y objetiva, ha salvado a los obreros de las empresas nacionalizadas del grave riesgo de que el sindicato obrero y la empresa caigan juntos en la garra de un mismo partido. Porque, si esto llega a ocurrir, existe el peligro de que los sindicatos obreros dejen a la larga de representar los intereses de los trabajadores para convertirse en una organización al servicio del empresario estatal. Por otra parte, la dirección no partidista de las empresas nacionalizadas ampara al mismo tiempo a las organizaciones políticas. En efecto, un partido que ya no se consagra a su auténtica misión—la educación política de las masas—, sino que aspira a conquistar posiciones de fuerza dentro de la esfera económica, a la larga terminará, fatalmente, por corromperse.

Aparte de lo dicho, la monarquía da a la vida política aquella estabilidad que es absolutamente indispensable para poder resolver los grandes problemas. En una república falta el polo fijo que impide la acción precipitada. Los éxitos de la gestión tienen que verse en el plazo más breve posible, pues de lo contrario el gobernante no podrá ser reelegido. De este modo, la dirección de la cosa pública queda condenada a la política del más breve plazo, la cual

no es, ni mucho menos, el camino indicado para hacer frente a los acontecimientos de alcance mundial.

Finalmente, existe el peligro de que nuevas posibilidades de orden económico vengan a concentrar aún más el poder en manos de unos pocos. Ya sólo por este motivo, necesitamos en el Estado una autoridad exenta de todo partidismo, que cuide de que los beneficios sociales se repartan con un mínimo de equidad.

* * *

Evidentemente no es posible, dentro de los límites de un estudio tan breve como éstê tratar exhaustivamente un problema tan vasto como este de las formas de gobierno. Aquí únicamente hemos intentado poner de relieve una verdad básica, de capital importancia: que *no podemos hacernos tranquilamente los sordos ante la pregunta que nos plantea este problema.* Tenemos que dar una respuesta. Y tenemos que darla sobre todo en los numerosos países europeos en los que no puede decirse que exista una legitimidad "aclimatada", en el sentido que Guillermo Ferrero da a esta expresión.

La discusión de esta cuestión, discusión que es necesaria y que—quiérase o no—está flotando en el ambiente, *habrá de proceder por argumentos basados en la fría razón.* En ella no pueden tener cabida ni los *slogans* propagandísticos, ni las cargas sentimentales, ni las falsas reminiscencias históricas. Ambas partes contendientes tendrán que mirar la cuestión *sólo desde el ángulo del interés público y del bien de la nación.*

Pero esto equivale a decir que los centroeuropeos tenemos que romper de una vez con ese hábito de perder la cabeza apenas se plantea la cuestión de la mejor forma de gobierno. Tendremos que prestar oídos lo mismo a las opiniones de los republicanos que a las de los monárquicos. Tenemos que comprender que en los dos campos hay hombres honrados y sinceros. Y que arrojar piedras al tejado ajeno ha sido siempre muy mala política.

Una discusión objetiva y serena nos llevará a la conclusión de que, en los dos campos, la inmensa mayoría sostiene opiniones que difieren en cuanto a los medios, pero que coinciden en lo esencial, *porque el objetivo final de unos y otros deberá ser sólo el bien común y la protección de los derechos naturales de los hombres.* Sobre esta base todos pueden colocar la primera piedra.

LENGUAJE Y TECNICA DE GALDOS

POR

RICARDO GULLON

GALDÓS, ARTISTA

Empecemos por decir que Galdós no es el portavoz de una época, de una raza, de un pueblo. No es un hombre representativo, un hombre a quien preocupara primordialmente la renovación de España ni la transformación del mundo y del hombre. Y si todo eso eran sus preocupaciones, su ocupación está muy por encima de ellas y le caracterizan. Galdós es, ante todo, artista, creador de un mundo propio, donde se halla reflejado el circundante, los elementos más significativos del circundante.

Dominó su oficio como sólo llegan a dominarlo los trabajadores en quienes a la vocación se une la voluntad de trabajo y el amor a la obra bien hecha. No todas sus novelas están al mismo nivel. Por bien calculados pasos llegó a lo que deseaba, y un fracaso le sirvió a menudo para superar ulteriormente las debilidades observadas. Sin *Nazarín* frustrado tal vez no tendríamos *Misericordia* lograda. Galdós no fué nunca un poseso, un escritor en trance novelando iluminaciones; ni el asunto ni el tema le poseyeron; fué él quien los poseyó, trabándolos en la forma adecuada para demostrar su maestría. A lo largo de su obra se registra un progreso, y yo procuré esbozarlo en otro lugar; ahora no es posible estudiar su técnica con referencia a cada novela por separado. Diversas razones aconsejan estudiar su obra en bloque, y por eso, al analizar los problemas de técnica y lenguaje, incurriré a la fuerza en generalizaciones que, aplicadas a casos particulares distintos de los examinados por mí, pudieran resultar aventuradas, pues, aun procurando atenerme a lo más seguro, los datos se refieren a un proceso cambiante, caracterizado, entre otras cosas, por la perfección de la técnica, la depuración del estilo, la amplitud de los recursos estilísticos y el acendramiento de la prosa. En la evolución del Galdós artista, junto al proceso estudiado en otros lugares, que le lleva de la realidad a la imaginación y de la imaginación a la espiritualidad, notamos otro paralelo que conduce a una coherencia técnica cada vez mayor, determinante de

perfecto equilibrio entre los distintos materiales empleados y de una armonía del conjunto, conseguida por la selección de los detalles y el mantenimiento de un punto de vista estrictamente novelesco.

La actitud de Galdós no es comparable con la de Flaubert; nunca pensó—como el francés—que forma y estilo fueran los principales objetivos del novelista. No tuvo la preocupación estilística, la preocupación "artista" de conseguir un estilo elaborado y hasta tal punto compuesto que se le supeditaran las demás finalidades de la creación. Galdós no pertenece a esa familia de obsesos. Su interés en la vida y en los problemas morales le incita a buscar para ellos una expresión intensa, una manera de presentarlos impresionante, y con tal de conseguirlo no le importa parecer "vulgar". Ya estudié ese punto, pero permítaseme abordarlo aquí desde otra perspectiva. ¿Parecer "vulgar" a quién? A los incapaces de ver la buena salud moral revelada por esa intención expresiva, y de entender la necesidad de participar amorosamente, con simpatía cordial, en la vida misma, en la vida íntegramente vivida: en sus aspectos cotidianos y en lo que esos aspectos tienen de sorprendente y maravilloso. Esa atención a lo diario inadvertido le permite descubrir, analizando los ensueños o andanzas de un personaje corriente, elementos extraordinarios de la vida que jamás llegarán a vislumbrar los partidarios de la quintaesenciada sublimidad, de las formas impecables. Ya dije cuánta finura de análisis, cuánta precisión al reflejar el vaivén espiritual del personaje pone Galdós. Finura de artista, solamente que no de artista exquisito; no tiene la finura de los primorosos, para quienes la novela es el arte de montar al aire la deslumbrante perfección de una sensación preciosa, sino la de quien desea recoger en la narración todo lo propio de ella: la gesta de la vida moderna y el hombre corriente; gesta abarcadora de variados materiales, aguas turbias y cielos radiantes: lo consciente y lo inconsciente, lo sórdido y lo sublime.

Galdós se esfuerza en superar el realismo, sin desatender a la realidad. Su problema consiste en superar los procedimientos llamados realistas, los procedimientos aferrados a la literalidad de los fenómenos, para dar a la novela la trascendencia necesaria. Naturalmente, en su época y en su momento, Galdós no quiere someter la realidad al proceso de deformación posteriormente realizado por los "ismos"; no pretende destruir la apariencia; antes conservarla intacta, pues, en tanto que apariencia, la sabe tan auténtica como la oscura dimensión profunda: su propósito es mos-

trarla en sus relaciones y correspondencias con otros estratos, para que pueda entenderse la complicada red de acontecimientos y la diversidad de significaciones contenidas en ellos.

El lector puede contentarse con el cuento o primera capa novelesca, y tendrá la falsa impresión de comprender el relato en su conjunto. Error grave, pues la novela no es sólo la capa de hielo sobre la superficie del lago, sino el movimiento de aguas, plantas, seres pululantes bajo esa dura costra por donde podemos caminar, y en donde pueden darse batallas y moverse ejércitos, sin que la mayoría de los participantes adviertan la fragilidad del suelo, y menos todavía el rumor y temblor de la corriente interna; el ir y venir de la vida.

Galdós supera el realismo por el camino de la penetración poética en torno suyo. ¿Poética? El calificativo encontrará resistencias por parte de quienes reducen la poesía al lirismo; eludiendo una discusión de actitudes y dogmáticas, me limitaré a recordar que la poesía es también creación, invención, revelación de lo que el novelista quiere lograr: el descubrimiento del hombre en la sociedad, la épica lucha del individuo con el medio y—en el caso de Galdós—de un país consigo mismo. El costumbrista, limitado a los accidentes, no entra en la esfera poética; mas quien pretende novelar para revelar necesita poseer facultad de penetración, aprehender intuitivamente entre lo corriente e insignificante el dato significativo. El lenguaje, ese lenguaje tan discutido y con frecuencia censurado, sirvió admirablemente a sus fines. En seguida lo veremos. Ahora me interesa destacar que el cálculo de los detalles, la variada utilización de los distintos procedimientos narrativos y de los recursos estilísticos, dan a las novelas del ciclo central galdosiano admirable luminosidad y tersura.

EL LENGUAJE

Las obras literarias dependen, en primer término, del lenguaje. Las novelas, cuya materia prima es la palabra, serán según sea la actitud del escritor respecto al instrumento verbal. El lenguaje, pues, no puede ser olvidado si se quiere realizar un examen completo de los elementos de la creación novelesca; su textura informa con inequívoca contundencia de los propósitos y las limitaciones del novelista, en cuanto a la narración propiamente dicha y en cuanto a su concepto de la novela y del arte de escribir en general. Ciertos adjetivos empleados con profusión delatan sentimien-

tos, y a veces insuficiencias; sustantivos precisos responden a claridad en las ideas; locuciones conversacionales tienden a reflejar la frescura viviente del habla popular; la dosificación de los verbos remansa o impulsa el movimiento de la prosa... La lengua de Galdós es tan rica, exacta y flúida, que puede compararse con la de Cervantes. Don Miguel de Unamuno, no ciertamente gran admirador del novelista, dijo: "La lengua de Galdós—que es su obra de arte suprema—fluye pausada, maciza, vasta, compacta, sin cataratas ni rompientes, sin remolinos, sin remanso, espejeando los álamos y sauces de las orillas de su cauce y el cielo de otoño que le cubre. Sobre este río no hay tormentas, y bajo de él no hay temblores de tierra, como ocurre en el cielo tempestuoso de Dostoyevski. Tampoco España, la de Galdós, es Rusia, digan lo que quieran algunos soñadores que quieren darnos importancia, aunque sea amedrentadora" (1).

La imagen sugerida por don Miguel es muy certera, porque en realidad el lenguaje galdosiano se forma tan llana y espontáneamente que produce la impresión de un fenómeno natural; es algo brotado sin violencia—pero incontenible, como agua en la fuente, por la virtud de una fuerza oculta—, y esto no quiere decir que para dar esa sensación no fuera necesario vencer antes las resistencias de la palabra, sino que el vencimiento no es exclusivamente cuestión de oficio; es indispensable una sensibilidad particular para eliminar las supuestas gracias, los ornamentos y cuanta seducción retórica amenace destruir la clara soltura de la prosa.

La precisión en el manejo del lenguaje la consigue Galdós porque entre sus intuiciones—es decir, sus experiencias—y las palabras utilizadas para expresarlas hay un paralelismo, una correspondencia; en los respectivos planos se corresponden fielmente, y no cabe duda razonable de que la manera de decir lo que dice es la adecuada, la más económica y sobriamente ajustada a los contenidos. La economía verbal no es incompatible con la abundancia expresiva, incluso con las prolijidades, si éstas son necesarias y eficaces; si responden a un fin en la creación y contribuyen a expresar algo concreto dentro del conjunto novelesco. Para Galdós, la literatura no consistía en combinar palabras, sino en combinarlas *para* algo. Ese *para*, cuenta, pues implica la necesidad del asunto, y no del asunto-pretexto para el análisis de sensaciones, sino del asunto-peripecia, del asunto capaz de interesar por sí, como

---

(1) Miguel de Unamuno: *De esto y aquello* (Sudamérica, Buenos Aires, 1951), tomo I, pág. 357.

reflejo de un problema real. Esta creencia en el asunto, en la importancia del asunto frente a la sensación, distingue las novelas galdosianas de los delgados y traslúcidos relatos de *Azorín.*

El idioma de Galdós es el lenguaje corriente, sencillo; lenguaje impregnado de las inflexiones, el tono y las resonancias de la palabra hablada; al tiempo de leerlo sentimos la impresión de estar escuchándolo y de oírlo con el acento y hasta el volumen que cada palabra tendría si estuvieran diciéndola a nuestro lado. En él hallamos lo coloquial sin afectación y una diversidad acomodada a la de los personajes; cada uno habla su lenguaje propio: los niños, como tales; los locos, sin exageración ni melodramatismo; la gente del pueblo, sin excesivo pintoresquismo; los comunes, a su modo... Y Galdós fué de los primeros en conseguir que el lenguaje conversacional sirviera para expresar los estados mentales más complejos. Con el lenguaje de cada día describe, sin pretender dar explicación alguna, emociones entrañables; analiza, con finura de análisis que en otros exigiría un vocabulario casi profesional, movimientos espirituales difíciles de captar. Conviene subrayar esta conquista, porque, comparándole con los escritores coetáneos mejor dotados para la utilización del lenguaje conversacional—Pereda, por ejemplo—, se advertirá que en ellos el empleo de un idioma tomado del campo o de la calle tiende al costumbrismo, a mostrar lo pintoresco de un habla, la riqueza imaginística y expresiva del idioma aldeano o ciudadano, sin acometer mayores aventuras, tales como la captación de esas emociones de gran calado, que Galdós aprehende y analiza.

A veces disuenan ciertas expresiones, y no lo digo pensando en la novedad, sino en lo chocante del giro. Así, cuando aplica calificativos algo extravagantes a figuras bíblicas, como llamar "barbianas" a Betsabé y a la Samaritana, en *Fortunata y Jacinta.* En alguna ocasión, el deseo de ser gráfico le incita a utilizar frases hechas, menos eficientes—aun llevando consigo la carga de implicaciones, asociadas a ellas por el uso—que su manera personal de decir; pero estas caídas son raras, y, en general, las zonas neutras de la prosa cooperan y no estorban al más adecuado relieve de la obra en conjunto.

La frase galdosiana es natural y flúida. Las oraciones se encadenan con flexibilidad, con ritmo de conversación, de diálogo sin literatura, sin enojosas pretensiones a la elegancia. (La elegancia es la precisión, la seguridad en el trazo narrativo: no es bueno el dibujo recalcado, el arabesco deformante sin sentido, pero sí el que deforma en la medida necesaria para dar al material plenitud e

intensidad.) La gracia del lenguaje se debe aquí a la naturalidad, a la lucidez, a la serena conciencia y desembarazo del autor, preocupado únicamente por la necesidad de comunicar y, por tanto, de utilizar aquél conforme a las reglas de su estructura. El propósito del novelista es componer un cuadro, pero un cuadro vivo y animado, en el cual la línea marque una dirección insustituíble. La experiencia debe manifestarse en el lenguaje con exactitud, pues la precisión la refuerza e intensifica. El novelista no puede fracasar en la elección de las palabras y la construcción de la frase; si así acontece, todo su empeño se desmorona, y solamente quedarán, aquí y allá, dispersos por la obra, fragmentos reveladores de una concepción frustrada, indicios de un pensamiento creador, al que le falló el instrumento indispensable para construirse, para ser.

La destreza en la utilización de las conjunciones, del punto y coma, de las comas; la habilidad artesana, absolutamente exigible a quien escribe, Galdós la poseyó. Recuérdese su manera de equilibrar las oraciones dentro de cada párrafo para conseguir mediante hábiles compensaciones, que los períodos sean armónicos sin solemnidad; flúidos y, a la vez, densos. Pues éste es otro problema bien resuelto: fluidez y densidad. La frase debe ser ligera; marchar con andadura grácil, sin perder espontaneidad, sin dejar de ser como la corriente nacida en el fresco manantial y, al mismo tiempo, estar henchida de intuiciones, repleta de contenido significante; en una palabra, densa. Galdós consigue ese equilibrio; cada oración completa lo anunciado por la precedente, o la matiza, precisando un aspecto del tema, adelantando algo más en el análisis, para perfilar mejor la intuición, o presentando datos complementarios o distintas facetas del problema, sutilmente encadenadas a lo precedente.

En ese encadenamiento y de ese encadenamiento depende el ritmo, y en Galdós siempre lo hallamos según la narración lo exige. Cada novela, cada tipo de relato tiene su ritmo, su *tempo* propio. A veces, como ocurre en *Fortunata y Jacinta*, el ritmo es lento, responde a una construcción escalonada y dividida, a una distribución proporcional de los materiales en grandes partes, cada una de las cuales estudia la marcha de los personajes en distintos momentos. En algunos instantes, el ritmo varía; mas, en general, la novela está tratada como un vasto río, al cual fueran incorporándose, para hacerlo más ancho y hondo, corrientes subsidiarias de vidas y acontecimientos. Junto a ella recordemos *Torquemada en la hoguera*, y el contraste resaltará en seguida. El contraste es consecuencia del cambio de ritmo; como sabemos,

esta narración tenía que acomodarse a un propósito muy distinto, y desde el primer acorde, anunciador de cuanto va a contar, el escritor quiere transmitirnos la impresión de acontecimientos que van a sucederse rápidamente, con breves intervalos de respiro para el protagonista; era natural que para narrar los sucesos escogiera una prosa rápida, un ritmo en el que cada párrafo parece empujado por el siguiente, y refleja la velocidad de la peripecia: cada oración anuncia algo diferente, un hecho nuevo, un acontecimiento inesperado; el autor, acuciado por la prisa, por la necesidad de seguir los hechos de cerca, ha de renunciar a más demorado análisis de las circunstancias. Las emociones de Torquemada se reflejan perfectamente en la rapidez del ritmo narrativo, y cuando en éste se produce algún remanso, es para corresponder a las pausas engañosas que el Destino se consiente mientras acosa implacablemente al personaje.

El ritmo es parte del estilo, empleada esta palabra como equivalente a modo peculiar de construir la novela.

ESTILO

Pues el estilo no es sólo la prosa, ni la sintaxis, ni el vocabulario. Estos elementos entran en él y contribuyen a formarlo; pero ni lo componen exclusivamente, ni siquiera son los más importantes. El estilo se forma, además—o quizá, principalmente—, por el modo como se recoge el fluir del pensamiento, la amplitud de la concepción novelesca, la selección y dosificación de los materiales para la armonía del conjunto. El estilo novelesco supone la utilización de variadas técnicas y la invención de un esquema suficientemente flúido para reflejar la cambiante estructura de la vida. El estilo es ritmo, precisión léxica, adecuación entre la palabra y el sentimiento.

En *Tormento* hay una frase algo enigmática: "El estilo es la mentira. La verdad mira y calla." ¿Qué quiere decir esta palabra? Conociendo el pensamiento de Galdós podría traducirse así: si llamamos estilo al adorno, a la afectación, a la innecesaria figura retórica, todo eso es falso, porque es gratuito, innecesario, postizo. Es falso y, además, no añade nada a la construcción novelesca. En la misma novela, y con referencia a una carta de la protagonista, encuentro otra frase, útil para aclarar la anterior: "Todo cuanto se le ocurría resultaba pálido, insulso y afectado, como si hablara por ella un personaje de las novelas de don José Ido." Palidez e

insulsez quieren decir aquí falta de colorido, lenguaje desvaído, en el cual las palabras, lejos de sonar con relevancia, se pierden y esfuman en una masa indistinta, porque no son las palabras *únicas* del personaje, sino las triviales y anodinas del lenguaje novelesco corriente. Pues hay un lenguaje novelesco—incluso en la vida real, muchos hablan como en las novelas baratas—, y ese lenguaje, por su falta de vitalidad y de verdad, resulta insulso. Y la afectación es el pecado de quienes deliberadamente se obstinan en ser originales desde fuera, diciendo las cosas de manera recargada, solemne, hinchada, distinta de la usual. No sólo alude Galdós a la prosa recargada, artificiosa e ineficaz de los malos noveleros de la época, sino al estilo florido y huero, predilecto de los oradores políticos de entonces. Lo había padecido cuando parlamentario, en los torneos oratorios de la Cámara, y lo detestaba, como aborrecía las truculencias verbales, los modos "románticos" de contar, pensando que para muchos la palabra estilo significaba una técnica de ocultación para la oquedad mental. Por eso lo calificaba de mentira.

La contraposición entre estilo-mentira y verdad se inserta en ese orden de preocupaciones. Si el estilo es la ficción, el embeleco, el cuento de todo engañar, la verdad será el silencio: mirar y callar, y literariamente puede reflejarse en la idea stendhaliana de la novela espejo sobre el camino y la posición del observador no deformante, dispuesto a mantenerse al margen y referir lo más llanamente posible sucesos reales o fingidos, de que pretende ser escrupuloso fedatario. "Pequeños hechos verdaderos" constituyendo la narración por procedimiento acumulativo, por incorporación de unos a otros y todos a un cuadro general, a una corriente que les confiere sentido, llegan a formar novelas de considerable calado si para presidirlos existe un pensamiento ordenador.

Pensando así, era lógico que presentara los acontecimientos con naturalidad, precisamente por ser capaz de vivificarlos sin echar mano de una fraseología alusiva a los sentimientos que el suceso pretende despertar en el lector. Las circunstancias y pormenores son expuestos sin proyectar sobre ellos una adjetivación que influya o pretenda influir directamente sobre el lector. Acierta al excluir los adjetivos que pretenden sugerir al lector cuál debe ser su reacción, la actitud que debe adoptar, y definir la significación del acontecimiento narrado, especialmente si es enigmático o de alguna manera misterioso. La profundidad y el misterio—según vimos—parecen mayores cuando expresados con sencillez, con limpia y llana claridad, Galdós se distingue de tanto folletinista, tanto foliculario de baja calidad como se dedicaba entonces (y ahora) a escri-

bir novelas, por ese modo sencillo de expresar lo profundo, rehuyendo los fáciles efectos que aquéllos pretenden conseguir mediante una selección de palabras sonantes y resonantes, como si esa resonancia bastara para llevar a la prosa el rumor de las cosas secretas y hondas. Señalaré algún texto esclarecedor de sus ideas sobre el tema.

En el prólogo a *El abuelo*, año 1897, escribe: "Con la virtud misteriosa del diálogo parece que vemos y oímos, sin mediación extraña, el suceso y sus actores, y nos olvidamos más fácilmente del artista oculto, que nos ofrece una ingeniosa imitación de la Naturaleza. Por más que se diga, el artista podrá estar más o menos oculto; pero no desaparece nunca ni acaban de esconderle los bastidores del retablo, por bien construídos que estén. La impersonalidad del autor, preconizada hoy por algunos como sistema artístico, no es más que un vano emblema de banderas literarias, que si ondean triunfantes es por la vigorosa personalidad de los capitanes que en su mano las llevan. El que compone un asunto y le da vida poética, así en la novela como en el teatro, está presente siempre: presente en los arrebatos de la lírica; presente en el relato de pasión o de análisis; presente en el teatro mismo. Su espíritu es el fundente indispensable para que puedan entrar en el molde artístico los seres imaginados que remedan el palpitar de la vida."

Esta declaración, no antiflaubertiana—perspicazmente deja a salvo el logro del gran artista que era Flaubert—, es un ataque explícito contra los escritores que tomaron al pie de la letra la exigencia de impersonalidad en el novelista. La presentación de la realidad puede hacerse con tal grado de objetividad que la presencia del narrador signifique poco más de lo que significaría la cámara cinematográfica. Los novelistas norteamericanos contemporáneos, especialmente John Dos Passos y Hemingway, alcanzaron extremos de impersonalidad hasta ellos no conseguidos; en alguna de sus narraciones se constriñeron a no decir del personaje nada que no pudiera ser apreciado desde fuera, y así consiguieron efectos impresionantes; pero como procedimiento constituye una limitación excesiva. Según dice Galdós en el párrafo transcrito, el autor, aunque acepte la ficción necesaria de la libertad de los personajes, y se considere plenamente objetivo con relación a su obra, no puede perder de vista la idea de que, en realidad, se trata de una ficción y no de otra cosa: de una convención aceptada para la mejor eficacia artística de la construcción. Como él indica, el escritor siempre está presente en las narraciones; y aun en el diálogo teatral, lo dicho por los personajes es una selección de palabras escogidas por

el autor como las más adecuadas para que los seres inventados respondan íntegramente a la idea de lo que cada uno representa y a sus respectivas posiciones en el drama.

Ya en *Gloria*, el estilo es preciso y seguro. En esta novela hay rasgos de gran penetración. Veamos algunos: Serafinita Lantigua está rezando en la abadía: "No vió acercarse a la señora de Amarillo, que pasó lentamente por la puertecilla de arco escarzano, y se fué acercando poco a poco, más como quien resbala que como quien anda. Cuando silbó la primera palabra de su saludo al oído de la ilustre señora, ésta se estremeció, exhalando ligero grito." Nótese admirablemente expresado el reptilismo de la señora de Amarillo: primero se advierte que camina lentamente, y se va acercando poco a poco, como quien resbala; después, para dar la impresión de que quien habla es un bicho peligroso, una serpiente que va a destilar su veneno en el oído de la amiga, se utiliza el verbo apropiado: silbar. Este verbo anuncia que cuanto diga será ponzoña destilada, ponzoña serpentina. No se dice cómo es la de Amarillo, ni se la califica; las palabras escogidas para presentarla y la imagen puesta en movimiento, aun siendo totalmente objetivas, bastan para definirla. Una cámara cinematográfica puede reproducir el movimiento real, pero no, a través del movimiento real, la imagen mental. Es incapaz de sugerir con tanta acuidad la definición moral del personaje. La plasticidad del estilo, revelada en las notaciones imaginativas: anda "como quien resbala" y "silbó", muestran el verdadero ser serpentino del personaje.

Un carácter puede definirse por un solo rasgo. Así, Serafinita, cuando habla a Gloria del desaire que en la iglesia del pueblo infieren a la muchacha las personas que abandonaron la capilla cuando ella entró: "Yo lo sufro con paciencia, y además, hija de mi alma, reconozco que tienen razón." Esta última parte de la oración: el "reconozco que tienen razón", indica la perversidad de un alma en apariencia candorosa; de un alma que cuando pretende consolar, cuando debería consolar a su sobrina por el agravio, se complace con blanda hipocresía en aumentar el daño, alineándose con los enemigos, tomando partido contra Gloria, pues cuanto dice lleva consigo la cruel intención revelada en la frase mencionada.

Una de las grandes virtudes del estilo galdosiano es la aptitud para pintar al personaje con un solo rasgo, con un dato incluído como por casualidad y expuesto sin darle importancia, para que pase inadvertido. Pues eso se pretende: que el lector conozca el dato, pero sin destacar su importancia como clave. Nunca recalcar lo más importante. No insistir es uno de los secretos del novelista;

secreto a voces, que Galdós olvidó alguna vez. No siempre se limita a presentar al personaje objetivamente; de cuando en cuando subraya el rasgo característico de alguno, como al hablar de Agustín Cachorro, sacristán de la abadía, en *Gloria:* "Agustín entró riendo, pues la risa era su fisonomía." No más de esto, señalar que la risa no es accidental, sino el detalle caracterizador. Recurso semejante, aunque usado con diferente propósito, hallamos en la misma novela cuando, al describir un edificio, para señalar los rasgos de decadencia en él observados, escribe: "La veleta se había doblado con los poderosos bofetones del huracán, y la flecha, desquiciada, señalaba siempre al Norte. Estaba muerta." El "estaba muerta" es innecesario. Aquí es redundante, quizá porque no siempre conseguía vencer la tendencia a deducir conclusiones. A continuación de la frase copiada, refiriéndose al reloj enmudecido, dice: "No expresaba ya nada, como no fuera la inmovilidad y el tétrico silencio de la muerte." Esta insistencia en anotar imágenes de ruina en la casa de los Lantiguas es una manera gráfica de pintar la decadencia de la familia y la crisis iniciada a partir del fallecimiento de don Juan de Lantigua. Las imágenes no son utilizadas arbitrariamente. Galdós no conocía el deporte de la metáfora, y cuando utiliza una imagen, lo hace como medio de aclarar el pensamiento. Advierto en él tendencia a no desperdiciar las imágenes; inclinación a no utilizar la imagen por amor a la imagen misma, sino, según acabamos de ver, con valor expresivo, cargado de sugerencia, colocando plásticamente ante el lector un espectáculo capaz de proporcionarle—en el ejemplo escogido—la sensación de decadencia familiar que necesita transmitir. Esas alusiones a la muerte preparan para el desenlace: son como el acorde que en el preludio de una ópera anuncia el motivo del aria final; en ella no está contenido el tema, pero presagiado en dos o tres notas que, convenientemente elaboradas, darán de sí en las páginas últimas.

El personaje galdosiano no vive en el vacío, sino en el centro de una sociedad, que lo forma según es. En otro capítulo hablé del héroe de esta novelística, y se recordará que no puede dársele tal nombre sino por antífrasis; en realidad, es un ser constreñido a vivir prosaicamente en la realidad de un mundo, para quien cualquier heroísmo es sospechoso. Y es preciso conocer y describir con precisión el ambiente, pues sin ese conocimiento, la novela, de puro ingrávida, flotaría en el limbo. El novelista se convierte en observador, y el cambio de estilo apreciable entre Galdós y los novelistas románticos depende de la necesidad de ser exacto en las

descripciones, carentes de la supuesta grandiosidad de las románticas, porque se apegan a la realidad, afanándose por reproducirla fielmente. En cincuenta años—de 1840 a 1890—, el estilo cambia totalmente: de grandilocuente se ha hecho sencillo; pierde en solemnidad cuanto gana en eficacia. Esto explica por qué algunas descripciones han de ser prolijas y por qué el diálogo entra en detalles antes descartados en beneficio de las grandes síntesis.

TÉCNICAS NARRATIVAS

Esto exige estudiar las técnicas narrativas de Galdós. En su obra hallamos fragmentos donde para describir recurre a la acumulación y no a la selección de detalles. Pero, en general, escoge y es feliz en la selección. Citaré solamente dos ejemplos de presentación de personaje, para mostrar la magistral destreza de su pluma. En *Torquemada en la hoguera*, presenta a una vieja sirvienta: "Su cara parecía un puñado de telarañas revueltas con la ceniza; su nariz de corcho ya no tenía forma; su boca, redonda y sin dientes, menguaba o crecía, según la distensión de las arrugas que la formaban. Más arriba, entre aquel revoltijo de piel polvorosa, lucían los ojos de pescado, dentro de un cerco de pimentón húmedo." No es posible decir mejor, con más relieve, vivacidad y colorido. Las metáforas se suceden tan expresivamente que al agruparse dan por resultado un retrato digno de Rembrandt o Goya. La fuerza del lenguaje depende de la plasticidad de las imágenes, y éstas de ciertas palabras clave como "puñado" y "revoltijo", o de aclarar que el cerco de "pimentón" en torno a los ojos "de pescado" estaba "húmedo". Y, además, el dibujo se mueve; es una figura animada, y vemos cómo la boca de la vieja sin cesar aumenta o disminuye de tamaño. Junto al don de la imagen reveladora, el de la descripción dinámica.

En *Angel Guerra*, para presentar a Dulce, Galdós utiliza una imagen de cruel expresividad: "Tenía entonces veinticinco años, y representaba tener treinta, señal que su hermosura y su juventud tendían a consumirse pronto, como candelas con doble pabilo, y antes que se acabara en ella la mujer, ya estaba anunciando la momia." La mirada de Galdós es tan penetrante que cala en lo futuro y presagia el de Dulce. Un novelista corriente se hubiera detenido en la palabra "pronto", o habría utilizado una imagen más o menos atrevida y hermosa, pero no tan exacta y audaz a la vez. Comparar la juventud y la hermosura de la muchacha a "can-

delas con doble pabilo", sobre ser original, es bella, por eficaz; la eficacia, la aptitud para sugerir al lector la imagen correspondiente a la idea, es la prueba decisiva de la metáfora, y la aquí utilizada no puede ser más adecuada. El último inciso de la frase, el dramático augurio de la "momia" venidera, señala cómo Galdós ve en la piel todavía tersa la calidad apergaminada que le dará la usura inevitable del tiempo, el deterioro constante, no igual para todos, pero en este caso definido por la presciencia del novelista.

En *Fortunata y Jacinta* hay dos frases imaginísticas, relativas al clérigo Nicolás Rubín, cuya expresividad no desmerece de las anteriores. Vale la pena destacarlas: "El vello—dice—le crecía en las manos y brazos como la hierba en un fértil campo, y por las orejas y narices le asomaban espesos mechones. Diríase que eran las ideas, que, cansadas de la oscuridad del cerebro, se asomaban por los balcones de la nariz y de las orejas a ver lo que pasaba en el mundo." Nótese la imagen doble; el vello es abundante "como la hierba", y, cuando asoma por nariz y orejas, suscita en el autor una peregrina asociación mental y se le ocurre compararlo con las ideas, de suerte que al paso dice algo muy expresivo: al hablar de "la oscuridad del cerebro" se sobreentiende no sólo que este órgano se encuentra en un recinto hermético a donde no llega la luz, sino que el de Rubín es incapaz de sacramentos: engendrar y ni siquiera recibir ideas.

La descripción informa sobre la mentalidad del personaje, pues con ese físico—la manera de subrayar ciertas peculiaridades lo advierte—poco puede esperarse de él. E inmediatamente, refiriéndose a su manera de conducirse en la mesa, añade al boceto una pincelada definitiva: "Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, e inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de hierba." La palabra forraje anuncia el resto, y la comparación de Rubín con una bestia está determinada por la imagen anterior, por la equiparación forraje-ensalada, hecha pensando no en el alimento, sino en quien lo come, siquiera convenga anotar que en el habla castiza del pueblo madrileño, a la ensalada, y en general a los elementos verdes que acompañan al asado, se llama, con intención algo despectiva, "forraje". Los párrafos citados dan idea de la tosquedad del personaje, de su grosería innata, y no la dan gratuitamente, sino con vistas a explicar su comportamiento en otras partes de la novela. Pues—insisto en ello—en estas novelas no hay nada caprichoso; nada escrito por deseo de "embellecer".

Quiero mencionar todavía alguna otra imagen de los centenares que pudieran escogerse, para dar idea de la riqueza expresiva y la variedad de la prosa galdosiana. Y antes recordar una frase de Lionel Trilling: "En literatura—anota—, el estilo es tan poco el mero ropaje del pensamiento, que podemos decir que de la tierra de la prosa novelesca álzanse los personajes, las ideas y hasta el asunto mismo" (2). Esto es bien cierto en Galdós. Veamos en *Torquemada en la Cruz:* "Dificultad grande era para él [Torquemada] la palabra suave y cariñosa, pues en su repertorio usual todas sonaban broncas, ordinarias, como la percusión de la llanta de un carro sobre los desgastados adoquines." Según la indicación de Trilling, de esta prosa, de esta imagen tan claramente expresiva del chirriante lenguaje de Torquemada, se yergue el personaje, y se parte con base firme hacia ulteriores desarrollos. En *Gloria,* se dice de don Juan Amarillo: "Con el dote que le llevó su esposa Teresita, la monja, y con su buen manejo y economía (pues fué económico en todo, hasta en tener hijos), en cuatro lustros se hizo muy rico. Tenía bastante amistad con don Juan de Lantigua, una de las pocas personas de Ficóbriga a quienes jamás prestó nada, como no fuera atención." Este ejemplo aclara lo que es una prosa construída sobriamente, pues en cinco líneas resume el carácter y hasta la biografía del personaje, y, por añadidura, el tipo de su relación con Lantigua en cuanto resulta necesario puntualizarla para poder comprender luego su conducta y sus intervenciones.

La utilización de las imágenes es constante, y lo mismo contribuye a caracterizar un personaje transeúnte como a definir al protagonista de una novela. Ejemplo de lo primero, en *Nazarín:* "Dos mieleros enjutos, con las piernas embutidas en paño pardo y medias negras, abarcas con correas, chaleco ajustado, pañuelo a la cabeza, tipos de raza castellana, como cecina forrada en yesca." Ejemplo de lo segundo, hablando del corazón de Augusta, en *Realidad:* "Las ideas morales se estrellan en él como migajas de pan arrojadas contra el blindaje de un acorazado." En el primer caso, la imagen es toque de color, dato señalado para dar expresividad al cuadro, e implica el empleo de dos palabras del vocabulario corriente entre los campesinos castellanos: "cecina", tan gustada por ellos, y "yesca", usada para encender los cigarros en toda la meseta. En el segundo supuesto, la imagen es más ambiciosa: no es una vibración coloreada, sino algo más; aspira a definir la insensibi-

---

(2) Lionel Trillong: *The Liberal Imagination* (Doubleday, Nueva York, 1953), pág. 27.

lidad moral de Augusta, y es posible considerarla como uno de los datos cifra de la novela.

Hay muy buena prosa en Galdós; una imaginería no preciosista, pero eficaz. Para este apartado quiero transcribir la primera frase, el primer párrafo de *Torquemada en la hoguera*, donde el propósito y contenido de la narración está expuesto en una oración primera de activa, seguida de otras que, con distinto giro, informan en términos generales del suceso novelesco: "Voy a contar cómo fué al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas; que a unos les traspasó los hígados con un hierro candente; a otros les puso en cazuela bien mechados, y a los demás, los achicharró por partes, a fuego lengo, con rebuscada y metódica saña. Voy a contar cómo vino el fiero sayón a ser víctima; cómo los odios que provocó se le volvieron lástima..." Según se ve, este valioso arranque es una pura imagen, una referencia a hechos pasados de la vida de Torquemada, resumidos y sintetizando la actividad total del usurero, a quien es bueno comparar con el mismísimo diablo; todas las imágenes concurren a transmitir una idea semejante a la que del infierno se infundía a los niños en los estudios de catecismo, cuando Galdós escribía. La catástrofe torquemadesca, todos los sufrimientos padecidos por el avaro cuando su hijo, el prodigioso fenómeno matemático, muere, quedan comprendidos en las frases iniciales, que no copio íntegramente para no ocupar más espacio, pues las anotadas bastan para dar el tono, la idea del tono en que la narración está compuesta.

EL MONÓLOGO INTERIOR

Hace veinticinco años, cuando apareció el planeta *Ulysses* en el firmamento de la novela; cuando en el ámbito de la prosa narrativa se registró un movimiento sísmico que, por ondas concéntricas, fué extendiéndose, hasta llegar—gracias a sabios escoliastas y entusiastas críticos—a conocimiento de nutridos grupos de lectores, se tuvo noticia de un recurso estilístico hasta entonces supuestamente inédito: el llamado monólogo interior o monólogo silencioso. Se citó algún precedente concreto, como *Les lauriers sont coupés* (1887), de Edouard Dujardin, y de un golpe se eliminaron los más ilustres, para mejor resaltar la originalidad de Joyce. Pretendo mostrar cómo ya Galdós utilizó el monólogo tradicional con variantes reveladoras de tan clara conciencia de sus posibilidades que no es aventurado, en este punto, calificarle de precursor: en sus novelas

se encuentra, a su manera naturalmente—no a la de Joyce o Faulkner—un tratamiento nuevo, intenso, del soliloquio, que anticipa el discutido procedimiento estilístico. El monólogo no aparece en las narraciones galdosianas en el estado revuelto, inconexo, propio del *Ulysses;* no compuesto de fragmentos dispersos en la oscuridad con que a veces pugna nuestro pensamiento, pero sí con las complejidades necesarias para mostrar las de la vida y los corazones humanos. Galdós inventa un tipo de monólogo de vasto aliento, en el cual el personaje no cambia precisamente de idea, ni consiente siquiera la injerencia en ella de otras preocupaciones y otra temática; pero manteniendo la unidad esencial del monólogo lo anima con movimiento ondulatorio de gran alcance, como de olas que sucesivamente rompen en la playa, distintas y siempre trayendo agua del mismo mar.

Galdós tuvo clara idea de lo que estaba haciendo al emplear este recurso. Joyce utiliza el monólogo interior o silencioso, según escribe Stuart Gilbert, "como exponente no sólo de su interior y apenas consciente reacción psicológica [la del personaje], sino también de la narración misma" (3). En este sentido, el monólogo de Galdós perfectamente puede ser considerado "interior", y no se abusa del calificativo ni se recuerda lo dicho por este crítico en el mismo estudio: "Otra de las innovaciones de Joyce es el amplio uso del soliloquio no hablado o monólogo silencioso, una transcripción exacta de la corriente de conocimiento del individuo, la cual tiene, ciertamente, el aspecto de una fotografía sin retocar y ha sido certeramente comparada a una película cinematográfica" (4). Se objetará que hay una diferencia esencial entre los procedimientos de Joyce y Galdós; el primero pretende transcribir esa corriente de percepción individual a través de una agrupación de elementos inconexos, porque cree que el hombre deja entrar en su pensamiento elementos de distinta procedencia, o, mejor dicho, que estos entran sin pedir permiso, se cuelan de rondón en la mente y allí se mezclan y funden unos con otros, atropellándose y dejando a la preocupación esencial como sumergida bajo las accesorias, subalternas, triviales que aparentemente no debieran turbarla. Así ocurre en la realidad; nuestros pensamientos siguen a veces ese desordenado curso, pero en muchos casos, especialmente en momentos o en personas preocupadas, cuando la vida presiona con preocupación de gran calado, ésta se sobrepone y borra lo demás. Galdós

(3) Stuart Gilbert: *James Joyce's Ulysses* (Vintage Books, Nueva York, 1955), pág. 8.
(4) *Ibídem*, pág. 10.

elimina del monólogo lo superfluo, y con eso acepta una ley artística invariable: la ley de la selección, de acuerdo con la cual separa de una masa de hechos y detalles los en verdad significantes. Reconociendo el valor de los descubrimientos joycianos, especialmente como experimento y punto de partida, no considero menos valiosos los aportes de Galdós, y aun diría que Galdós tenía idea más exacta de la novela, y del modo como debía ordenar los componentes de ella. Estéticamente, los monólogos galdosianos son preferibles, pues la mano del artista no eliminó nada esencial, ni siquiera necesario, sino lo irrelevante.

En *Angel Guerra*, mientras el protagonista espera ver a su madre enferma, se representa con todo pormenor los términos de la reprimenda que aguarda; cuando después se encuentran y la anciana calla o no dice lo que el hijo pensaba, los lectores, gracias al anterior monólogo, asisten al diálogo que en silencio entablan ambos personajes y pueden saber, por contraste entre lo que Guerra temía oír y las palabras pronunciadas por la madre, lo acontecido en el recinto de las almas y el brusco movimiento de pasión determinante de la catástrofe.

El lector conoce también el pensamiento de la señora; sabe cómo funciona ese mecanismo mental explícitamente llamado por el novelista "catilinaria" de "la voz interior". Y sigue en sus vaivenes el curso de ambas voces interiores, en un momento dado cruzadas dramáticamente con la parva y trivial conversación, que si alcanza su clima de modo fulminante es porque el gesto violento y la frase dura que lo precipitan no son comienzo, no constituyen el principio de un diálogo, según hubiera supuesto quien observara a los personajes desde fuera, sino el punto álgido de un debate sin palabras. El juego de monólogos "interiores" rinde pleno servicio; no es un alarde, sino el recurso técnico apropiado para hacer ver al lector la tensión de los caracteres y el conflicto planteado.

La selección de los componentes quita al monólogo interior de Galdós el aparente desorden de las meditaciones joycianas, mejor dicho, de los personajes joycianos, en los cuales hallamos la confusión característica de la multitud de pasiones y preocupaciones—unas graves, otras anodinas—, al mismo tiempo fermentantes. Quizá la técnica de Joyce produzca mayor impresión de semejanza con la realidad que la de Galdós, pero el punto a discutir sería si tal semejanza es artísticamente más útil. Yo creo que no. Si se me excusa lo pedantesco de la expresión diré que, científicamente, tal vez el procedimiento de Joyce está más cerca del mecanismo real del pensamiento; pero, desde el punto de vista de la novela—arte

creador, invención y no copia—, Galdós estaba en lo cierto. En *Angel Guerra* emplea el monólogo con diferentes propósitos. Cuando gracias a él penetramos el pensamiento de Guerra y entendemos el cruel trato propuesto a Dios—al pedirle, a solas consigo mismo, que se lleve a Dulce, la amante, librándole de una preocupación, a cambio de dejar viviendo a la hija moribunda—, queda motivado en forma razonable el comportamiento ulterior del personaje.

El soliloquio es una vieja técnica de exposición cuyos ejemplos más ilustres se encuentran en la literatura dramática, donde el monólogo no puede ser interior, pues para llegar al público, auditor y no lector, ha de expresarse en alta voz. Los galdosianos dan idea de la concentración, de la intensidad con que piensa el personaje, y no es extraño, como ocurre en el ejemplo de Angel Guerra, que acaben en alucinación. En distintas novelas se refiere Galdós a la significación de los diálogos del hombre consigo mismo, dándoles distinto nombre. En *Gloria*, lo llama "el divagar a solas"; en *La desheredada*, "soledad del pensar", en la cual "se puede una decir ciertas cosas"; en *Angel Guerra*, "la voz interior". En la primera de estas novelas hay un monólogo que destacaré:

... La señorita descendió al jardín después de la comida. Entonces, sin mover los labios, hablaba. Oigámosla:

"Es una locura—decía—esto que tengo; es una locura pensar en lo que no existe, y desvanecerme y afanarme por una persona imaginaria... Fuera, fuera tonterías, ilusiones vagas, diálogos mudos. Aquí hay algo de enfermedad, sin duda, y mi cabeza no puede estar buena. Vivo en grande error, sueño lo imposible, lo que no existe ni puede existir sobre la tierra. ¿En qué consiste, pues, que entre todos los hombres que he visto y oído y conocido, ninguno se parece a éste? Si mi padre y mi tío le conocieran no harían tantos elogios de Rafael.

"Pero ¿cómo le han de conocer si no está en ninguna parte, si no tiene cuerpo, ni vida, ni realidad?... ¡Loca, mil veces loca soy!... Déjame, tú, y no vuelvas más... Calla, tú, y no digas una palabra más, pues no te escucho. Eres una mentira; menos que una sombra, menos que un fantasma, menos que un rayo de sol: eres un pensamiento nada más. No sólo no existes, sino que no puedes existir, porque serías perfección. Sal, pues, del jardín y no vuelvas más, ni me hables, ni me llames en el silencio de la noche, ni pases haciendo sonar con tus pisadas las hojas arrugadas y secas del otoño... Adiós, tú; has sido conmigo cortés, fino, generoso, delicado, leal, apasionado sin impurezas y cariñoso con un respeto sagrado hacia mí, pero te despido porque mi padre

me manda que quiera a ese Rafael, buena persona, apreciable joven, como él dice. Sin duda no puede haberlos mejores sobre la tierra, y el creer en ti, el pensar en ti es un disparate, como alzar la mano para coger una estrella.

"Cada cosa, en su lugar. El cielo tiene estrellas y soles; la tierra, hombres y gusanos... Vivimos abajo y no arriba. Mi padre me ha dicho varias veces que si no corto las alas al pensamiento, voy a ser muy desgraciada... Vengan, pues, las tijeras. O se tiene voluntad o no se tiene... O se vive en la realidad o en el sueño. Señor y padre querido, tienes razón en llevarme por este camino; guiada por tan fiel mano, entraré gozosa en él y me casaré con tu soldado de Cristo."

Este importante monólogo elimina cuanto no se refiere a la preocupación central de Gloria. Obviamente en la vida de la muchacha existen actividades de las que se informa con detalle en otros momentos, pero no podría censurarse a Galdós por restringir el fluir de la divagación juvenil en ese instante a un solo motivo: el de la invención del amor y el contraste entre lo real y lo soñado. Es necesario aclarar el sentido del soliloquio: ocurre cuando la familia de Gloria está instándola a casarse con un insoportable pedante, serio, político y aburrido, persona "apreciable", como se dice, pero tan absolutamente prosaica y solemne que si algo puede representar a los ojos de una muchacha será la encarnación de la vulgaridad, el símbolo contrario al imaginado en el ensueño transfigurador de la juventud. Gloria no está enamorada; no tiene de quién estarlo, pero en su imaginación ha forjado una imagen ideal con quien mantiene "diálogos mudos". Está inventando rostro y figura para el amor, y el recurso técnico utilizado para revelar su estado de ánimo es excelente: la joven vive en disponibilidad; la primavera y el ensueño, a través del "divagar a solas", la fueron situando frente a una vagarosa imagen que algún día pudiera materializarse. Y se materializa al aparecer Daniel Morton, no porque responda exactamente a lo soñado, sino porque el ensueño es suficientemente borroso para permitir que se le acople cualquier realidad varonil determinada, cuando en ella no se den la solemnidad y la pedantería de Rafael, y sí, en cambio, ciertas posibilidades de aventura capaces de enriquecer y transformar la vida.

Este monólogo anticipa los sentimientos amorosos de Gloria: a través de él vemos con qué ingenuidad se habla la muchacha; con qué delicado candor se complace en crear una imagen tan hermosa, que lograrla sería tan imposible como "coger una estrella". Y el monólogo advierte que no es necesario buscar las per-

fecciones en la figura soñada, pues estando en la imaginación de la protagonista las llevará a la mirada, y cuando aparezca la persona querida las pondrá automáticamente en ella y la reputará idéntica a su ideal.

Refiriéndose a Fortunata (en *Fortunata y Jacinta)* habla Galdós de "la idea fija", de "los que llevan en el cerebro ese cascabel que se llama idea fija", y en cierta época de la vida del personaje descubrimos que en su cerebro palpita la llamada "idea blanca". Y esa "idea blanca" habla "un familiar lenguaje semejante al suyo" y viene a ser la voz de la pureza, la buena conciencia siempre viva en ella, aunque incapaz de vencer la pasión amorosa dominante. La expresión "idea fija" es suficiente—creo—; aclara por sí sola el tono monocorde de los monólogos galdosianos. Cada uno tiene su propia explicación y su sentido dentro de la novela, y unas proporciones y limitaciones naturales; no sería justo leerlos buscando lo que el autor no quiso poner en ellos, por creer que nada añadiría a la eficacia pretendida.

OTROS PROCEDIMIENTOS

La novela es un género literario en el cual no cabe aceptar el dogma—vigente hace un cuarto de siglo, y ahora tan curiosamente caducado—de la identificación entre creación y técnica. Pero alguna clase de técnica es precisa, aunque puesta al servicio de algo. Pudiera definirse a la técnica como el conjunto de procedimientos utilizados para novelar; es el modo de componer, de dar forma a las intuiciones del narrador, y en ese sentido no puede faltar en novela alguna. El "exceso técnico" de los años veinte fué letal para quienes no acertaron a superarlo; no lo fué para la novela como género, que se enriqueció y vió descubiertas nuevas tierras a través de experimentos tan valientes como los de Joyce, recién aludidos.

Galdós emplea indistintamente las formas estilísticas que en cada momento necesita: vimos cómo maneja la narración directa, y cómo usa las imágenes en la descripción y presentación; vimos cuanto se refiere al monólogo, como forma de revelar al personaje; ahora quiero destacar la utilización de la técnica dramática y la carta como procedimiento novelísticos. Además de las novelas íntegramente dialogadas, en todas se reproducen conversaciones, y esta reproducción contribuye a dar la impresión de que los personajes viven autónomamente, sin interferencia del autor.

En el prólogo a *El abuelo,* Galdós expone las ventajas del diálogo como técnica novelesca: "El sistema dialogal, adoptado ya en *Realidad,* nos da la forja expedita y concreta de los caracteres.

Estos se hacen, se componen, imitan más fácilmente, digámoslo así, a los seres vivos, cuando manifiestan su contextura moral con su propia palabra y con ella, como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones. La palabra del autor, narrando y describiendo, no tiene, en términos generales, tanta eficacia ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual. Siempre es una referencia, algo como la Historia, que nos cuenta los acontecimientos y nos traza retratos y escenas." El autor consideraba deseable eliminarse de la creación, hacerse invisible, y procurar que la interposición de su palabra, fatal, en el sentido de imprescindible, no quitara relieve a los personajes. Por eso los monólogos, los sueños, fotografiados por así decirlo, los insomnios o lentos soliloquios de la noche, son modos favoritos de la forma de novelar galdosiana. Y cuando utiliza la narración directa, el lenguaje procura reflejar, por la virtud de la imagen, esa "impresión de la verdad espiritual" que le importaba conseguir.

En *La incógnita* plantea el suceso con suma naturalidad. Aquí, como en *La estafeta romántica*, la narración cuaja por la vía epistolar. Y en las cartas tampoco habla el autor, porque el relato de los sucesos queda a cargo de quien las escribe. Es un monólogo distribuído en períodos de tiempo, o, si se prefiere, un diálogo en que sólo se oye la voz de uno de los interlocutores. Así es posible describir a los hombres según los va descubriendo un punto de vista; un personaje situado en un punto de vista. Conversaciones, chismorrerías, ni siquiera intrigas. Cuando el personaje entra en contacto con la sociedad que describe, no hay todavía problema novelesco; nada acontece o nada ve el narrador, y no parece que vaya a suceder cosa de sustancia. La presentación es objetiva, no impersonal, pues el narrador es un personaje de la novela, e interviene en la acción: está interesado en lo que ocurre y se afana por dar a los acontecimientos un sesgo determinado. El lector descubre los hechos desde fuera, pero a través de un temperamento. "Observo lealmente—dice el narrador de *La incógnita*—, rectifico cuando hay que rectificar, quito y pongo lo que me manda quitar y poner la realidad, descubriéndose por grados, y persigo la realidad objetiva, sacrificando la subjetiva, que suele ser un falso ídolo fabricado por nuestro pensamiento para adorarse en efigie." El narrador es un investigador empeñado en averiguar algo que nunca llegará a saber; el novelista se puso a un lado y restringió deliberadamente su campo de conocimiento, limitándose a exponer los acontecimientos según podía referirlos un testigo.

Aún tiene el medio epistolar otra ventaja: la de servir para

una presentación eslabonada y no sistemática de los hechos; al referirlos según va teniendo conocimiento de ellos quien los cuenta, el orden seguido ha de ser forzosamente casual, disperso y fragmentario, pues los sucesos no llegan a nosotros de manera compacta y en bloque, sino a retazos, que imaginación, memoria y fantasía hilvanan a su manera.

La lenta aparición del protagonista, en *Lo prohibido*, es un dispositivo técnico de calidad, gracias al cual el personaje ni es introducido por el autor, ni siquiera por otra u otras de las figuras novelescas: la imagen, borrosa al principio—como ocurre en la realidad cuando entablamos relación con una persona—, va formándose poco a poco a medida que la acumulación de detalles y la referencia a pequeños sucesos va instruyéndonos de aficiones, antipatías, creencias y comportamiento, hasta trazar una silueta regularmente definida. La presentación lenta del personaje permite constantes retoques y rectificaciones; mantiene una interrogante abierta por la ambigüedad propiamente humana de la conducta, y aun después de conclusa la novela deja indeciso el perfil de quien, por parecerse mejor a los seres vivos, los recuerda también en la aptitud para destruir en un instante, por un acto, omisión, decisión inesperada, la idea que habíamos formado de él.

Después de componer *La incógnita* utilizando la forma epistolar como medio de exponer los acontecimientos a través de un solo personaje, escribió una segunda parte, para completarla y complementarla, en forma dialogada. Le puso, como sabemos, título independiente: *Realidad.* En el último capítulo de *La incógnita,* y por boca del narrador, corresponsal de esta novela, expone su propósito: "Tú, Equisillo diabólico, has sacado esta realidad de los elementos indiciarios que yo te di, y ahora completas con la descripción interior del asunto la que yo te hice de la superficie del mismo. De modo que mis cartas no eran más que la mitad, o si quieres, el cuerpo, destinado a ser continente, pero aún vacío, de un ser para cuya creación me faltaban fuerzas. Mas vienes tú con la otra mitad, o sea con el alma; a la verdad aparente que a secas te referí, añades la verdad profunda, extraída del seno de las conciencias, y ya tenemos el ser completo y vivo." Es, pues, una técnica de doble versión novelesca, separando la narración de los sucesos vistos desde el exterior, y el análisis del acontecimiento interior, las reacciones y los sentimientos. El recurso es eficaz; la primera parte viene a ser prólogo o introducción a la segunda: informa de cuanto pudiera notar un observador situado en el punto de vista del lector y deja para después la penetración

en las conciencias. Se invita al lector a averiguar e interpretar por sí mismo lo averiguado, y esa incitación no deja de tener semejanza con la procurada por los autores de novelas policíacas. La exposición inicial de hechos, en la primera novela, puede llevar a una conclusión certera: al observador imparcial la muerte de Federico Viera le parece un suicidio. Más adelante surge otro problema, que pudiera resumirse así: ¿por qué se mata Viera? El empleo de lo fantástico y sobrenatural: sueños, insomnios y alucinaciones proporciona los medios adecuados para penetrar en un recinto donde, gracias a ellos, se aclara la conducta del suicida y no sólo los móviles inmediatos, sino la posibilidad de motivos más hondos y secretos.

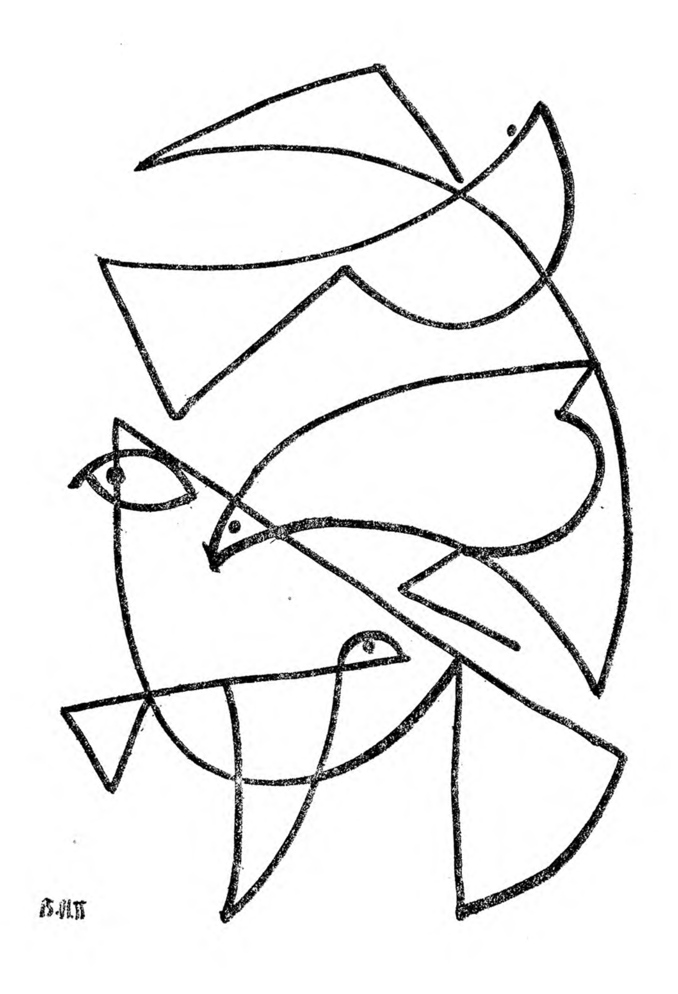
Quienes acepten al pie de la letra palabras atribuídas por Galdós a sus personajes serán inducidos a error respecto a las intenciones del novelista por declaraciones como la del protagonista de *Lo prohibido,* al final de la narración. Como es sabido, está escrita en forma de memorias del personaje, y, por tener esa forma, permite el despacioso despliegue de su alma. El narrador ocupa el centro del mundo y va contando lo que observa; según desplaza la mirada de un lado a otro, cambia el objeto del relato, y por cuanto refiere sucesos en los que interviene, antojos, propósitos, reacciones frente a los acontecimientos, desnuda su espíritu. El procedimiento es certero y verosímil, porque quien quiere contar episodios de su vida, más se ocupa de fotografiar a quienes le rodean que a sí mismo. El autor de memorias se retrata más eficazmente cuanto de modo menos directo, a través de la referencia a personas y sucesos vividos.

Al acabar *Lo prohibido,* los recuerdos escritos por él mismo, dice el narrador: "Bien quisiera yo que estas *Memorias* ofreciesen pasto de curiosidad e interés a las personas que buscan en la lectura entretenimiento y emociones fuertes, pero no he querido contravenir la ley que desde el principio me impuse, y fué contar llanamente mis prosaicas aventuras en Madrid desde el otoño del 80 al verano del 84, sucesos que en nada se diferencian de los que llenan y constituyen la vida de otros hombres, y no aspirar a producir más efectos que los que la emisión fácil y sincera de la verdad produce, sin propósito de remover el ánimo del lector con rebuscados espantos, sorpresas y burladeros de pensamientos y de frase, haciendo que las cosas parezcan de un modo y luego resulten de otro." Estas palabras pueden equivocar a quien las entienda literalmente y repute como verdadero cuanto ahí se dice. Pero es un texto importante, que explica las pretensiones de Galdós: contar

llanamente, por un lado—"emisión fácil y sincera de la verdad"—; "prosaicas aventuras", por otro, y no aspirar a producir grandes efectos. Aquí tenemos definido su estilo, su técnica y hasta su concepto de la novela: narración de la vida cotidiana; definida la forma ideal: claridad y expresividad sencilla; apuntado el contenido: la vida corriente. Para realizar el contenido de la novela y expresar claramente lo cotidiano, llaneza y sencillez tienen que estar respaldadas por otras cosas. Está bien la condenación de los "rebuscados espantos, sorpresas y burladeros de pensamientos y de frase", porque las truculencias no contribuyen a enaltecer y a vigorizar la narración, pero no se entienda que la exclusión de fáciles melodramatismos lleva consigo la de resortes apropiados para comunicar la parte secreta y menos común de la existencia.

Para terminar, recordaré uno de los recursos mejor explotados por Galdós: la reiteración de una situación o un hábito como medio de dar idea clara de la entraña del personaje por la repetición de actos con variantes accidentales, a través de los cuales se declara. Véase, por ejemplo, en *Torquemada en la hoguera,* el procedimiento seguido para demostrar la avaricia del personaje. El usurero Torquemada vive obsesionado por una idea: guardar, atesorar, quedarse en todo momento con parte de lo que presta, a título de beneficios anticipados. En la narración afronta una situación crítica: cuando, para parar el recio golpe amenazante por la grave enfermedad del hijo, y ante el temor de que la muerte de éste sobrevenga como castigo de las culpas paternas, se precipita a derramar caridades, socorriendo con insólita generosidad a los necesitados, otrora víctimas de su codicia. Pues bien: incluso en ese momento álgido de reversión y trastorno de la conducta normal, el hábito frena la calculada generosidad: no puede evitarlo, y hasta cuando da limosna descuenta algo; pretende regalar mil setecientas cincuenta pesetas, pero al entregarlas, resabios de la usura y el carácter, se queda con cincuenta; desea socorrer a un pobre y realizar un acto caritativo, a lo San Martín, sin duda asociado en su mente a la narración de historias escuchadas en la infancia, pero cuando va a entregar la capa al mendigo, recuerda que lleva puesta una nueva, y la codicia le frena; vuelto a casa, recoge la vieja y sale disparado a regalarla. La reiteración de efectos como los reseñados da idea de la fuerza del hábito y el genuino ser del personaje.

Ricardo Gullón.
Muelle, 22.
SANTANDER.



EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

POR

ADRIANO DEL VALLE

Venient annis
Saecula veris, quibus Oceanus
vincula rerum laxet, et ingens
pateat tellus Tiphysque novos
de tegat orbes nec sic terris
ultima Tule...

SÉNECA.

(Vendrán al fin con paso perezoso
los siglos apartados en que el hombre
venza del mar Oceano las ondas,
y encuentre al cabo dilatadas tierras.
Descubrirá otro Tiphis nuevos Mundos
y no será más Tule el fin del Orbe.)

SÉNECA.

"No expongáis los recursos de vuestro reino de Aragón. Yo tomaré la empresa a cargo de mi corona de Castilla y, cuando no alcanzare, acudiré a los gastos empeñando mis alhajas."

(Palabras de Isabel de Castilla a Fernando de Aragón.)

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fe-
[cunda...

RUBÉN DARÍO.

"Pero en todas las vicisitudes permaneció siempre en Colón el hombre de voluntad enérgica, el hombre heroico, del mismo corte del rey Edipo, del loco Lear haciendo frente a la galerna, de Ulises, el peregrino legendario."

WILLIAM THOMAS WALSH.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Llama al portal franciscano
alguien que demanda audiencia;
con su pueril inocencia
lleva un niño de la mano.
Ni español, ni lusitano,
mas con la palabra pronta.
Leve, el aire se remonta
sobre el Tinto y el Odiel.
Reinan Fernando e Isabel...
Monta Tanto, Tanto Monta.

Vaga como un alma en pena,
sueña como un visionario;
las olas del estuario
le ven vagar por la arena.
Fray Juan Pérez, fray Marchena
le hablan, pero sueña solo...
Sueña que le empuja Eolo
hacia Cipango o Catay:
y al despertar sólo hay
un sueño de Marco Polo.

El reino del preste Juan
con su fabuloso rango;
Thule, Catay con Cipango,
y el Imperio del Gran Kan.
Islas de San Balandrán
redondeando la esfera;
Tolomeo y su quimera,
Mapamundis y astrolabios
y el Capítulo de sabios
de Hernando de Talavera.

Málaga, Córdoba, Baza,
granadina Santa Fe,
el campamento que fué
cambiando en ciudad su traza.
El alfanje, en la coraza,
al dirimir su querella,
sus mortales golpes mella...
Sobre el adarve, Colón
eleva su corazón
si ve declinar su estrella.

La sobriedad castellana
y la molicie muslín
se ayuntan en un jardín
que es, a la vez, barbacana.
Y al aire de la solana
se desfleca el surtidor
como un tapiz volador.
Cerca, a tiro de ballesta,
la Alhambra duerme su siesta
y aguarda al conquistador.

Lágrimas de Boabdil
por su perdido emirato,
y ese llanto sin recato
que vierten Darro y Genil...
A Castilla la gentil,
a Aragón, al Ebro, al Duero,
al puño del mundo ibero
devuelve Boabdil su llave,
cual del aire torna el ave
al puño del halconero.

Hernán Pérez del Pulgar
demostró su bizarría
clavando el "Ave María"
donde lo quiso clavar.
Terminado el batallar,
la Reconquista finada,
dándole paz a la espada
Isabel mira a Occidente...
Cristianizará el Poniente
quien cristianizó a Granada.

Carpintero de ribera
trabaja en el astillero,
calafate del estero
embreando la madera.
Ya está la gavia altanera,
ya el codaste, ya el bauprés...
Si el alba llegada es,
el sol, con dorada loa,
dora el mascarón de proa
a la altura de Saltés.

Hispana piedra sillar
como clave del misterio,
piedra angular de un Imperio
que está naciendo en la mar.
Castilla va a navegar
y, con Castilla, León;
y a la diestra de Colón,
con el corazón avante,
va el experto mareante
Martín Alonso Pinzón.

Almirante de Castilla
y de la Mar Oceana,
tenebrosa mar indiana
que va surcando su quilla.
Ni aun surcada se le humilla,
pues semejantes los dos,
la Mar y Colón, son los
pilares de igual grandeza
que sostienen con firmeza
la alta bóveda de Dios.

Pájaros inmemoriales,
aromas, leños, sargazos,
son señales de regazos
de ensenadas maternales.
Y sobre tantas señales,
el grito del serviola
mostrando, entre cielo y ola,
a un Nuevo Mundo, la luz,
la luz de Roma en la cruz
de una tizona española.

Isla de San Salvador
que antes era Guanahaní,
convirtiendo en colibrí
lo que fuera un ruiseñor.
Por la amura de estribor
salta Colón a la orilla
para doblar la rodilla
donde asentara su planta.
Y el Almirante levanta,
alto, el pendón de Castilla.

Si la espada es el Imperio,
forja esa espada el idioma,
espada de punta roma
cuando no suene a salterio,
Nebrija, en su magisterio,
fué forjador del lenguaje.
Mas se precisa el coraje
del adalid que lo esgrima,
sea con su ritmo la rima
o con su trino el boscaje.

La Hispanidad todavía
tiene en su esqueje nutricio
savia del tronco patricio
plantado en lejano día.
Creyente marinería,
la cruz sobre sí enarbola,
y, con la sal de la ola,
vierte el crisma del cristiano,
y así un nuevo edén hispano
se llamará La Española.

Cimiento de alba y rocío,
cascada, cristal fulgente
y una lumbre semoviente
baja en tropel por el río.
Selva virgen. Praderío.
Indiada aborigen, viva,
fuego en la sangre nativa
de su audacia, cuando pecha,
contra el arcabuz, la flecha;
contra la Paz y su oliva...

Las Indias Occidentales
mezclan sus colores gayos
si vuelan los papagayos
sobre peces y corales.
Minas de ricos metales,
y el soñado vellocino
del Argonauta. El camino
del Eldorado. Y la cumbre
de un volcán soplando lumbre
sobre el mundo colombino.

¡Por Isabel de Castilla,
por Fernando de Aragón,
Nuevo Mundo halló Colón
y otra nueva maravilla!
Hombre gentilicio, Antilla,
abre, en la Mar Tenebrosa,
su imagen, náutica rosa,
e historiando un portulano
—pensil el verde Oceano—
la graba Juan de la Cosa.

Humilde y blanco convento
de blancas y altas paredes...
Puestas a secar las redes
tendidas al sol y al viento.
Cuna del Descubrimiento
meció su comunidad
con franciscana humildad.
No fué el convento infecundo,
fué el Portal de un Nuevo Mundo,
Belén de la Hispanidad.

Tres de agosto. En la ribera,
Palos de Moguer aguarda
que, a un disparo de bombarda,
salga el sol por Antequera.
Reza la grey marinera...
Reza en la orilla el prior
de la Rábida... A babor,
y en la barra de Saltés,
anclas leva el feligrés
en el nombre del Señor.

Cantan la "Salve Regina"
antes de zarpar, y el coro
tiene el angélico aforo
de nave casi divina.
Magna empresa ultramarina
con cruces, velas y remos,
rumbos ignotos y extremos
con los Pinzones de Palos,
y Leviatanes y escualos
en los peligros supremos.

—"¡Oh dulce Virgen María,
Dios te salve, Reina y Madre,
encomiéndanos al Padre...!"
—canta la marinería—.
"¿Quién a Ti no acudiría
presintiendo en lontananza
tierra virgen?" La alabanza
a Dios su fervor eleva
y un querubín se la lleva
al Reino de la Esperanza.

Y aun se divisan las velas
desde la verde campiña...
"La Santa María", "La Niña",
"La Pinta"... Tres carabelas
que van rumbo a las procelas...
Aún, lejos, se pueden ver
y, al sol, parecen arder
con luz de la Cristiandad,
fundando la Hispanidad
desde Palos de Moguer.

Salutación optimista
—"sangre de Hispania fecunda"—
gritó la raza jocunda
con las Indias a la vista.
Se hizo misión la conquista,
y a sus blasonados soles,
hoy saludan los pañoles
quemando pólvora en salvas...
De allá, colombinas albas;
de aquí, bronces españoles.

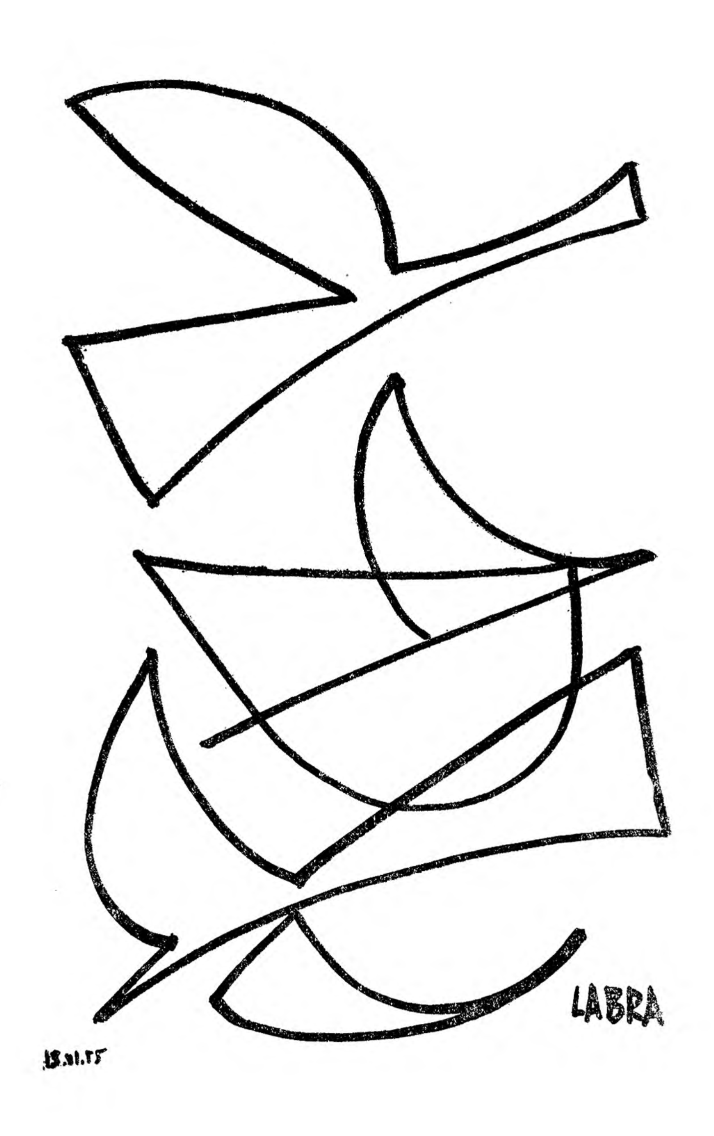
ENVIO

A DANIEL VÁZQUEZ DÍAZ,
pintor de La Rábida.

En la cuna de ese Imperio,
tú, cronista del pincel,
perennizaste, Daniel,
la gesta del monasterio.
Dirá el tiempo su dicterio
con salitrosa humedad,
pero en la caducidad
de la línea y el color
fuiste como un ruiseñor
cantando la Hispanidad.

Adriano del Valle.
Ibiza, 34.
MADRID.





ARTE Y PENSAMIENTO

PRESENCIA DE ANTONIO ROSMINI EN NUESTRO TIEMPO *

POR

MICHELE F. SCIACCA

Antonio Rosmini tenía apenas treinta y tres años cuando publicó simultáneamente en 1830 las *Massime di perfezione* y—como obra anónima—el *Nuovo saggio sull'origine delle idee.* Ya dos años antes, en 1828, había fundado en el Sacro Monte Calvario de Domodossola el Istituto della Carità y escrito sus *Costituzioni.* A los veintinueve años abandona Rovereto, donde había nacido de noble familia, el 24 de marzo de 1797. Acabados sus estudios de Teología en la Universidad de Padua, y una vez vencida la oposición paterna, fué consagrado sacerdote en 1821. Su mente juvenil se afanaba por aquellos años en torno a una gran obra política cuya preparación continuó en Milán, adonde fué a establecerse en 1826. De entonces data su amistad con Tommaseo y con Manzoni. Pero la proyectada obra política grande no llega, y viendo cómo no maduraba el esquema, Rosmini supo que no cabe construir un pensamiento político sin utilizar sólidas bases filosóficas. De esta exigencia nació el *Nuovo Saggio.*

Con las pocas líneas que anteceden se han dibujado los rasgos esenciales de la compleja y fuerte personalidad de Rosmini: la tendencia del sacerdote de vocación auténtica (llevado a la piedad sin beatería, al recogimiento y a la ascesis sin desentrañarse de la vida activa y de los problemas concretos de su tiempo) está unida indisolublemente a la tendencia del filósofo de raza, dedicado a la meditación asidua, a profundizar en los problemas de la existencia humana, personal y social, para mirar siempre con menos oscuridad al fondo del hombre y de su historia. Dos luces, dos faros: la razón, en la que es luz la verdad que la constituye: la

* *Como homenaje al filósofo y pensador italiano Antonio Rosmini Serbati (1797-1855) en el primer centenario de su muerte, la revista publica el presente ensayo de nuestro colaborador el filósofo Michele F. Sciacca, escrito en exclusiva para los* CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. *Destaca en la obra de Rosmini su* Nuevo ensayo sobre el origen de las ideas *(1830), en el que su autor sostiene a la persona como "suma de la naturaleza humana" y suprema expresión del derecho. Porque para Rosmini, la "persona es el derecho". Pese a la indudable virtud contemporánea del pensamiento rosminiano, conviene recordar que su ontologismo fué condenado por la Iglesia en 1887.* (N de la R.)

Revelación. Dócil, con humildad y con decisión totales, con la guía de estas dos luces, él—sacerdote y filósofo, asceta y hombre de acción—consagró toda su vida al único objetivo (como él mismo escribiera) de "reconquistar para la Humanidad" la dignidad perdida palmo a palmo.

Reconquistar para la Humanidad "la dignidad perdida palmo a palmo", decimos; para Rosmini, esta empresa era realizable no restaurando el pasado, sino pagando tributo al "siglo de las luces" y su cultura iluminista, individualista, sensible, ascética y atea. Tributando a esta cultura, no para franquearle las puertas, sino para hacerse cuestión de ella, para interrogarla y penetrarse de sus profundas exigencias y para compenetrarse con sus problemas y servirse de ellos, casi como estímulos esenciales, con objeto de que la verdad del pasado se haga respuesta presente, adecuada y actual. Cometido bien lejos de ser fácil; empresa de gigantes: en esta empresa Rosmini se aplicó a dar a la Italia del *Risorgimento* una nueva enciclopedia filosófica, que, transportada al pensamiento italiano, no sólo se hizo nacional, sino que llegó a universalizarse como los valores que encarna y expresa.

El *Nuovo Saggio*, precedido de otros ejemplos ilustres como la obra de Gallupi y la de Romagnosi, significó la respuesta eficaz del espiritualismo de la tradición platónico-agustiniana al sensismo y al materialismo del "siglo escéptico" y contra la "revolución copernicana" de Kant. Esta obra afronta el problema de la naturaleza y del origen de las ideas y se inserta, con una nota de poderosa originalidad, en el diálogo secular entre empiristas y racionalistas, que tuvo su término original en el criticismo de Kant y en su evolución que lo distingue del idealismo germánico. La verdad del *ser;* y el ser puede ser presente para la mente sólo en la forma de la *idea;* de ahí (dunque) que el *primo vero,* constitutivo de la propia mente en cuanto pensante, es el ser bajo la forma de la idea, o *ser ideal* o *idea del ser,* madre de las otras ideas que son sus especificaciones a través de los contenidos reales de que se alimenta la experiencia sensible. Rosmini, con el descubrimiento de la idea del ser, que reelaboró y profundizó a lo largo de su vida hasta la póstuma y grandiosa *Teosofía;* con este descubrimiento—repito—replantea el problema de la verdad prima, creando el pensamiento como tal, hasta prescindir del problema del conocimiento, que es ulterior a él.

La misma idea del ser, con la que conocemos, por medio de la sensación, las cosas o el *ser real,* es asimismo ley moral o *forma moral* del ser: tres formas y un solo ser en el que éste se *asienta* (insedono). Para Rosmini, la *persona* es "la suma de la natura-

leza humana" y "todo cuanto existe o es persona o pertenece a persona", la cual es existencia, inteligencia a la luz de la verdad, voluntad libre en la ley moral formulada así: "sigue en tu laborar la luz de la razón" o la idea del ser. Objeto propio de la moral es el bien objetivo, esto es, el bien considerado no en función de la felicidad del sujeto, sino en sí y en el modo en que es. Solamente en el bien objetivo "puede encontrarse el bien moral, ya que en el solo acto de la razón se encuentra el principio de la justicia, el principio de dar a todos lo que es suyo, que es asimismo la gran fórmula de la legislación moral". Así, pues, el acto moralmente bueno tiene por fin propio el bien objetivo, es decir, el bien en cuanto contemplado y juzgado como tal por la inteligencia.

Cuando el bien objetivo es querido, como tal, por la voluntad, se convierte en bien moral, que puede definirse, por tanto, como "el bien objetivo conocido por la inteligencia y querido por la voluntad". Así como el bien es el ser considerado en orden a lo intrínseco y esencial, consigue que el bien moral sea un bien ordenado, de modo que la voluntad que ama el bien ame por lo mismo el orden que se encuentra esencialmente en el bien. Ahora bien: el principio moral de: "sigue la luz de la razón", puede expresarse asimismo con esta fórmula: "Ama el ser aunque lo conozcas, en cualquier orden en que se presente a tu inteligencia." La inteligencia conoce los diversos grados de ser o de bien, y por ello ordena los bienes según su mérito. El acto volitivo es moralmente bueno cuando ama a todos los seres según su orden, esto es, según el grado de ser que les es propio. El orden no es sino la *moralidad* del ser. Y "la voluntad, para ser buena, no debe odiar a nadie; debe amarlo todo y amarlo en el orden natural".

Como decíamos, es deber de todo hombre amarse a sí mismo y a sus semejantes por el mero hecho de ser hombres. Pero si no respeto a mi prójimo y ofendo la dignidad de su persona, desatiendo a un *deber* que es mío y falto a un *derecho* suyo. En la ley moral está, pues, implícita la afirmación de los derechos humanos. No es que sean derechos sin deberes, sino que son deberes sin derechos (por ejemplo, es un deber ayudar a los necesitados, sin que nos asista el derecho de practicarlo). Así, pues, para Rosmini el derecho reingresa en la ética, y su fundamento es moral. Un derecho que prescinde de la moral y se coloca fuera de la valoración ética acaba por coincidir con la fuerza y por actuar como el derecho del más fuerte. Para Rosmini, la *persona es el derecho*. Se llama política al arte de gobernar la sociedad civil; se llama filosofía de la política a la ciencia de la política que se interesa sólo de los prin-

cipios, esto es, del establecimiento de lo que es *justo*, no de aquello que, según las circunstancias, puede o no ser *oportuno*. Es objetivo fundamental de la sociedad civil evitar o regular la lesión de los derechos, es decir, que la persona sea considerada como fin y no como medio. Un Gobierno justo no debe sacrificar los derechos de cada ciudadano ni siquiera por el bien público; antes, al contrario, debe conceder garantías absolutas al individuo, y en este sentido cabe legitimar cualquier delito. Un Gobierno que no respeta la integridad de los derechos de la persona es tiránico. Sólo cuando todos los ciudadanos gozan de iguales derechos, el Gobierno puede exigir que todos hayan de atender igualmente a los mismos deberes.

En resumen, el centro de la doctrina rosminiana del derecho es la *persona*, cuyo derecho natural es imprescriptible junto a los restantes derechos innatos y connaturales sobre los que también se funda el reconocimiento de la libertad civil y política. Por esta razón, Rosmini critica la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" de 1789: antes que los derechos de ejercicio de la libertad política, están los derechos del hombre como ser espiritual, proclive a la verdad, a la virtud y a la felicidad. En el orden natural, el valor de la persona es inconmensurable; es el derecho esencial por encima de cualquier otro. Ello no quiere significar que Rosmini sea individualista: el filósofo defiende la autonomía de un derecho extrasocial, dentro, no contra, la sociedad. La sociedad tiene sus propios derechos, que han de respetarse; pero ninguna sociedad tiene derecho a negar el derecho de la persona, la cual tiene una dignidad, derivada del ser como sujeto moral, que no puede negar violencia alguna, y menos en nombre de los llamados intereses colectivos, que acaban por mortificarla y oprimirla so pretexto de liberarla. La dignidad de la persona se robustece en el trabajo, al que el filósofo de Rovereta reconoce a todos el derecho, no menos válido que el de la propiedad o el de la tutela política. Justamente Rosmini se interesaba en aquella época por lo que hoy es objeto de preocupaciones nuestras; esto es, que los programas sociales en favor de las masas no se conviertan en instrumento de lucha política y de conflicto social; que la negativa de un gobierno desde arriba no sea sustituída por la afirmación de un gobierno desde abajo y no degenere en el arbitrio de fuerzas demagógicas; que la educación de las masas no se resuelva en el favorecimiento de las tendencias más extremas y aberrantes, como si educar significase potenciar en el hombre sus instintos animales mucho más que enderezarlo hacia una armonía más plena de fines y deberes.

Bienestar económico, sí; pero como instrumento de conquista de una libertad moral siempre superior. Rosmini vió claramente que la política, antes que ser "cientificismo", según la tesis peculiar del marxismo, es sobre todo "moralidad", "por ser el mismo principio que constituye la virtud moral y cuanto constituye generalmente la sociedad".

Existen pensadores que resucitan antiguas ideas ornadas de nueva terminología, y otros que introducen ideas nuevas que son expuestas con terminología antigua e incluso vieja. Los primeros brillan y pasan como meteoros; los segundos, duermen durante siglos también dentro de la envoltura que ellos mismos se fabricaron. Son los pensadores descubiertos, casi restituídos a sí mismos por sus propios descubrimientos, que revelaron bajo la coraza de un formulario que, "releído" como expresión de su pensamiento, adquiere un significado nuevo e insospechado; incluso los equívocos, consecuencia de su lengua, poco a poco se han ido esclareciendo, y lo auténticamente caduco y viejo, como hojarasca, se desprende con la mañana. Antonio Rosmini es uno de estos pensadores de las intuiciones geniales fuertemente sistematizadas, pero ocultas en un lenguaje que ha de ser "leído" en el sentido más amplio de la palabra, diría "interpretado", en el mejor sentido de restitución a su verdad más exacta y profunda.

Por tanto, nada de "conmemoración" en este segundo centenario de la muerte del filósofo, sino "presencia" de Rosmini; no un Rosmini del pasado, del siglo devenido, sino un Rosmini "contemporáneo". En resumen: véase cuánta sentencia concreta, esencial, podemos "leer" hoy en las páginas rosminianas, y recogerlas en nosotros mismos, como guía, norma, orientación y punto de partida para pensar con Rosmini y, al lado de Rosmini, en los problemas que somos nosotros y no el hoy transitorio, pero sí el hoy, que es siempre el presente de la vida espiritual, concretamente situada en el tiempo que es nuestro, pero que la contingencia del tiempo trasciende.

Michele F. Sciacca.

COLOR LOCAL (1)

POR

TRUMAN CAPOTE

NUEVA YORK

Es un mito la ciudad. Los cuartos y las ventanas, las calles que escupen vapor, para cada uno, para todos, componen un mito diverso, un mito de cabeza de ídolo con ojos de semáforo, que guiñan verde tierno, rojo cínico. A esta isla, que emerge sobre el agua del río como un iceberg *de diamantes, llamadla Nueva York, llamadla como os parezca; el nombre no tiene importancia cuando, viniendo de otras graves realidades, anda uno solamente en busca de una ciudad, de un lugar donde esconderse, donde perderse o encontrarse, donde echar un sueño en el que se tenga la prueba de que quizá, después de todo, no somos feos estorbos, sino seres maravillosos, colectivamente dignos de amor. Esto pensaba, sentado a la entrada de la ciudad, mientras transbordaban el Ford.*

La semana pasada vi dos veces a la Garbo. La primera fué en el teatro, donde se sentaba en una butaca próxima a la mía, y la segunda en una tienda de antigüedades de la Tercera Avenida. A los doce años, una serie lamentable de incidentes diversos me hicieron caer en cama por largo tiempo, que empleé, en su mayor parte, escribiendo una comedia. Debía ser interpretada por "la mujer más bella del mundo", según definí a la señorita Garbo en la carta que le envié más tarde, adjunta al mamotreto. Pero ni comedia ni carta recibirían nunca una sombra de respuesta, y entonces, y durante mucho tiempo después, sufrí por ello un desesperado rencor, que no se disipó nunca, hasta la otra noche, cuando, con el corazón en tumulto, reconocí a la mujer en la butaca próxima. Fué una sorpresa encontrarla tan pequeña, tan rica de color; como observa Loren McIver, con semejantes líneas no podía esperarse mucho también del color.

Si alguien pregunta ahora: "¿Creéis que sea inteligente?", la pregunta me parecerá fuera de lugar. ¿Qué importa, al fin y al

(1) Tres capítulos del libro *Local Color,* de Truman Capote.

cabo, que sea inteligente o no? Ya es bastante que ese gesto humano pueda existir, y también que la Garbo misma deba dolerse de la trágica responsabilidad de poseerlo. No creo que sea una pose su deseo de soledad; es, más bien, una actitud natural. Creo que solamente en él, todavía no se sienta sola; si se camina por un camino propio, realmente personal, siempre se lleva en lo íntimo una cierta pena, y no se debe llorar en público.

Ayer, en la tienda de antigüedades, la Garbo picoteaba aquí y allí, atenta a todo, sin interesarse realmente por nada, y por un loco instante pensé que podía dirigirle la palabra, que iba a hacerlo, sólo por sentir su voz natural, entendedme. Pero el momento pasó, a Dios gracias, y ella estaba ya fuera de la puerta. Fuí hasta el escaparate y la vi apresurarse calle abajo, en el azul del crepúsculo, con aquel paso suyo seguro y largo. En la esquina dudó; parecía incierta sobre la dirección a tomar. Se encendieron las bombillas, y un juego de reflejos creó improvisadamente en la calle arbolada un muro blanco y desnudo. El viento le azotaba la falda, y sola, la Garbo, siempre la mujer más bella del mundo, la Garbo, como un símbolo, se encaminó hacia él.

Hoy almuerzo con M. "¿Qué podría hacer por usted?" Dice que no tiene más dinero, y que si no vuelve a su casa, la familia rehusa terminantemente ayudarla. Pienso que es cruel, pero le he dicho que no veo otra solución. M. pertenece a la clase de personas más rápidamente, más irrevocablemente interpoladas de Nueva York, aquella categoría de personas de talento sin talento, demasiado inteligentes para adaptarse a un clima provinciano y no lo bastante como para respirar libre y desahogadamente en el clima único que tanto desean. Presas de la neurastenia, continúan vegetando al margen de la escena de Nueva York.

Sólo el éxito, su colmo peligroso, puede darles alivio. Pero para artistas sin un arte no hay siempre más que tensión sin distensión, irritación sin que aparezca la perla. Quizá lo consiguiesen si su urgencia de sobrevivir no fuera tan tremenda. Se sienten obligados a dar prueba de un algo, porque la clase media de América, de la que provengo en mayor grado, tiene palabras duras para sus hombres de pensamiento, para sus jóvenes de inteligencia experimental que no consiguen rápidamente demostrar el rendimiento económico de sus esfuerzos. Hay toda una civilización que entiende así la cosa: ¿es dinero contante el que los herederos encontrarán entre sus ruinas? ¿O será una estatua, una poesía, una comedia?...

Esto no significa que el mundo deba necesariamente mantener a M., o a quien sea, ¡ay de mí! En la situación en que ella se encuentra no puede escribir una poesía, o sea una buena poesía, a pesar de que hay mucho en ella: un equilibrio de valores procedente de una medida de la verdad superior a la normal, y de que merece un destino mejor que el de pasar, sin un período intermedio, sin revelar nada, de una adolescencia retrasada a una prematura madurez.

Al fondo de mi calle está la tienda de reparaciones de radio de un viejo italiano, Joe Vitale. Sobre su fachada apareció, a principios de verano, un extraño letrero: "El Negro Wido". Y en caracteres más pequeños: "¡Ojo a este escaparate si queréis noticias del Negro Wido!" Todo nuestro vecindario esperó interesado. Pocos días después, dos fotos amarillentas vinieron a unirse a lo expuesto; hechas veinte años antes, mostraban al señor Vitale bajo el aspecto de un hombre musculoso, con un traje negro de baño hasta las rodillas, un gorro negro de nadador y una máscara submarina. Las letras tecleadas a máquina bajo la fotografía explicaban que Joe Vitale, al que todos nosotros conocíamos solamente como al radiotécnico de las espaldas curvas y los ojos tristes, había sido una vez, en situación más prominente, campeón de natación y baño en la playa de Rockaway.

Pendientes ya del escaparate, la semana siguiente fuimos ampliamente recompensados. El señor Vitale anunciaba con audacia que "El Negro Wido" estaba a punto de reemprender su carrera. Una poesía en el cristal, titulada El sueño de Joe Vitale, contaba cómo había soñado oponer de nuevo el pecho a las olas y conquistar el mar. Al día siguiente apareció un último aviso, una invitación entera y verdadera, donde se decía que sería muy agradecida nuestra presencia en Rockaway para el próximo 20 de agosto, día en que Joe estaba dispuesto a nadar desde aquella playa a la de Jones, un hermoso tirón de mar. En los días de verano que siguieron, el señor Vitale permaneció fuera de su tienda, sentado en una butaquilla plegable, para observar las reacciones de los transeúntes a sus diversas declaraciones al respecto. Permaneció sentado allí, absorto y distante, sonriendo gentilmente cuando los vecinos se detenían a desearle buena suerte.

Un muchachito sabelotodo le preguntó que por qué había dejado la última letra de widow, y él le contestó muy cortésmente que widow (2), con una w al final, vale sólo para las señoras.

---

(2) *Widow*, viuda.

Durante algún tiempo no ocurrió nada más. Después, una mañana, el mundo se despertó riéndose del sueño de Joe Vitale. Su historia estaba en todos los periódicos. Las revistas populares habían publicado en primera página su foto, y eran fotografías ciertamente dolorosas, porque lo mostraban no en un momento de triunfo, sino de angustia, en pie sobre la playa de Rockaway, entre dos policías. He aquí la versión que casi todos los periódicos dieron de los hechos: había un viejo tontiloco, embadurnado de grasa, que entró corriendo al agua en Rockaway. Cuando los bañeros vieron que nadaba demasiado lejos, habían saltado a su lancha y lo habían vuelto a tierra. Pero era tan risible este cómico viejo, que en el momento en que volvían la espalda se arrojaba otra vez al mar, y otra, y una vez más, y otra, y siempre los bañeros se habían tenido que poner a los remos, hasta que "El Negro Wido" había sido acarreado a la orilla como un tiburón medio muerto. Había vuelto para sentir no el canto de las sirenas, sino las imprecaciones, las burlas, las preguntas de la Policía.

Lo mejor sería ir donde Joe Vitale a decirle que lo sentimos muchísimo, que lo encontramos muy valiente; a decirle, en suma, todo cuanto le podamos decir; la muerte de un sueño no es menos triste que la verdadera muerte, y el desconsuelo de quienes lo han perdido es tan hondo como un luto. Pero la tienda de radio está cerrada. Cerrada para mucho tiempo. No hay huellas de Joe en ninguna parte. Y la poesía se ha escurrido de su puesto, ha caído. No se verá más.

Hilary me había dicho que fuera a tomar el té antes que llegasen los demás invitados. Aunque tenía un tremendo enfriamiento, había insistido en organizar personalmente la recepción. "Naturalmente, ¿por qué no?": hacer el papel de amo de casa era justamente su remedio. No importa en casa de quién estéis: si Hilary está presente, aquélla es su casa y ustedes sus huéspedes. Alguien piensa que se trata de una actitud demasiado invasora; pero los auténticos amos de las casas siempre quedan contentos, porque Hilary, con sus maneras excesivas y teatrales y con sus monólogos tonantes, da un tono efervescente, una especie de encanto, hasta a las reuniones más oscuras. Hilary quiere que todos sean presa de este encanto, que todos resulten personajes de fábula; en cierto modo, persuade a la gente más gris a revestirse como de un esplendor de leyenda, lo que explica en parte la ternura con que también hablan de él las personas de corazón no demasiado tierno.

Otro aspecto suyo, fascinante, es que Hilary es siempre el mismo; siempre os hará reír cuando tenéis una maldita gana de llorar, y siempre se tiene la curiosa sensación de que cuando os marchéis, él llorará por ustedes. Hilary, con un trozo de terciopelo extendido sobre las rodillas, un teléfono en una mano y un libro en la otra, es una radio, un carillón, otro teléfono y un gramófono, que suenan por los cuartos vecinos.

Cuando llegué para el té, se encontraba tendido así en la cama, desde donde pretendía dirigir su recepción. Las paredes del cuarto se hallaban tapizadas de fotografías. Fotos de casi todas las personas que había conocido: señoritas viejas o apenas presentadas en sociedad, el secretario de no sé quién, estrellas de cine, profesores universitarios, bailarinas, fenómenos de circo, pares del Westchester, hombres de negocios... Todos podían dejarlo a él tranquilamente, pero él no podía soportar la idea de perder a alguien o algo. Los libros se amontonan por todos los rincones, se acumulan sobre los estantes, mezclados a sus viejos textos del colegio; viejos programas de teatro, montones de conchitas marinas, discos rotos, flores secas, recuerdos de parques de atracciones, transforman al piso en un solar del país de las maravillas.

Vendrá quizá un día en el que no existan más Hilarys; a éste sería fácil aniquilarlo, y es posible que alguien lo haga. ¿Es verdad que el paso de la inocencia a la experiencia llega en el momento en que nos damos cuenta de que no todos nos quieren bien? Muchos lo aprenden demasiado pronto. Pero Hilary no lo sabe todavía, y espero que no llegue a saberlo nunca, pues me dolería que tuviese que comprender que está jugando solo, que ha vertido su amor sobre toda una multitud que no ha existido nunca.

Agosto. Aunque los periódicos de la mañana hubiesen dicho que haría sereno y templado, a mediodía era evidente que estaba ocurriendo algo excepcional, y los empleados, de vuelta de la comida, con la atónita expresión desesperada de los niños en castigo, empezaron a telefonear a la oficina meteorológica. A media tarde, mientras el calor se les pegaba, apretándose como una mano sobre la boca de la víctima de un asesino, la ciudad debatíase y se contorsionaba. Con su clamor sofocado, con su prisa obstaculizada, con sus ambiciones momentáneamente reclusas por el calor, Nueva York era igual que una fuente seca, un momento inútil, y el coma urbano no tardó en sobrevenir. Las neblineantes extensiones de sauces llorones del Parque Central eran igual que un campo de batalla donde hubiesen caído muchos; filas de acciden-

tados yacían descompuestamente a la sombra inmóvil, fúnebre, de los árboles, mientras los fotógrafos de prensa, obligados a documentarse sobre el desastre, se movían espectralmente entre ellos. De noche, el calor atroz abre el cráneo de la ciudad, poniendo al descubierto su cerebro blanco y sus centros nerviosos, que se fríen en sí mismos como los filamentos de una bombilla.

Hoy, como siempre, Selma se ha acordado de que era mi cumpleaños. Con el correo de la noche ha llegado su regalo de siempre: una moneda de diez centavos cuidadosamente envuelta en un trozo de papel higiénico. Por cuestión de fecha o de edad, Selma es mi más vieja amiga; hace ochenta y tres años que vive en la misma pequeña ciudad de Alabama. Se trata de una mujercilla encorvada, con la piel seca y oscura color ceniza, y los ojos enterrados y llorosos. Ha sido por espacio de cuarenta y siete años cocinera de la casa de mis tres tías, pero ahora que han muerto, Selma ha vuelto a casa de su hija, para estar "sentada-tranquila", como ella dice, y andar cómoda. El regalo último venía acompañado de una nota donde declaraba que me vería muy pronto, pues de un día para otro iba a tomar un autobús que la llevase a la Gran Ciudad. Esto nada quiere decir: Selma, realmente, no vendrá nunca, aunque amenaza con hacerlo desde tiempo inmemorial. Antes del primer verano que pasé en Nueva York, o sea, hace catorce años, acostumbrábamos sentarnos en la cocina a parlotear, y mientras nuestras voces remontaban el ritmo del aire perezoso, hablábamos, especialmente, de la ciudad que yo iba pronto a conocer. Según Selma, no había en ella árboles ni flores. Había oído decir que la mayor parte de la gente de esa ciudad vivía bajo tierra o en el cielo y, por supuesto, sabía *que no existía allí "un buen comer", ni buenas habas, ni pequeñas habichuelas de ojos, ni jamones, ni hermosas salchichas, como teníamos nosotros en casa.* "Y hace frío", *decía.* "Sí, mi señor picarillo, váyase a aquel país frío, y cuando volvamos a vernos, tu nariz se te habrá caído de la cara, hecha un tolondrón de hielo."

Por aquel entonces, la señora Bobby Lee Kettle llevó a casa una linterna mágica con cristalillos de vistas de Nueva York, y desde aquel momento, Selma empezó a decir a las amistades que me acompañaría al Norte cuando yo me fuera. La pequeña ciudad, a poco, le parecía un sórdido agujero. En consecuencia, las tías le compraron un billete de ida y vuelta a Nueva York, con la idea de que partiese conmigo, diera unas vueltas por la ciudad y deshiciera luego lo andado. Y todo fué muy bien hasta el momento

en que llegamos a la estación, donde Selma empezó a llorar, a decir que de ningún modo podía irse, que se moriría tan lejos de casa.

Para un niño, la ciudad es un lugar sin alegría. Tuve después un invierno triste, por dentro y por fuera. Luego, cuando ya hemos andado algunos años y nos hemos enamorado, es la doble visión, compartida con la persona amada, lo que sustancia, conforma y significa la experiencia. Viajar solo es como atravesar un país desolado. Pero si se ama en cualquier sentido se puede, a veces, ver por sí mismo y por otros ojos. Algo de esto me ocurrió con Selma. Yo vi cada cosa dos veces: la primera nieve, los patinadores que giraban en el parque, las hermosas pieles de abrigo, el Giratorio de Coney Island, las máquinas automáticas de chiclet en el Metro, el mágico restaurante automático, las islas fluviales y el cabrilleo de la luz bajo los puentes al crepúsculo, los hombres que venían cada día a mi patio para cantar las mismas canciones roncas y sincopadas, los azules penachos ondeantes de una gran banda de música, la gran revista, el lugar fabuloso donde, después de la escuela, iba a robar lo que pillase... Yo lo observaba todo, escuchándolo, volviendo a las horas quietas de la cocina, para cuando Selma me dijese, como me dijo: "Háblame de todo aquello, pero cosas de verdad, no mentiras." Sin embargo, casi todo lo que le expliqué fueron mentiras; no era yo culpable de no poder recordar bien cuanto había visto, porque era como si hubiera estado en uno de los castillos encantados que visitan los personajes de los cuentos; una vez fuera de allí, ya no se recuerda; cuanto permanece en la memoria es el eco espectral de una maravilla sin tregua.

ISCHIA

¿A santo de qué fuimos a Ischia? Se hablaba mucho de ella, entre los amigos, pero pocos, según parecía, la habían visto realmente, o bien la habían visto sólo como una sombra azul en el agua, recortada, casi encallada en el día solar, desde lo alto de su famosa vecina, Capri. Alguien nos puso en guardia contra Ischia, aduciendo razones más o menos alarmantes: "¿Os dais cuenta de que es un volcán en activo?" "Y ¿no sabéis lo del avión?" *Un avión de vuelo regular, entre El Cairo y Roma, había ido a estrellarse sobre el pico de una montaña de Ischia; tres habían sido los supervivientes, pero nadie los vió vivos más, porque fueron rema-*

tados a pedradas por unos pastores, tentados de saquear los despojos del avión.

En consecuencia, vimos desaparecer con cierta aprensión las fachadas blanco-yeso de Nápoles. Hacía un día espléndido, acaso un poco fresco para marzo en Italia meridional, pero vívido y alegre como un aquilón, y el Princesa iba abriendo la bahía igual que un delfín en vena de buen humor. El Princesa es un barquito bastante refinado, con una clientela más o menos outrée: condenados al penal de la isla de Prócida o, todo lo opuesto, jóvenes a punto de ingresar en el Monasterio de Ischia. Claro que hay también pasajeros menos dramáticos: isleños que se quedaron en Nápoles de compras, y algún extranjero, poquísimos, porque Capri los absorbe todos. Capri es la calamidad, el no va más de los turistas.

Las islas napolitanas son como naves siempre ancladas, y poner el pie en una es como subir al puente de un buque; nos posee tal sensación de suspensión mágica, que nada feo o vulgar parece podernos ocurrir allí, y mientras el Princesa iba frenando la marcha en la minúscula ensenada de Porto d'Ischia, la visión de los pálidos colores de helado que se impactaban en las casas del puerto se me antojaba tan familiar y benéfica como el latir del propio corazón. En la confusión precipitada del desembarco dejé caer al suelo, rompiéndolo, el reloj; un punto de simbolismo, quizá excesivo por demasiado evidente, me inclina ahora a decir que el pequeño lance significaba que Ischia no era lugar para un afanoso recorrido, sujeto a horarios. Realmente, las islas no lo son nunca.

Creo poder afirmar que Porto es la capital de Ischia; en todo caso, es la ciudad más importante y frecuentada de la isla. La mayor parte de los visitantes de Ischia no suele alejarse de Porto, donde existen hoteles óptimos, playas excelentes y, encaramado a lo largo de la ciudad, como un neblí gigantesco, el castillo renacentista de Vittoria Colonna. Las otras tres pequeñas ciudades de cierta importancia son más rústicas: Lacco, Ameno, Casamicciola, y al otro lado, Forio. Nos decidimos por parar en esta última villa.

Fuimos a Forio en un crepúsculo verde, bajo un cielo de estrellas primerizas. Corría alta la carretera sobre el mar; allá abajo se movían las antorchas de las barcas de pesca como lucientes arañas acuáticas. Pequeños murciélagos se deshojaban raudos en el crepúsculo, confusas voces anochecidas decían "buenas noches, buenas noches" a lo largo de la carretera, y los rebaños de cabras iban balando lentamente por las colinas, como flautas mohosas. El caballero y el coche cruzaron la pequeña plaza de una villa. No había

electricidad en ella; en los cafés, la luz incierta de las mariposas y de las lámparas de petróleo ahumaba los gestos de grupos de hombres. Dos chicos nos fueron siguiendo por la oscuridad, hasta más allá de la villa, y terminaron por subirse, jadeando, a la trasera del coche, cuando iniciábamos la empinada salida. Próximos a la cumbre, el caballo volvió el belfo y dejó por el aire agudo un rastro de vapor. El cochero hizo sonar el látigo, el caballo hizo otro extraño, y los muchachos nos señalaron con el dedo: miren. Forio estaba allí, lejano, en un candor lunar, con el mar centelleante a su fondo y un nevado son de campanas vespertinas saltando como un tropel de pájaros. Molto bella! (3) *dijo el cochero.* Molto Bella!, *repitieron nuestros acompañantes.*

Cuando se relee un diario personal, son a menudo las notas menos ambiciosas, las observaciones casuales, las que dejan un profundo surco en la memoria. Ahora leo en el mío: "Gioconda ha dejado hoy en mi cuarto algunas cintas de papel rojo. ¿Será un regalo? ¿Quizá porque le he traído un frasco de agua de colonia? Las emplearé como señala-libros deliciosos." *He aquí lo reflejado en todo esto, con Gioconda en primer lugar. Es una bella muchacha, aunque su belleza dependa siempre de su humor. Cuando se siente abatida (cosa que ocurre con harta frecuencia) parece una cazuela de papilla fría; acaba de olvidar la grandeza de su cabello y la dulzura de sus ojos mediterráneos. El cielo sabe cuánto trabajo tiene, aquí, en la pensión de Forio, donde debe atender las habitaciones y servir la mesa. Se levanta antes de amanecer y muchas veces está en continuo movimiento hasta la medianoche. Realmente, tiene la suerte de desempeñar un trabajo, ya que la desocupación es el problema más grave de la isla; la mayor parte de las muchachas de Forio serían más que felices quitándole el puesto. Considerando que no hay agua corriente (con todas sus naturales consecuencias), Gioconda rinde unos servicios verdaderamente notables. Es ésta la mejor pensión de Forio, y las condiciones son ventajosas: disponemos de dos habitaciones enormes, con pequeños balconcillos de hierro al mar. El alimento es bueno, sin merma de su abundancia—cinco platos con vino para almuerzo y cena—; y todo comprendido, nos viene importando la cosa unos cien dólares al mes por cabeza. Gioconda no habla inglés y mi italiano es..., bueno.... vamos a no referirnos a él. Pero, sin embargo, intercambiamos muchas confidencias. Mediante gestos y el*

---

(3) Así en el original.

uso de un vocabulario bipersonal y bilingüe, conseguimos decirnos una extraordinaria cantidad de cosas, y es justamente por esto por lo que los dulces nunca nos salen bien. En los días nublados, cuando no hay otra cosa que hacer, nos sentamos en el patio-cocina a ensayar recetas de pastelería americana. ("Toll House, ¿qué es?"), *pero no llegamos a combinar nada bien por no andar lo bastante atentos al horno, ocupados como andamos en hojear el diccionario. Gioconda dice cosas así:*

—El año pasado, en el cuarto que tenéis ahora, estuvo un señor de Roma. Roma, ¿es de verdad tan bonita como él decía? Decía que yo tenía que ir a verlo allí y que nada malo podía ocurrirnos, porque él había vuelto de tres guerras: primera guerra mundial, segunda guerra mundial y Etiopía. Figúrese lo viejo que era. Nunca vi Roma. Pero tengo amigos que han estado y que me mandaron tarjetas. ¿Conoce usted a la mujer que trabaja en Correos? Desde luego, creerá usted en el gafismo, ¿verdad? Aquella mujer es una gafe tremenda, una cosa extraordinaria. Por culpa de ella no me llega nunca la carta de Argentina...

El hecho de no recibir esta carta de Argentina es el verdadero motivo de la infelicidad de Gioconda. ¿Un amante infiel? No tengo la más leve idea, porque nunca quiere hablarme de ello. Muchos jóvenes italianos emigran a Suramérica en busca de trabajo, y hay en este país esposas que han esperado cinco años a que los maridos pudiesen mandarles el dinero para la travesía. Cada día, en fin, cuando llego con el correo, Gioconda se abalanza a mi encuentro.

He asumido espontáneamente la tarea de ir a recoger el correo. Veo entonces, por primera vez en el curso de la jornada, a los otros americanos que viven en Forio (son cuatro actualmente), en el Café de María, en la plaza.

—Ya sabemos que María agua las bebidas—dice uno—. Pero ¿será justamente agua lo que emplea? Porque aquí no la hay. ¡Dios, estoy aterrado!

En el Café de María, bajo su tinglado de caña, he hallado el mejor sitio donde esperar al cartero. María es una desgraciada con cara de zíngara y un carácter cínico e indiferente; puede procuraros todo cuanto queráis, desde una casa hasta un simple paquete de pitillos americanos. Hay quien dice que es la persona más rica de Forio. Nunca he visto mujeres en su café: dudo que les permita entrar. Hacia el mediodía, todo Forio se vuelca en la plaza. Los escolares de sandalia y capita negra, parecidos a pequeños cuervos,

se agrupan y cantan por las callejuelas; batallones de holgazanes en activo ríen desagradablemente bajo los árboles, mientras bajan los ojos las mujeres que pasan a su lado. El cartero me entrega las cartas de nuestra pensión, y yo, entonces, debo emprender de nuevo el camino de la colina y afrontar a Gioconda. Me mira algunas veces como si la carta no llegase por culpa mía, como si fuese yo mismo el portador del gafe. Un día me aconsejó especialmente que no volviese con las manos vacías, y le llevé un frasquito de agua de colonia.

Pero las alegres cintas de papel rojo que encontré en mi cuarto luego no eran, como había imaginado, para recompensar mi regalo. Su objeto era que las echásemos a una imagen de la Virgen que, llegada hacía poco a la isla, venía en procesión a través de casi todas las villas y aldeas. El día en que debía llegar la Virgen, cada balcón estaba exornado con hermosos trabajos de blonda, y ropa blanca aún más hermosa. Si la familia no tenía nada mejor, sacaba a relucir al balcón una vieja manta. Festones de flores enguirnaldaban las calles congestionadas de gente; las viejas habían sacado sus chales más largos; los hombres se habían peinado los bigotes; al tonto del pueblo le habían hecho ponerse una camisa limpia. Y los niños, todos vestidos de blanco, lucían a la espalda unas angélicas alas de cartón y purpurina. La procesión debía entrar en Forio y pasar bajo nuestros balcones a eso de las cuatro. y, como nos rogó Gioconda, allí nos encontramos a su hora, dispuestos a lanzar las bellas cintas de papel y a gritar, según se nos había enseñado, "¡Viva la Virgen Inmaculada!" Pero había empezado a caer una fastidiosa llovizna; a las seis oscureció, sin que la procesión apareciese. Nosotros, sin embargo, esperamos impávidamente, como la compacta multitud que lo hacía abajo, en la calle. Un cura, de expresión autoritaria y negra sotana flotante, pasó en una ruidosa motocicleta, enviado para apresurar la llegada de la procesión. Era ya de noche, y a todo lo largo del camino por que debía pasar la comitiva religiosa se dibujó un vacilante sendero de luces y de petróleo. Al cabo, con cierta incongruencia, sonó el excitante tararí de una banda militar y, con un seco crepitar, se reavivó la larga fila de luces como para esperar la llegada de la Virgen; oscilante en una silla de manos adornada de flores, cubierto el rostro con un velo negro, venía ya calle arriba, cargada de relojes de oro y plata, y a su paso, en medio del súbito silencio que su presencia despertaba, se oía solamente el rumor fascinante, surrealista, de aquellas ofrendas: el tictac de los relojes. Luego, Gioconda se encresparía al descubrir que apretábamos aún en el

puño las cintas de papel rojo. En nuestra emoción, nos habíamos olvidado de echarlas.

"5 de abril. Un paseo largo, quizá peligroso. Hemos descubierto una nueva playa." *Ischia es pedregosa, una áspera isla que recuerda a Grecia o a la costa de Africa. Hay naranjos y limoneros por sus huertas, y por el monte, en plataformas alineadas, largas hileras de vides verdiplata; el vino de Ischia es muy apreciado; es aquí donde se hace el mejor Lacrima Christi. Al salir de Forio, pronto se pone el pie en cualquiera de los senderos que trepan en todas direcciones hacia las viñas, llenas de abejas y luciérnagas, que se achicharran sobre los retoños verdes. Los aldeanos son morenos y macizos, como vasijas de terracota, y sus ojos están hechos a escrutar el horizonte, igual que los de los marineros, ya que tienen siempre el mar a la vista. El sendero de la costa corre sobre rocas volcánicas cortadas a pico, y los escollos de allá abajo parecen dinosaurios aletargados; hay trozos en los que es mejor cerrar los ojos: sería una caída horrorosa. Un día encontramos una mata de adormidera entre las rocas, y otra algo más allá, y otra, aisladas entre la piedra oscura como campanillas chinas ensartadas a una cuerda tensa. Siguiendo las adormideras llegamos, por un sendero arriba, a una extraña playa escondida. Estaba encerrada entre escollos y roquedales, y el agua era tan clara allí, que se podían ver, por los fondos, el ondear de las algas y los inquietos movimientos de los peces. No lejos de su borde emergían rocas separadas y lisas como almadías a flote. Fuimos recorriéndolas en el baño. Echándonos luego al sol, estuvimos mirando bien el sitio, y vimos también las verdes hileras de vides allá arriba, y el monte encapuchado de nubes. El mar había cavado un auténtico asiento en una roca, y era estupendo meterse en él a dejarse cubrir por las olas.*

Pero no es nada difícil encontrar una playita desierta en Ischia. Conozco por lo menos tres, que nadie frecuenta. La playa de Forio está llena de redes y de barcas volcadas, con la quilla al aire. En esta playa fué donde vi por primera vez a la familia Mussolini. La viuda del dictador muerto vive aquí con tres de sus hijos, en una especie de tranquilo exilio voluntario. Hay en ellos algo triste y conmovedor. La hija es joven, rubia, coja, y, a lo que parece, algo mística. Pero los jóvenes que parlotean con ella por la playa ríen continuamente. No es difícil ver a la señora Mussolini que, semejante en todo a las mujeres de la isla, pobremente vestida de negro, se afana subiendo la cuesta, algo inclinada de un lado por el peso de la bolsa de la compra. Su rostro casi carece de expresión, pero

una vez la vi sonreír. Pasaba por Forio un hombre con un papagayo, que adivinaba el porvenir sacando papelillos de una bola de cristal, y la señora Mussolini se detuvo a consultarlo y leyó su futuro, mientras sobre los labios se le pintaba una sonrisa apenas insinuada, leonardesca.

"5 de junio. La tarde es una medianoche blanca." *Ahora que ha llegado en serio el calor, las tardes son como una medianoche blanca. Los postigos están cerrados, y el sueño camina a largos pasos por todas las calles. A las cinco, los comercios volverán a abrir, una multitud se reunirá en el puerto para dar la bienvenida al* Princesa, *y algo más tarde iremos todos a pasear por la plaza, donde alguien hará sonar un banjo, una armónica, quizá una guitarra. Pero ahora es el momento de la* siesta (4), *y ronda solamente, por el terso cielo azul, el canto de un gallo.*

Hay dos idiotas en el pueblo, y son amigos. Uno lleva siempre en la mano un manojo de flores, y cuando encuentra a su amigo lo divide en dos para ofrecerle. Solamente ellos transitan la villa desierta, en las tardes silenciosas y soleadas. Cogidos de la mano, apretando en el puño sus flores, atraviesan la plaza hasta el muelle de piedra que se adelanta en el mar, y desde mi balcón los he visto allí, entre las redes y la ligera oscilación de las barcas, con las rapadas cabezas reluciendo al sol y los ojos incoloros como el aire. La medianoche blanca está hecha para ellos; en esas horas, son ellos los únicos amos de la isla.

Hemos seguido, paso a paso, la primavera. En cuatro meses, desde que llegamos a Ischia, las noches se han vuelto calurosas, más tranquilo el mar; su agua verde, todavía invernal, de marzo, se ha transformado en la azul de junio, y las vides, entonces grises y desnudas bajo sus torcidos rodrigones, se cubren con los primeros racimos. Aparecen por ellas enjambres de mariposas recién nacidas, y sobre el monte nacen muchas dulcísimas cosas para las abejas; en el jardín, después de un aguacero, se puede oír, sí, apenas perceptible, el abrirse de las nuevas yemas. Nos levantamos antes—signo de verano—y a la noche tardeamos hasta las tantas, otra clara señal. Es difícil encerrarse en casa con semejantes noches, en que la luna baja más cerca de la tierra y guiña asombrosamente sobre el agua; a lo largo del muro de la iglesia de los pescadores, adelantada sobre el mar como la proa de un buque,

---

(4) Así en el original.

pasean las jóvenes parejas arriba y abajo; luego atraviesan la placita para refugiarse en cualquier rincón. Gioconda dice que ha sido ésta la más larga primavera que recuerda. La más larga y la más bella.

ESPAÑA

El tren era viejo, ciertamente. Pendían sus asientos como el hocico de un bulldog, faltaban los cristales en las ventanillas y los que había se hallaban apuntalados con tiras de esparadrapo; por el pasillo, un gato cazador parecía andar a la busca de ratones, y no era absurdo pensar que sus pesquisas fueran coronadas con el éxito.

Lentamente, como si la locomotora fuese arrastrada por viejos coolíes, nos escurrimos de Granada. El cielo del Sur aparecía blanco y ardoroso como un desierto, sólo con el oasis viajero de una nube.

Ibamos a Algeciras, un puerto español frente a las costas de Africa. En nuestro compartimiento viajaba un australiano de edad mediana, traje sucio, dientes color tabaco y uñas no muy conformes, realmente, con los preceptos de la higiene. Contó de pronto que era un médico de la marina mercante y parecía raro encontrar allí, por las áridas y desoladas llanuras de España, a alguien relacionado con el mar. Sentadas frente a él aparecían dos mujeres, madre e hija. La madre era una mujer mal vestida, de faldas polvorosas, de ojos graves y cargados de reproche, y una sombra de bigote. Los objetos de su desaprobación eran múltiples; primero me miró ásperamente por haberme tomado la libertad de echarme—con lo que me libraba de las oleadas de calor que venían de las ventanillas—lo que ella juzgó, acaso justamente, poco cortés. Cayó luego en su antipatía el soldado joven que se sentaba también en nuestro compartimiento. El soldado y la hija de la mujer, muchacha no demasiado recatada, una joven grandullona con irregulares rasgos de boxeador, parecían haberse puesto de acuerdo para galantear un poco. Alguna que otra vez, el gato vagabundo aparecía por la puerta y la hija parecía asustarse, procediendo el soldado, gentilmente, a hacer huir al gato al pasillo. Pero el tal jueguecito proporcionaba a la pareja frecuentes ocasiones de tocarse.

El soldadito era uno de los muchos que se encontraban en aquel tren, esgrimiendo sus gorros, fumando pitillos negros de papel dulce y riéndose a carcajadas limpias. Parecían divertirse, lo que,

por lo visto, era una falta por su parte, ya que cuantas veces se les unía algún oficial extendían la vista por el paisaje, como fascinados por la visión de las cuestas de roca rojiza, de las distancias de olivos y de las ásperas montañas de piedra. Sus oficiales aparecían como vestidos para revista, con muchas cintas y galones; algunos lucían, por bajo del costado, sables relucientes e inverosímiles. No se mezclaban a los soldados, sino que permanecían juntos en primera clase, con un aire fastidiado de actores sin trabajo. Creo que les suponía una bendición cualquier cosa que les proporcionara la ocasión de hacer tintinear sus sables.

El compartimiento contiguo al nuestro estaba ocupado en su totalidad por una sola familia; un hombre delicado, enjuto, de una elegancia excepcional, con una cinta negra cosida a la manga, y seis muchachas delgaditas, floreales, sus hijas, posiblemente. Eran bellísimos padre e hijas, todos ellos y en igual medida: cabellos de reflejos profundos, labios rojos y ojos como frutas. Los soldados echaban una ojeada al compartimiento y desviaban rápidamente la vista, tal si la hubiese herido el sol.

Cuando el tren se detenía, las dos chicas más jóvenes bajaban del vagón y paseábanse lentamente, resguardándose del sol con sus sombrillas. Tenían el gusto de hacerlo con frecuencia, ya que nuestro viaje estaba compuesto principalmente de paradas. Y nadie, aparte de mí, me parecía enojado por ello. Muchos pasajeros, por lo que vi, tenían amigos en las estaciones, amigos con que sentarse alrededor de alguna fuente y con los que charlar no sin largueza ni calma. Una señora de edad fué saludada por diversos grupos en una docena de pueblecitos, y entre encuentro y encuentro lloraba con tanto abandono, que el médico australiano acabó alarmándose. "Oh, no—dijo ella—. Usted no puede evitarlo... ¡Volver a ver a todos mis parientes me hace tan feliz!..."

En algunas paradas, bandos de mujeres descalzas y de niños semidesnudos corrían largamente junto al tren con grandes jarras de barro, gritando "¡Agua, agua!", con voz ronca. Por dos pesetas se podía comprar un canasto entero de suculentos higos oscuros, y veíanse también ringleros de extraños dulces de pasta de almendra, recubiertos de blanca azúcar, como para ser comidos por niños vestidos de primera comunión. A mediodía, después de habernos provisto de una botella de vino, un panecillo, embutidos y queso, nos dispusimos a comer. También tenían ya hambre nuestros compañeros de viaje. Aparecieron paquetes de comida, fueron destapadas botellas de vino y agua, y a poco reinó una agradable, casi cordial atmósfera de fiesta. El soldado dividió una granada con

la chica, el australiano contó una historieta divertida, y la madre, la madre de los ojos de bruja, extrajo del medio de su pecho un pescado envuelto en un papel y lo devoró con tétrica delectación.

Y después cayó el sueño sobre todos. El médico se durmió con la boca abierta, tan profundamente, que una mosca pudo vagar largo tiempo, sin ser molestada, por su cara. Todo el tren sufrió una especie de narcosis; en el compartimiento vecino, las bellas jóvenes reclinaron blandamente las seis cabezas, como seis geráneos cansados. Hasta el gato, cansado ya de buscar presa, dormía tendido en el pasillo. Al salir de un pueblo, atravesó el tren un altiplano de rubios trigos desiguales, enfilando luego los muros graníticos de unas hondas gargantas donde el viento, bajando de los montes, soplaba sobre raros árboles espinosos. De pronto, más allá de un claro entre los árboles, tuve una visión muy deseada: la de un castillo sobre una colina, posado allí como una corona.

Era un paisaje de bandoleros. A principios de aquel verano, un joven inglés que conozco (o, mejor dicho, del que me han hablado) estaba atravesando en coche esta parte de España cuando, en el desierto declive de un monte, su automóvil se vió rodeado por foscos malhechores que le bajaron, le ataron a un árbol y le hicieron cosquillas en la garganta con la hoja de un cuchillo. Pensaba en el lance tremendo cuando, sin previo aviso, un crepitar de disparos rompió el silencio soñoliento.

Se trataba de un fusil ametrallador. Los proyectiles llovían contra las arboledas con un rumor de timbales y el tren, crujiendo lamentablemente, terminó por detenerse. Por unos momentos no se oyó más que el áspero toser de la metralla. Después... "¡Bandidos!", dije en voz alta y terrible. "¡Bandidos!", gritó la hija. "¡Bandidos!", hizo eco la madre. Y la atroz palabra corrió a todo lo largo del tren como un mensaje batido en un tam-tam. Inmediatamente nos dejamos caer al suelo, piernas y brazos en un solo ovillo (no es una frase). La madre, mientras tanto, demostró tener la cabeza en su sitio; en pie y bien erguida, comenzó a esconder sistemáticamente sus tesoros. Se metió un anillo en el moño de la cabeza y, sin rubor, se alzó las faldas, dejando caer por sus calzones largos, de los de a media pierna, un peinecillo adornado con algunas perlas. Como gresca de pájaros en el alba, los leves piídos de angustia de las graciosas niñas nos llegaban del compartimiento vecino. En el pasillo, los oficiales corrían de aquí para allá, ladrando órdenes y procurando quitarse de en medio.

Al cabo, reinó el silencio y, fuera, como un susurro de voces. Mientras el peso del doctor australiano, que tenía volcado encima,

empezaba a resultarme excesivo, la puerta de nuestro compartimento se abrió de par en par y apareció un joven. No tenía aspecto lo bastante inteligente como para tratarse de un bandido.

—¿Hay un médico en el tren?—preguntó sonriendo (5).

El australiano, libertando a mi estómago de la presión de su codo, se levantó, apoyándose en los brazos de los asientos.

—Yo soy médico—anunció mientras se sacudía el polvo de la espalda—. ¿Hay algún herido?

—Sí, señor. Un viejo. Se ha herido en la cabeza—respondió el español, que no era un bandido, sino—¡ay de mí!—un simple viajero.

Sentados de nuevo en nuestras plazas, escuchamos lo que había ocurrido. Al parecer, y en el curso de las últimas horas, un viejo había estado viajando a horcajadas en los topes del último coche. Ahora mismo "acababa de perder el billete", y un soldado que lo había visto caer, se había puesto a disparar su fusil para indicar al maquinista que debía detenerse.

Mi esperanza es que nadie recordara quién había nombrado a los bandidos. Nadie parecía acordarse. Después de haberse hecho entregar una de mis camisas limpias, que iba a usar a guisa de vendaje, el doctor fué a ocuparse con su paciente, y la madre, volviendo el espinazo con ácido pudor, recuperó su peinecillo de perlas. La hija y el soldado también estuvieron juntos cuando descendimos del vagón, y se pusieron a pasear bajo los árboles, donde muchos viajeros se habían agrupado a comentar el incidente. Aparecieron dos soldados transportando al viejo. Mi camisa le envolvía la cabeza. Lo instalaron bajo un árbol y todas las mujeres se atropellaron a su alrededor, compitiendo en prestarle sus rosarios; alguien aportó una botella de vino, lo que, seguramente, le agradó más. Y todos los chiquillos del tren rodearon el grupo riendo, cogidos de las manos.

Nos encontrábamos en un bosquecito que olía a naranjas. Un sendero conducía a una altura, y a toda la sombra de ella se derramaba un valle, donde ondeantes extensiones de hierba dorada y morena se recorrían de largos escalofríos con el aire, como si temblase la tierra. Contemplando este valle, y los juegos de la luz y la sombra por las colinas fronterizas, las seis hermanas, escoltadas por su elegante padre, se habían sentado, con sus sombrillas abiertas y altas sobre la cabeza, como invitadas a una fiesta campestre. Los soldados giraban a su alrededor, con expresión vaga-

---

(5) Así en el original.

mente ambiciosa, pero sin atreverse a acercarse. Un tipo descarado e impertinente, desde el borde de una colina y con acento burlón, gritó: "¡Te quiero mucho!" (6). *Se repitieron las palabras, con la vacía sonoridad del eco rodando por las laderas, y las ruborizadas hermanitas miraron con redoblada atención hacia el punto opuesto del valle.*

Una nube, taciturna como las colinas rocosas, se espesaba por el cielo, y las hierbas se agitaban como el mar antes de una tormenta. Alguien dijo que iba a llover. Pero nadie quiso moverse a excepción del herido, que estaba a punto de terminar una segunda botella de vino, y los niños, que, habiendo descubierto la intensidad del eco, continuaban haciendo cantar todo el valle. Era una suerte de fiesta bucólica, y todos habíamos abandonado el tren como si ninguno desease ser el primero en volver a usarlo. El viejo, con mi camisa enrollada en la cabeza a modo de grandioso turbante, fué instalado, por fin, en un coche de primera clase y muchas bien voluntarias señoras quedaron atendiéndolo.

En nuestro compartimiento, la oscura y polvorienta madre estaba sentada exactamente tal y como la habíamos dejado. Ella no había creído oportuno tomar parte en la fiesta. Y me lanzó una ojeada larga, centelleante.

—Bandidos...—dijo con áspera energía inútil.

Marchaba el tren tan suavemente, que por las ventanillas entraban y salían a su gusto las mariposas.

(Versión al castellano de Fernando Quiñones.)

---

(6) Así en el original.

HACIA UNA POETICA DEL POEMA *

POR

JOSE MARIA VALVERDE

II

TRANSITO HACIA NUEVAS BASES DE LA POETICA

En las últimas décadas, en medio de la abigarrada dispersión de las escuelas de pensamiento estético, parece observarse cierta disconformidad creciente con el que conveníamos en llamar "intencionalismo" romántico. El punto extremo de esta reacción lo hallamos en el aún reciente trabajo de Heidegger *Der Ursprung des Kunstwerkes,* donde se aniquila el valor de creación personal a completo beneficio de la "cosa" artística, soberana y desprendida. Recordemos sólo tres frases de dicho ensayo:

"Pero aquí ya entra el punto de vista más peculiar del artista: la obra debe ser dejada a su puro reposar en sí misma. Precisamente en el gran arte—y de él sólo se habla aquí—queda el artista frente a la obra como algo indiferente, casi como un tránsito que se aniquila a sí mismo para la aparición de la obra."

No debe darse a conocer el *N. N. fecit,* sino el simple *factum est.*"

Y en la misma página: "Precisamente donde permanecen desconocidos el artista y el proceso y circunstancias de la obra, allí brota ese choque, ese *que* del crearse, con máxima pureza."

No es tan evidente, sin embargo, en otros pensadores estéticos, el restablecimiento de la autonomía del "artefacto" poético. Pero lo que sí suele observarse es el abandono de la postura romántica de absorción en la soberana intimidad personal del artista, en lo que "quiso decir", valioso porque *Ipse dixit,* pero sin atenerse a lo que realmente dijera.

Uno de los más conocidos nombres de la estética moderna, Lipps, para valernos de su ejemplo, significa, en el problema que nos ocupa, la creación de un curioso "romanticismo al revés", en que el espíritu sale de su morada para amoldarse entusiásticamente, por virtud de la *Einfühlung,* a los objetos percibidos, consustan-

---

* La primera parte de este trabajo se publicó en nuestro número correspondiente al pasado mes de mayo.

ciándose con la verticalidad de la columna, con la brillantez del mar soleado, con la sutil melancoía de la sonata. Pero, en el fondo, para nuestra cuestión, lo único que cabe tomar en cuenta es, por decirlo así, la "buena voluntad" del espíritu entregado a su aventura de hipóstasis camaleónticas con la realidad, pero probablemente sin pasar de soñarlas. Porque lo que el espíritu adopta como forma y estado en su experiencia "endopática" es algo que en buena medida aporta él mismo; dimensiones abstraídas especulativamente, cualidades sacadas por el intelecto, de en medio de la confusa realidad, etc. Nunca habría la verdadera entrega a lo "Otro en cuanto tal "otro", tal como, desde el lado de los poetas, fué deseado por la filosofía del apócrifo machadiano Abel Martín y cantado en los *Tres cantos materiales*, de Neruda (1935). "Yo me vivo a mí mismo", viene a decir Lipps, en mi experiencia estética. Pero el análisis por extremo de la obra de Lipps para determinar si realmente hay "trascendencia" o si todavía está en una "inmanencia" extrovertida sobre las cosas, nos requeriría más espacio del conveniente en la economía de este trabajo; quede por esta vez como indicación.

Si pasamos a un ejemplo bien lejano, tomando el nombre del norteamericano John Dewey, hallamos, respecto a nuestro problema, una situación paralela: aun sin conceder, en su obra *El arte como experiencia*, a las obras de arte, plena autonomía, sabe liberarse por completo del "intencionalismo" expresivo, escribiendo, en el capítulo VI (Sustancia y forma"):

"Es absurdo preguntar lo que un artista *realmente* significa con su producto; el artista mismo encontraría en éste diferentes significados en días y horas diferentes, y en *diferentes estados de su propio desarrollo.* Si pudiera hablar, diría: quiero significar *esto:* y *esto* significa cualquier cosa que usted o algún otro puedan obtener de la obra honradamente, es decir, en virtud de su propia experiencia vital."

En efecto, algunas veces los artistas "pueden hablar", contra lo que parece suponer Dewey, y confirman estas frases. En un artículo sobre *Biografía incompleta*, de Gerardo Diego, he recogido la anécdota de que "en una ocasión en que se le preguntaba qué había querido decir en un poema de apariencia poco clara, contestó poco más o menos: "He querido decir precisamente lo que he dicho, porque, si hubiera querido decir otra cosa, ¿quién me lo habría impedido?" O sea, trasladándonos a su estética "creacionista", que él no había pretendido manifestar con claridad un contenido conceptual de su espíritu, sino dar lugar a un "poema",

un conjunto de palabras en unidad, sin renunciar a algunos de los diversos sentidos y experiencias que pudiera aportar a los diversos lectores sólo porque no reflejasen idénticamente la que en el momento de escribir estuviera pasando por su espíritu.

Esta tendencia que en otro lugar (7) he llamado "la nueva objetividad del arte", choca, sin embargo, con hábitos seculares, difundidos más aún entre quienes no tienen trato directo con el arte, ni muy intensa inclinación estética. A veces, incluso, entre los mismos poetas y críticos de poesía hallamos en perpetuada vigencia el "intencionalismo". Así, por ejemplo, y tal vez como expresión conspicua de lo que se ha llamado el actual "neorromanticismo" español, el libro de Carlos Bousoño *(La poesía de Vicente Aleixandre)* parte de la idea práctica de la poesía como—para usar términos de Croce—"*sentimiento innalzato a fantasía*" o bien *Stimmung* personal que estalla en chorro lírico de palabras alucinadas. Es notable el contraste de esta idea central subyacente con la técnica analítica aplicada en el libro, dentro del tono de la estilística y la *Literaturwissenschaft* más recientes. La poesía—se parte de una definición del propio Aleixandre—es comunicación, o sea, manifestación y transmisión de un estado de ánimo, quizá vertebrada conceptualmente en torno a algún *pensiero dominante*—para aplicar el término leopardiano—, pero sin verdadera intención conceptual, de definición generalizadora, quedándose más bien en lo que I. A. Richards llama *seudo-aseveration*, considerada como peculiar de los poetas. Bousoño advierte precavidamente que la "génesis de un poema", como la va a describir, es la técnica aleixandrina de composición, y, en general, la de todos aquellos poetas que se caracterizan por el predominio de las funciones intuitivas (nos atreveríamos a sugerir, más bien: de los estados sentimentales: intuitivo por excelencia es Lorca, pero poco de acuerdo con el tipo de creador lírico aquí descrito). Pero sigamos el análisis psicológico que hace Bousoño del proceso poético aleixandrino:

"Tomemos el instante primero de ella [la composición], el del impulso o inspiración. Algo exterior o algo interior ha herido la sensibilidad del poeta. Se trata, quizá, de un percance en su vida afectiva que desata en su corazón un movimiento de tristeza. He aquí el motor inicial de la pieza a escribir. En este momento, su futuro autor puede hacer dos cosas: o cantar directamente el objeto que le ha inspirado o cantar otro cualquiera, situado dentro

(7) *Arbor*, nov. 1954.

de una amplia, aunque limitada zona: la del color, que es el estado en que se encuentra su alma. Los temas, por tanto, pueden ser muy variados: el atardecer, la noche, la muerte, la ausencia del bien sobre la tierra, la insensibilidad de los hombres, la humana soledad... Cabría que cualquiera de ellos fuese excipiente del estado anímico en que nuestro poeta se halla, porque todos son susceptibles de ser expresados con melancolía. Claro que no suele realizarse la elección de tema de modo reflexivo. A partir del instante de la difusa emoción inicial, Aleixandre comienza a indagar de un modo vago en su espíritu, rasgueando versos sueltos que luego abandona..." "Por fin, nace el verso. Tachados los anteriores, sólo a partir de éste, la composición empieza hinchándose como una vela dispuesta para el viaje."

Sigue exponiendo Bousoño cómo el poema se anima en torno a un *símbolo,* cuyo "plano real será un sentimiento espiritual: la melancolía del poeta". Parece que el símbolo pudiera desempeñar el papel objetivador de punto de cristalización de la realidad poemática, pero ya se nos previno de que no siempre ha de ser así, y, en efecto, en la obra de Vicente Aleixandre hay un alto porcentaje de poemas que no giran en torno a la medula de un símbolo. No llega a ponerse, pues, en esta interpretación el acento de la primacía sobre el poema, sino que continúa siempre sobre la *Stimmung* del poeta. La crecida y el desbordamiento de esta "disposición anímica" dan lugar a los versos, rompiendo los diques conceptuales, pero sin que "la vida propia del poema", de que habla Bousoño, llegue a ser realmente "del poema", sino que consiste en el impulso total y homogéneo del proceso psicológico —involuntario e inconsciente, pero personal—: no llega a ser vida autónoma exterior de una entidad peculiar e impersonal, desgajada y trascendida de un sentir individual (de una *intention,* en el sentido de Wimsatt y Beardsley, que estaría muy cerca de la *meaning).* De otro modo, lo que aquí se considera como cargado de vida propia—contra lo que traslaticiamente parece decir Bousoño—no es el poema, sino el proceso anímico de que el poema se desprende, que no es lo mismo.

"Pero sigamos contemplando—dice Bousoño—la navegación de nuestra quilla poética. Ya en alta mar, acaece un inesperado fenómeno: el poema se *hegemoniza,* en cierto modo, de quien lo concibe; el poeta se siente arrastrado hacia un puerto desconocido. No sabe lo que dos estrofas más abajo va a decir, ni mucho menos cómo finalizará la composición, enigma tan oscuro para él como para otra persona cualquiera. El trabajo del artista consis-

te en no dejar ni un segundo de ir comprobando en su sensibilidad que el gobernalle no ha perdido la ruta. Es decir, que el verso sigue fijo al norte del sentimiento inicial."

Aunque el poema, en esta consideración, no llegue a gozar de sustantividad propia, siempre aspira embrionariamente a vida peculiar, por virtud de la trascendencia misma del lenguaje, y por ello el proceso verbalizador resbala, se "desfasa" y se desgaja del proceso sentimental y de la *Stimmung*. Tal me parece que sería la explicación de lo que afirma Bousoño que ocurre en ocasiones: el poema se cierra por sí mismo antes de haber desahogado del todo la *Stimmung*; "se le acaba la cuerda" verbal, diríamos, cuando todavía le queda "cuerda" sentimental:

"Por fin se llega a un punto culminante, cima no sobrepasable o abismo final, más abajo del cual no es posible descender: el poema ha terminado. Esa meta postrera se hallará colocada muy cerca o muy lejos del comienzo. La composición ha sido breve o larga, independientemente de los propósitos de quien la escriba. Ha cesado por sí misma, como una criatura viva que muere a los diez años o a los ochenta, sin que los padres puedan oponer al Destino otra cosa que buenos deseos. En ocasiones ocurrirá que el verso último no aplaca todas las ansias del artista. Este desea escribir más, pero la composición no es continuable. ¿Qué hacer? Empezar otro nuevo poema, que, probablemente, tendrá el mismo *plano real* del anterior, aunque el tema-símbolo sea otro. Si antes consistía en el anochecer, ahora podría versar sobre el destino del hombre, o bien sobre la ausencia de Dios, o sobre la muerte."

Aunque no vamos a entrar en la continua *metabasis eis allo génos* (el "destino del hombre" o la "ausencia de Dios" no parece que debieran ser sólo tema-símbolo, sino tal vez *plano-real*; pero aquí Bousoño subraya el subjetivismo sentimental de su crítica: el *plano real* es para él la *Stimmung* afectiva, el "talante", como traduce Aranguren), sí objetaremos, en resumen de lo observado, que lo que Bousoño llama "vida propia del poema", en realidad es fuerza propia del proceso psicológico del rebose emotivo, que desborda la conciencia, la voluntad y la razón, pero que no por eso deja de ser intimidad individual—volviendo al término de Goethe—, "carácter personal" del escritor. Refuerza nuestro modo de entender la frase inmediata al párrafo citado: "Alguien plantearía aquí el problema de la sinceridad de una lírica que, como la descrita, canta un tema *B* cuando su autor sufre un sentimiento originado por una causa *A*."

Bousoño justifica la *sinceridad* de la expresión simbólica con

razones asociacionísticas y psicoanalíticas; pero a nosotros lo que nos interesa es que sienta la necesidad de defender la condición de *sinceridad* de la poesía, *leit-motiv* del romanticismo, que todavía Rubén Darío recogió en su confuso y bello credo lírico:

Por eso ser sincero es ser potente:
de desnuda que está brilla la estrella.

En el libro *Abril*, de Luis Rosales, que, publicado el año 1934, significó una abierta posición antirromántica, hallamos este verso, que nos convendrá recordar desde ahora:

Nada me ha engañado tanto como mi sinceridad.

("MISERICORDIA".)

Sin entrar tan allá, hasta el terreno moral del autoengaño, aquí nos basta señalar que la primacía imperativa de la sinceridad revela la convicción de que la poesía es una explicitación —con miras a la "comunicación", de que hablaba Aleixandre—, lo más clara y exhaustiva posible, del ánimo del artista en una situación dada: tal sería la meta ideal de la lírica. Sintomáticamente, cierto joven poeta, penetrado de estas doctrinas estéticas, titulaba su primer libro, en Madrid, hace unos pocos años, *Alma desnuda*. La excelencia de la poesía, según eso, estará en proporción a su eficacia en transparentar el fondo del espíritu de quien la escribe, fondo éste que se supone susceptible de una exploración y determinación "verdaderas", superando así el alcance de observación exacta de la mismísima ciencia física, que, como es sabido, de Heisenberg acá, vive en la "indeterminación", sabiendo que cuanto más afine la precisión al medir—por ejemplo—el impulso de una partícula, menos podrá precisar su situación, y viceversa. Para el poeta romántico y para el crítico "intencionalista", el espíritu individual, en su fluir de estados, sería una cosa mucho más definible que el estado de un electrón, de un átomo o de una masa. Y tal análisis, además de ser posible, sería precisamente la tarea propia y fundamental de la poesía y la crítica; eso y no otra cosa. No podría la poesía ser, por ejemplo, invención, narración de hechos, descripción de realidades exteriores.

Frente a esta línea, que podría clasificarse como "neorromántica", hay también voces entre la poesía moderna, que reivindican lo que en otro lugar he llamado "la nueva objetividad del arte". Precisamente en un ensayo así titulado he señalado al poeta

que ha dado voz al creciente sentir: Rainer María Rilke, quien, en elegía a la muerte de otro poeta, dijo:

...Oh vieja maldición de los poetas,
que se quejan cuando deben decir;
que siempre opinan sobre sus sentires
en lugar de formarlos; que aún suponen
que lo que en ellos es triste y gozoso
sabrían y podrían en poemas
llorarlo o celebrarlo. Como enfermos,
llenos de pena emplean el lenguaje
para decir dónde les duele, en vez
de transformarse, duros, en palabras,
como el cantero de una catedral
en la quietud de piedra se transforma.
Tal fuera salvación: ver una vez
cómo entra por los versos el Destino
y no vuelve a salir, y se hace imagen
y sólo imagen: un antepasado
que, desde el marco, cuando se le mira,
parece y no parece asemejarse...

En la poesía española, el nombre de Antonio Machado representa precisamente una experiencia de quiebra del romanticismo y búsqueda de un nuevo "realismo", fuera del "yo" íntimo y huidizo en su "borroso laberinto de espejos". Más adelante dedicaremos insistente atención a la experiencia machadiana; pero queremos recoger ya, por lo menos, unas frases del diálogo de su personaje apócrifo, Juan de Mairena, con el poeta doblemente apócrifo Jorge Meneses, inventor de una "máquina de trovar", capaz de producir una copla con la emoción dominante de un grupo de personas—nunca de un individuo—, "iniciando a las masas en la expresión de su propio sentir, mientras llegan los nuevos poetas, los cantores de una nueva sentimentalidad". Augura Meneses la pronta desaparición de los poetas líricos de la superficie de la tierra, y razona:

El sentimiento individual, mejor diré, el polo individual del sentimiento, que está en el corazón de cada hombre, empieza a no interesar, y cada día interesará menos. La lírica moderna, desde el declive romántico hasta nuestros días (los del simbolismo), es acaso un lujo, un tanto abusivo, del hombre manchesteriano, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos, sus queridas. El corazón del poeta, tan rico en sonoridades, es casi un insulto a la afonía cordial de la masa, esclavizada por el trabajo mecánico. La poesía lírica se engendra siempre en la zona central de nuestra psique, que es la del sentimiento: no hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque, aunque no existe un corazón general, que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, todo sentimiento se orienta hacia valores universales o que pretenden serlo. Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo, acaba

por empobrecerse y, al fin, canta de falsete. Tal es el sentimiento burgués, que a mí me parece fracasado; tal es el fin de la sentimentalidad romántica.

Más adelante, tratando de conjurar el horror de Mairena ante la idea de "sentir con todos", trata de *cursi* su "superstición de lo selecto", y prosigue:

Hay una crisis sentimental que afecta a la lírica, y cuyas causas son muy complejas. El poeta pretende cantarse a sí mismo porque no encuentra temas de verdadero sentimiento. Con la ruina de la ideología romántica, toda una sentimentalidad, concomitantemente, se viene abajo. Es muy difícil que una nueva generación siga escuchando nuestras canciones. Porque lo que a usted le pasa, en el rinconcito de su sentir, que empieza a no ser comunicable, acabará por no ser nada.

Frente a esta lírica sentimental en ruina sería inútil querer alzar una "lírica intelectual", "tan absurda como una geometría sentimental o un álgebra emotiva" (8). Tal será—ya insistiremos en seguida en ello—la otra gran polémica machadiana: además de la polémica antirromántica, la polémica antibarroca o, para ser más exactos, anticonceptualistas.

Según esta interpretación, la vigencia de una lírica romántica en sentido extremo (y, por consiguiente, podemos deducir, el apogeo de la crítica "intencionalista") habrían sido ocasionados por la inclinación, durante toda una época, de la gente, a considerar la lectura de la poesía como una mirilla para fisgar en el interior de un alma genial, para poderse arrobar ante el exhibicionismo de las interioridades personalísimas del individuo "interesante". Pasada esta costumbre—y todavía no ha terminado de pasar completamente—, la lírica como estado de ánimo, como mera expresión de la *Stimmung* o del "carácter personal" goethiano, deja automáticamente de valer.

Pero nosotros, con estas páginas de apuntes de valor apenas histórico, todavía no sabemos cuál puede ser la base más adecuada para nuestra investigación; solamente hemos escarmentado en cabeza ajena, observando lo poco que nos acerca a la realidad misma del arte una estética que encierre el *plano real* en el inefabilísimo fondo del "talante" individual momentáneo. "No serviría entonces situar el *plano real* de la poesía en el orbe de los conceptos puros, en la universalidad de lo intelectual lógico? Tal ha sido la primera dirección, que, en el bandazo pendular de la reacción antirromántica, han tratado de seguir la poesía y la poética en

---

(8) Precisamente Ortega define la poesía como "un álgebra superior de las metáforas".

dos caminos: el lógico y el mágico. Una vez más—y aún no será la última—volveremos a tomar la experiencia de Antonio Machado en lo que llamábamos hace un momento su segunda polémica, su lucha con lo abstracto puro y con lo "deshumanizado" fantástico y coruscante. Trataremos de ser más breves aquí.

DOBLE REACCION IMPERSONALIZADORA EN LAS ESTETICAS DE LA "POESIA PURA"

Al entrar en crisis, desde finales del XIX, el sentido personalista de la lírica romántica y su crítica "intencionalista", la primera reacción, diametralmente opuesta, abrió el camino de la poesía llamada "pura" o "deshumanizada", la cual ha tenido dos aspectos bastante diferentes: una poética intelectualista—abstracta o logicista—y una poética de "cosas etéreas" (como podríamos titularla según la frase de Keats, que cita John Dewey: "El sol, la luna, la tierra y sus contenidos son materiales para formar cosas más grandes, es decir, cosas etéreas; cosas más grandes que las que ha hecho el Creador"), o sea una poética no-real, "deshumanizada" en el sentido de Ortega, quien señaló la paternidad de Mallarmé (el "negro catedrático", replicaría Machado) para tal tendencia estética, frente a la del "arte como expresión de la interioridad humana". Dice Ortega: "Es falso, facticiamente falso, que en una obra de arte se exprese un sentimiento real." "El arte es esencialmente IRREALIZACIÓN." "El yo de cada poeta es un nuevo diccionario, un nuevo idioma, a través del cual llegan a nosotros objetos... de que no teníamos noticia." *(Ensayo de una estética en forma de prólogo.)*

Las dos laderas de la reciente poética "pura" a veces parecen unidas, como en el caso de la poesía de Valéry; pero en España se pueden distinguir con más facilidad, disponiéndose incluso de dos etiquetas de nuestra historia literaria para clasificarlas, como "neo-conceptismo" y "neo-gongorismo". Como ejemplos extremos respectivos, pondríamos la primera edición de *Cántico* (1928), de Jorge Guillén, y—prescindiendo de su base folklórica tradicional—el *Romancero gitano,* de Lorca.

Esta "poesía pura"—cuyos mágicos resortes verbales se interpretaron en la apología del abate Brémond—se opone no sólo al intimismo romántico, sino a toda poesía en que entren sentimientos genéricos, ideales humanos y religiosos, etc.—lo que se estigmatiza como "poesía edificante"—, y, por consiguiente, también

debiera oponerse a la "poesía intelectual". Pero esta posible segunda oposición queda compensada con creces por la comunidad en el deseo de escape hacia lo irreal desde el territorio de lo común.

John Dewey, desde su punto de vista "organicista", de unidad en la experiencia humana, ha lamentado este "escapismo" en su aspecto "etéreo" y "mágico" (no en su otro aspecto logicista y conceptual, porque en la poesía de lengua inglesa no ha vuelto a presentarse desde el siglo XVIII). ¿Por qué el intento de conectar las cosas más altas e ideales de la experiencia con sus raíces vitales básicas es tan a menudo considerado como una traición a su naturaleza y una denegación de su valor? ¿Por qué la vida es pensada como asunto de los apetitos bajos o, cuando mucho, como cosa de sensación tosca y pronta a hundirse hasta el nivel del deseo y la áspera crueldad? Una respuesta completa a la cuestión implica escribir una historia de la moral, y revela las condiciones que han originado el desprecio por el cuerpo, el temor de los sentidos y la oposición entre la carne y el espíritu?

Poco más adelante se comenta tal separación de este modo: "La hostilidad hacia la asociación de las bellas artes con los procesos normales de la vida es un comentario patético y aun trágico de cómo ésta es ordinariamente vivida."

No nos extenderemos mucho en la tendencia "irrealizadora" de esta reacción antirromántica de la poesía, porque parecen evidentes sus perennes razones y sus perennes límites: hasta cierto punto, en la poesía siempre hay un aspecto de creación fantástica, un logro de mundos aparte, pero se percibe el carácter de caso-límite de esta tendencia cuando se lleva a su extremo minoritario, al *impasse* mallarmeano. La hipótesis de una poesía "no-figurativa" es aún menos posible que en pintura (9), por razón del mismo instrumento lingüístico. Por muy extraterrestres y extravitales que quieran ser los entes que componen el mundo de un poeta, la mera necesidad de venirnos dados a través de las

(9) Dice Barnes, citado por Dewey (pág. 84 de *El arte como experiencia)*: "La referencia al mundo real no desaparece del arte cuando la forma deja de ser la de las cosas verdaderamente existentes, así como la objetividad no desaparece del arte de la ciencia cuando deja de hablar de la tierra, el fuego, el aire y el agua y la sustituye por esas cosas menos reconocibles: el hidrógeno, el oxígeno, el nitrógeno y el carbono... Cuando no encontramos en la pintura la representación de algún objeto particular, lo que representa puede ser las cualidades que comparten *todos* los objetos particulares, tales como color, extensión, solidez, movimiento, ritmo, etc. Todas las cosas particulares tienen estas cualidades: en consecuencia, lo que sirve, por decirlo así, como paradigma de la esencia visible de todas las cosas, puede seguir despertando las emociones que provocan las cosas individuales de un modo más especial."

palabras, les impone una inevitable referencia al mundo cotidiano. Lo vemos así, incluso en un caso extremo, de carácter experimental y un tanto juguetón, al borde del deporte y del humor, como serían los *Cuentos de un soñador*, de lord Dunsany, donde se explota hábilmente la sugestión de palabras inexistentes para evocar objetos fantásticos: instrumentos musicales, manjares, prendas de vestir.

La experiencia poética de Mallarmé muestra perfectamente las posibilidades, pero también los límites de esta dimensión creativa "irrealizadora", que el poeta mismo llega a sentir como una cárcel, según confiesa en el espléndido poema que comienza:

De l'éternel azur la sereine ironie
M'accable...

Más complejo es el problema de la poesía "intelectual" o logicista, que resucitaría un aspecto esencial de la obra de Calderón y de Quevedo. No nos referimos a la poesía "de ideas", una poesía didáctica o persuasiva de grandes convicciones sobre la realidad del mundo y de la vida; es decir, aquella concepción según la cual la poesía sería un modo de ofrecer verdades bajo "fermosa cobertura"—como decía el marqués de Santillana—en una suerte de hábil *paideia* platónica, "dorando la píldora" o, igual que en el verso de Lucrecio, untando de miel los bordes del vaso de la purga.

Pues no sería ésta, en efecto, una verdadera reacción antirromántica: fué habitual subproducto del intimismo romántico el lanzamiento de grandes afirmaciones retumbantes y semifilosóficas, desde el "*Beauty is Truth, Truth is Beauty*," de Keats, hasta las ramplonerías de calendario de Campoamor. Tal modo de usar la poesía está hace mucho en descrédito, o, como suele decirse, "superado". Indicamos un par de opiniones que recogen Wellek y Warren en su célebre *Theory of Literature;* la de George Boas, en una conferencia sobre *Philosophy and Poetry:* "Las ideas en poesía son habitualmente inanes y falsas, y nadie mayor de dieciséis años encontraría que vale la pena leer poesía por lo que dice solamente." Y la de Eliot: "Ni Shakespeare ni Dante ejercitaron realmente el pensamiento."

Lo que no excluye, sin embargo, que la poesía pueda ser utilizada como testimonio inicial e indirecto para la historia de las ideas o de los modos de sentir, para la *Geistesgeschichte.* (Véase sobre esto Pedro Laín Entralgo: *Palabras menores.)*

La poesía intelectual, en el sentido reciente en que nos ocupa, no pretende "verdad filosófica"; nace de un designio de precisión

y exactitud y se remonta a un firmamento de conceptos universales y abstractos, de elaboración filosófica: un lenguaje de genericidad lógica. En el caso extremo de Jorge Guillén, los conceptos son de estirpe aristotélica, en torno a una intuición central que nos hace pensar en Parménides de Elea.

Ya los poetas conceptistas del Barroco español habían aplicado a la lírica la terminología escolástica; alguna vez, incluso, con evidente sentido teológico, empleando los conceptos religiosos como metáforas para la vida sentimental ("La fe jamás con la esperanza ofendo", dice, por ejemplo, el conde de Villamediana en un soneto amoroso). En aquella poesía, el valor lógico, abstracto, predominaba sobre el valor intuitivo y narrativo. Por boca de su apócrifo Juan de Mairena, Antonio Machado lo ha expuesto analíticamente con terminología de sabor kantiano:

"Las imágenes del Barroco expresan, disfrazan o decoran conceptos, pero no contienen intuiciones." "Con ellas se discurre o razona, pero de ningún modo se canta. Porque se puede razonar, en efecto, por medio de conceptos escuetamente lógicos, por medio de conceptos matemáticos—números y figuras—o por medio de imágenes, sin que el acto de razonar, de discurrir entre lo definido, deje de ser el mismo: una función homogeneizadora del entendimiento, que persigue igualdades—reales o convenidas—eliminando diferencias. El empleo de imágenes, más o menos coruscantes, no puede nunca trocar una función esencialmente lógica en función estética, de sensibilidad. Si la lírica barroca, consecuente consigo misma, llegase a su realización perfecta, nos daría un álgebra de imágenes fácilmente abarcable en un tratado al alcance de los estudiosos... [y] de valor estéticamente nulo."

Tal proceder, además de eliminar el aspecto temporal, narrativo, de la poesía, suprime la concreción individual, la *Einmaligkeit,* la irrepetibilidad de la experiencia y la intuición a que se puede referir un poeta. Contraponiendo el soneto *A las flores,* de Calderón, a las *Coplas,* de Jorge Manrique, dicen Machado-Mairena: "El *albor de la mañana* vale para todos los amaneceres; la *noche fría,* en la intención del poeta, para todas las noches. Entre tales nociones definidas se establecen relaciones lógicas, no menos intemporales que ellas. Todo el encanto del soneto de Calderón—si alguno tiene—estriba en su corrección silogística. La poesía aquí no canta, razona, discurre en torno a unas cuantas definiciones. Es—como todo nuestro barroco literario—escolástica rezagada."

De aquí la predilección de aquellos poetas barrocos nuestros

por las paradojas y contraposiciones de conceptos puros y extremosos: el amor será una "vida mortal", una "muerte viva", un "fuego helado", un "hielo abrasador", etc., etc. Se entrechocaban las ideas puras más opuestas para obtener un chispazo que, a falta de vida, animase con su fulgor ingenioso el ámbito imaginativo.

Sin embargo, la problemática de nuestro "nuevo conceptismo" es un tanto diversa. El poeta utiliza el vocabulario lógico y se mueve de concepto en concepto, pero "llegando desde fuera", narrando su experiencia intelectual; algo así como haciendo una lírica o una épica de la lógica. En una seudoprofecía de Juan de Mairena se explica el nuevo modo de conceptismo:

"Algún día... se trocarán los papeles entre los poetas y los filósofos. Los poetas cantarán su asombro por las grandes hazañas metafísicas, por la mayor de todas, muy especialmente, que piensa el ser fuera del tiempo, la esencia separada de la existencia; como si dijéramos, el pez vivo y en seco, y el agua de los ríos como una ilusión de los peces..."

Esto es lo que ocurre en la poesía de Jorge Guillén—al menos en su primera época—, como creo haber mostrado en su ensayo *ad hoc* (10): se nos narra en ella el acceso a la visión del Ser total y abstracto, a partir de la realidad concreta:

¡Asombro!...
Lo extraordinario, y todo.
...Ser nada más. Y basta.
Es la absoluta dicha.
¡Con la esencia en silencio
tanto se identifica!

Es decir, esta nueva poesía "lógica" no sería en realidad "lógica": la materia y el tema de su canto estarían constituídos por la aventura, la auténtica *gesta,* del pensamiento para obtener conceptos abstractos; pero en su estructura y razón de ser tendría carácter casi "narrativo", y no se confundiría con el pensamiento lógico, y así su paralelo con el antiguo barroco calderoniano resultaría más accidental de lo que parece a primera vista. Ya advertíamos en el ensayo sobre Guillén: "No es que el poeta se encuentre en principio, desde el mismo origen de su cántico, instalado en ese Ser absoluto, para hablarnos de él. Entonces no habría obra poética, porque un poema, de un modo o de otro, supone un transcurso, un desplazamiento desde un punto de partida, hasta descansar en otro estado. Y como dijo X. Zubiri alguna vez, recordando una frase de Hegel, aunque el ser en general es

(10) En *Estudios sobre la palabra poética,* 1952.

la primera noción que se adquiere, lo es sólo de manera sobrentendida, pues el ser en cuanto tal, distinto y abstracto, sigue siendo siempre la noción última y más difícil. Así, el proceso de la poesía guilleniana consiste precisamente en el despertar al *bien redondeado corazón de la verdad.*"

Por eso, en esta poesía, y en general en toda poesía de terminología abstracta que encontramos recientemente, se nota una íntima cualidad de lenguaje, que constituye su límite y su paradoja íntima. Los términos absolutos de saber lógico no llegan a fundirse con el contexto total del poema, es decir, permanecen flotando sin disolver en el lenguaje poético del conjunto. Esto se explica porque—como aclara W. M. Urban en *Lenguaje y realidad*—la universalidad del lenguaje es diversa de la universalidad metafísica y lógica. En el lenguaje hay una fidelidad de las palabras a un sentido que permite la comprensión, y que se parece a la fidelidad y consecuencia—de carácter "dinámico" y "biográfico"—de una persona respecto a su "personalidad" y a su nombre (que presupone una gran variedad de actitudes vitales e incluso de "conversiones", "arrepentimientos" y "envejecimientos"). Pero tal fidelidad es diversa de la conexión de un "término" con un "concepto", tal como suele verse en filosofía (y la teoría escolástica tardía de la *suppositio* es el primer signo de la conciencia de un íntimo problema lingüístico). Esos conceptos últimos y puros, si no responden a una especie natural ("caballo"), o a una definición formal ("silogismo", "raíz cúbica", "triángulos", "sulfato", "acorde", "menor", "legalidad", "unanimidad"), o a una convención usuaria ("mesa", "martillo", "zapato"), resultan *herméticos* al mismo tiempo que *universales*—"moral", "entendimiento", "vida", "espíritu"—, es decir, tienen tal vez una precisión nítida, intelectual, dentro del orbe interno de las ideas de un pensador; pero, de hecho, ateniéndonos sólo a la palabra como nos la podemos encontrar en la vida, resultan de una gran elasticidad, según los contextos vitales en cada ocasión. Cualquiera de los términos de la última serie enumerada admite una amplia variación analógica; por ejemplo, "moral": "El Real Madrid llegó al partido muy bajo de moral", "Tengo la seguridad moral de que será así", "Espectáculo altamente moral", "El imperativo moral kantiano", "La moral de los antiguos griegos", etc. Urban dice que en el uso metafísico del lenguaje, "las palabras y las frases deben ampliarse hacia una generalidad extraña a su uso ordinario", lo que podría también enunciarse en términos aparentemente opuestos: "deben restringirse a un sentido más preciso que el de su

uso ordinario", porque lo que se "generaliza" en universalidad de significado—es decir, de posibilidad de aplicarse con mayor exactitud—se "restringe" en campo semántico, en alcance: en cuanto usamos la palabra "sustancia" en la metafísica, adquiere más exactitud que en la conversación diaria, pero es justamente a costa de dejar de significar muchas cosas, por ejemplo, "sustancia" de un caldo.

Pues bien: todavía mayor restricción del lenguaje supone el usarlo precisamente en el plano "lógico" y no ya en el "metafísico"; desaparecerán muchas dimensiones, implecciones y matices, para quedarnos en una rígida y hueca armazón, que no coincide tampoco con las "líneas de fuerza" del lenguaje real. Y aquí queríamos venir a parar, porque la metafísica—otra vez en términos de Urban—es un "contexto último", un "contexto de contextos" (más bien que, como dijo Valéry, "un género literario especial": se ha hecho metafísica en diálogos, en poemas, en diarios íntimos y en tratados esotéricos). Pero el lenguaje lógico, el logicismo, en cambio, es siempre inconfundible e irreducible, y por esto hay una desarmonía íntima de lenguaje en la poética intelectualista, y por esto hay una desarmonía íntima de lenguaje en la poética intelectualista, y no por su posible horizonte metafísico (11).

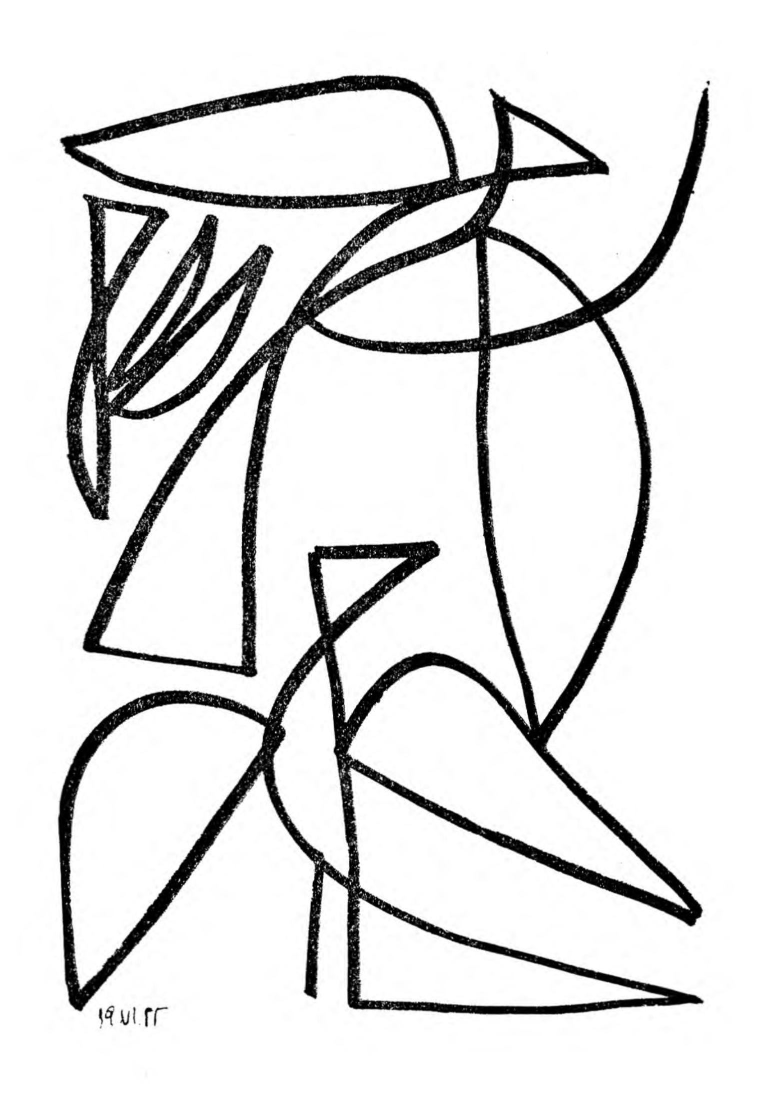
A nuestros efectos, esto quiere decir que la dirección "logicista", en la moderna poesía antirromántica, lleva en sí misma su objeción y su límite, en la entraña misma de su lenguaje. Al mismo tiempo, la otra dirección, la de la "poética de evasión", siempre quedará como solución parcial, porque, como señalábamos, para ser totalmente consecuente con su ideal tendría que privarse del uso del lenguaje, autoaniquilándose. El cierre de estos dos caminos, viniendo ya del previo desengaño del "intimismo" romántico, debe infundir sacro terror a quien pretenda investigar el ser de la poesía. Probablemente habrá que renunciar a una solución exclusivista, basada en poner el acento en una sola dimensión. No lo sabemos, sin embargo. En cualquier caso, siempre se puede seguir investigando sobre la poesía, se logre o no se logre ulteriormente elaborar una poética sistemática y doctrinal; quizá ahora con más abundantes resultados prácticos, si no se parte con una mira dogmática. Para una posible investigación

(11) La mejor ilustración de esto es la escuela lingüística llamada "de Viena", que, en conexión con los logicistas ingleses, pretendió remontarse a un lenguaje fijo, de convención matemática.

futura vamos a anotar ahora, después de haber recogido apuntes de una experiencia histórica, otras diversas circunstancias y consideraciones preliminares.

(Concluirá.)

José M.ª Valverde.
Benedicto Matéu, 55.
BARCELONA (España).



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: NEGOCIO DE ILUSOS

En los primeros días del mes de mayo se alzó en Alemania la voz de un anciano que el mundo respeta y admira. Fué con motivo de la primera visita que Sir Winston Churchill hacía a un país que, si algo le debe, es la derrota. El líder británico había ido a Alemania para recibir, en la ciudad imperial de Aquisgrán, el homenaje que se rendía a su "espíritu europeo". Contestando a los discursos de elogio y adulación que con tal motivo se pronunciaron, Sir Winston pronunció, a su vez, unas palabras, del más bello estilo churchiliano, que tenían una significación política profunda. Y es que, en él, la pasión por la oratoria no es un mero amor al arte por el arte. Dueño y señor de los resortes del lenguaje, él siempre habla para decir algo. Y, a pesar de no ocupar ya ninguna posición oficial, sus posturas políticas siguen teniendo todavía un gran peso, debido a que él continúa dominando, con su alta talla, el panorama nacional inglés.

Y lo que vino a dar importancia al discurso de Sir Winston fué su "nuevo" modo de abordar la solución del problema de las relaciones con la U. R. S. S. Y al decir "nuevo", no damos a la palabra un sentido estrictamente literal. Porque la fórmula preconizada por el *elder Statesman* británico ya había sido propuesta, mucho antes, por el dúo Jrushchov-Bulganin. También éstos pedían que se admitiera a la U. R. S. S. dentro de las alianzas de los países occidentales. Lo sorprendente de las palabras de Sir Winston fué el haber vuelto a proponer, por su cuenta y razón, un plan que los occidentales habían rechazado con horror en las conferencias anteriores.

A primera vista, esta sugerencia parece totalmente absurda. La admisión del enemigo dentro de la propia alianza equivale a la muerte de ésta. La N. A. T. O. no tiene sentido sino en cuanto que se opone a la U. R. S. S. Suprimida esta finalidad, que, además, no pasa de ser negativa, no tiene la menor razón de ser. La inclusión de Rusia dentro del sistema de la Organización Atlántica equivaldría, pues, a la disolución de ésta. Pero lo que más sorprende en el "plan Churchill" es la alusión de éste a la posibilidad de llevar a cabo este revolucionario cambio político aún antes que se vieran logradas las condiciones mínimas de seguridad para el mundo occidental. Tal es lo que se deduce de sus palabras cuando afirma que este gesto facilitaría la reunificación de Alemania. Lo cual supondría dejar desmantelada la alianza occidental, sin que los rusos dejaran, en ningún momento, de seguir manteniendo su posi-

ción dominante sobre el Elba. Esto no significa ya ser víctima del caballo de Troya, sino invitarlo adrede a que avance entre nuestras murallas.

Ya sólo el contrasentido que implica esta propuesta ha escandalizado a no pocos observadores, tanto más cuanto que nadie puede acusar de necio a Sir Winston. Si es cierto que el político inglés ha sido más de una vez víctima de su desbordada fantasía, también es verdad que en ningún momento ha dejado de defender los intereses ingleses. Si a veces ha sacrificado a otras naciones, incluso a naciones aliadas, siempre actuó como paladín acérrimo de la corona británica y defensor de su integridad. Por esta razón, creemos que sería un gran error interpretar el nuevo "plan Churchill" en el sentido que le presta su apariencia exterior. Nos parece evidente que sus palabras, tan sencillas y directas, encierran un sentido más profundo, y que detrás del plan de Londres—porque no hay duda de que se trata de un plan londinense—se esconde una idea de carácter general, que habrá de estudiarse más adelante.

Hoy, la política exterior de las potencias anglosajonas está a menudo influída por consideraciones de orden interno. Cosa detestable es ésta; pero también es, desgraciadamente, el precio a que han de pagar su sistema político, el cual, en compensación, ofrece otras ventajas. Ahora bien: Norteamérica se encuentra actualmente en plena campaña electoral. A su vez, Inglaterra está atravesando una crisis política. Desde las elecciones, el Gobierno de Eden ha perdido mucho de su antigua popularidad, como lo ha demostrado, bien a las claras, el resultado de las últimas elecciones municipales. Viene a agravar este mal el aflojamiento de la disciplina en las filas de los diputados conservadores, sobre los cuales Eden no tiene ya la autoridad e influencia que tenía hace sólo unos meses. Va ganando terreno el malestar provocado por su política imperial y su modo de abordar los problemas internacionales. Por todo esto se comprende que ni Wáshington ni Londres deseen en estos momentos que se creen nuevos problemas. Lo que desean es la calma y, cuando menos, una apariencia de paz y de tregua que les permitan restablecer su situación interior. Por eso, cuando en estos países se proponen planes políticos—por lo menos los de largo plazo—, no se hace con el propósito expreso de que lleguen a realizarse totalmente, sino más bien para ir creando una atmósfera favorable dentro del ámbito nacional.

Pero por encima de estas consideraciones de orden inmediato existe también una idea política de alcance mundial, una nueva especulación, que está ganando terreno, especialmente en Londres.

En los círculos de la capital inglesa existe una creciente esperanza de que se produzca un conflicto entre Moscú y Peiping. Creen ver cierta tensión entre estas dos capitales, y, por eso, se comprende que los que entrevén la eventualidad de un serio conflicto, hagan cuanto esté en su poder para ahondar el cisma entre las dos grandes potencias comunistas. De este modo se hace lógica la invitación hecha a Moscú. Al incorporar al Kremlin a una alianza de naciones europeas y americanas se pretende crear una discordia entre los comunistas, un conflicto Europa-Asia, que hasta ahora no había hecho, apenas, más que servir a la causa revolucionaria. Así, pues, se trata nada menos que de un intento de vencer a los comunistas con las armas que ellos mismos habían forjado.

* * *

Si ésta es la idea que sirvió de base a la sorprendente proposición de Churchill—cosa que nos parece lógica—, nos importará mucho estudiar las premisas mismas que constituyen su punto de arranque. Si la especulación sobre un conflicto entre Peiping y Moscú ha de ser la base de una política, a nosotros nos toca indagar si esta política está o no justificada.

Comenzaremos por reconocer que hay señales evidentes de que existe cierta irritación entre Peiping y Moscú. Mao Tse-Tung ha seguido con paso tardo, como a remolque, la consigna de desestalinización. En toda la política asiática del Bloque Comunista se nota claramente una cierta vacilación. En aquellos puntos en que se tocan la influencia rusa y la china—en la zona de las Indias, por ejemplo—, la línea divisoria entre las dos no aparece ya tan clara y definida como en tiempos pasados. Sin pretender exagerar la importancia de estos fenómenos, casi podríamos afirmar que, de un lado, existe una facción partidaria de Moscú, y, de otro, una facción partidaria de Peiping. Y si bien no hay discrepancia alguna entre las dos en cuanto al programa ideológico, sí la hay, y bien clara, en cuanto al criterio táctico. El Congreso del partido comunista indio, celebrado en Palghar a finales de abril, nos ha suministrado a este respecto algunos indicios bastante interesantes.

Pero, por otra parte, los contactos entre Moscú y Peiping siguen siendo tan frecuentes y cordiales como lo eran antes. Y, dentro de la esfera económica, continúa la interpenetración de los dos Imperios. Recordemos que, muy recientemente, los dos países decidieron aumentar en más de un 30 por 100 sus intercambios comer-

ciales. Además, en los planes de desarrollo económico del Tibet y de la provincia de Sinkiang, se está intensificando la colaboración íntima entre los dos grandes Estados.

Vemos, pues, que aquí existen indicios contradictorios. Por eso creemos que sería por lo menos imprudente basar una especulación de política de gran alcance sobre unos cimientos tan débiles. Por otra parte, llegaremos a esta misma conclusión si nos fijamos en la marcha de las grandes tendencias políticas.

Es indudable que la actual integración de dos grandes potencias mundiales dentro del Bloque Soviético hace las operaciones de éste más difíciles. En los tiempos en que el Kremlin podía dictar órdenes a débiles satélites, era relativamente fácil adoptar decisiones. Un solo hombre, sentado en el Kremlin, dictaba toda la política a seguir. Hoy, en cambio, casi pudiéramos decir que la política exterior del Bloque Soviético está bajo una dirección colectiva. La fuerza de Moscú no es muy superior a la de Peiping. Además, tienen forzosamente que darse intereses encontrados, como en Occidente ocurre entre Londres y Wáshington. Se verán obligados a conciliar puntos de vista divergentes, lo cual exige paciencia y negociaciones. Pero esto crea, al mismo tiempo, cierta ficción. De aquí resulta, al menos en principio, la posibilidad de que llegue a producirse un verdadero conflicto entre Peiping y Moscú.

Y, a propósito de esto, solemos olvidar, con demasiada facilidad, un hecho tan importante como incontrovertible. En nuestro mundo occidental se habla a veces de una amenaza china contra Siberia: en un lenguaje de bellas imágenes y estilo poético se nos quiere hacer ver la creciente presión que ejercen centenares de millones de asiáticos, ansiosos de extenderse por una Siberia apenas poblada y dominada por una potencia colonialista europea. Demasiado hermoso para ser verdad, a nuestro juicio; un estudio detenido de la historia china nos enseñará que semejante eventualidad nada tiene de probable, ya que China vuelve, tradicionalmente, su rostro hacia el Sur.

Los pueblos están sometidos a la influencia de grandes corrientes: no es sólo el mar el que tiene su *Gulf-Stream*. Las naciones se mueven en direcciones geográficas que no es difícil descubrir. Así, los pueblos árabes tienen, tradicionalmente, la tendencia a una expansión hacia el Norte. En cambio, los chinos tienen su centro de gravitación hacia el Sur. Hoy, lo mismo que ayer, el régimen chino, a pesar de estar bajo un Gobierno tan ferozmente autoritario como el de Mao Tse-Tung, tiene que hacer frente a las mismas dificultades con que, antes que él, habían tropezado las grandes dinas-

tías. Los funcionarios y técnicos chinos se niegan a dejarse trasladar a las provincias del Norte. Y en esta decisión apenas hacen mella promesas ni amenazas.

Y esto es lógico, pues si, por una parte, la Siberia oriental es pobre, especialmente en productos agrícolas, por otra el potencial económico del sureste de Asia resulta muy tentador para las masas hambrientas de China, las cuales encuentran allí medios de subsistencia con mucha mayor facilidad. Además, aquella región está, en proporción, tan vacía de pobladores como lo está Siberia en el Norte: Vietnam, Laos, Camboya, Siam, Birmania y la mayor parte de las islas indonésicas tienen una población muy escasa, dado su territorio y su capacidad de absorción. La conquista de esta zona daría a las masas chinas un territorio de colonización y un medio de vida durante siglos. No es extraño, pues, que la atracción que sobre ellos ejerce sea infinitamente superior a la que puedan tener los desiertos de nieve y los bosques del Norte.

De estos hechos se infiere que, aun cuando existan puntos de fricción, dista mucho de ser inevitable ese posible conflicto entre Peiping y Moscú. Lo creemos sencillamente posible, pero todavía no probable. Bien pudiera ocurrir que el Occidente encontrará ahí la gran baza. Pero basar una política en una esperanza tan remota nos parece, por lo menos, arriesgado.

* * *

Y si los argumentos que parecen ser el móvil de la política preconizada por Londres son, como vemos, de una validez muy dudosa, por otra parte la tentativa de separar entre sí a las grandes potencias comunistas mediante la novedad de una amistad con la U. R. S. S., encierra para el Occidente peligros a los que sería fatal cerrar los ojos.

En primer lugar, existe en los países llamados satélites una opinión pública, que es preciso no olvidar. Estos Estados europeos no han aceptado el comunismo por su libre voluntad: éste les ha sido impuesto por los acuerdos de Yalta, en los que ellos no han tenido parte ni voz. Fueron las grandes potencias occidentales las que entregaron al poder de Stalin a 120 millones de europeos.

Estos países continúan luchando, a pesar de todo, por reconquistar su independencia. Luego, la rectificación política llevada a cabo por las potencias occidentales vino a infundirles una nueva esperanza. En este aspecto hay que destacar, sobre todo, la con-

signa "política de liberación" dada por Foster Dulles, la cual ha tenido una hondísima repercusión detrás del telón de acero.

También hay que recordar que este recrudecimiento de la rebeldía contra los rusos ha sido una de las grandes causas que obligaron al Kremlin a cambiar algunos de sus planes tácticos. Si Moscú no se ha atrevido a lanzarse a la empresa de conquistar el resto de Europa, ha sido principalmente por las enormes dificultades con que tropezó en su intento de absorber a los europeos del Este.

A pesar de su arrojo y valentía, estas naciones necesitan una ayuda moral que les dé alientos. Después de todo, ellas luchan por su propia liberación y no por mantener al mundo libre en su actual opulencia material. Ya sólo aquella actitud pasiva de los occidentales frente al heroico levantamiento de los obreros, que tuvo lugar en Alemania oriental el 17 de junio de 1953, constituyó un golpe durísimo para aquellos pueblos: el hecho de que se hubieran limitado a aplaudir sin hacer siquiera el ademán de dar un paso al frente, había sido una desilusión cruel. A esto vino luego a añadirse la coexistencia pacífica y el espíritu de Ginebra, gestos que los pueblos de la Europa oriental consideran como actos de deserción. El espectáculo que ofrecieron los dirigentes occidentales riéndose, bebiendo copas y más copas de champaña y hartándose de caviar mano a mano con los verdugos de los pueblos cristianos del Este, tenía forzosamente que escandalizar a las conciencias más obtusas. Por su parte, los amos comunistas tuvieron buen cuidado de llamar la atención de sus víctimas sobre esta traición perpetrada por el mundo libre.

Si ahora llegara a producirse un nuevo gesto como el que propone Sir Winston Churchill, es casi seguro que inferiría un golpe mortal al espíritu de resistencia de los pueblos del este de Europa. Tal gesto sería la muerte de la última esperanza; al mismo tiempo, haría desaparecer las inmensas dificultades con que tropezaba el Bloque Soviético y aniquilaría todo lo que para la seguridad de Occidente ha significado esta lucha subterránea de 120 millones de seres humanos. Ya no habría modo de remediar esta situación si un día llegara a cambiar la coyuntura internacional.

En segundo lugar, es seguro que se producirían también cambios en el mundo occidental. Una gran parte de la relativa seguridad interior de que disfrutan las democracias occidentales se debe a que, en todos estos países, los partidos comunistas han sido recluídos dentro de un *ghetto* moral. Aislados del resto de los ciudadanos, apenas les quedaba ya la posibilidad de hacer prosélitos o de engañar a incautos. De ahí el estancamiento en que actualmente

se encuentra. Y de ahí también el que hayan adquirido tan mala reputación como "partido importado del extranjero".

Pero si, de pronto, se admitiera a la U. R. S. S. en el seno de las alianzas occidentales, automáticamente se producirían cambios en el orden interno. Desde que comenzó a ponerse en práctica la coexistencia activa, han vuelto a asomar la cabeza las viejas ideas de los Frentes Populares. Si esta coexistencia activa diera un paso más hacia adelante, desbordando la fase actual, ya no habría medio de impedir la formación de Frentes Populares en puntos tan críticos como Francia o Italia. Fácil es prever las consecuencias políticas que este fenómeno acarrearía si llegara a producirse.

Finalmente, es más que probable que esta violenta alteración de las alianzas occidentales conduciría al desarme unilateral y efectivo de los países democráticos. Si algunos Gobiernos han aceptado, sólo para defenderse, los durísimos sacrificios que impone un Ejército en pie de guerra, lo han hecho por temor a Rusia. Si este temor llegara un día a disiparse—al menos "sobre el papel"—, los pueblos occidentales, enervados por una prosperidad sin precedentes, exigirían el desmantelamiento de sus instalaciones y defensas militares. Por su parte, Rusia fomentaría este estado de espíritu mediante gestos puramente simbólicos, como el que ha hecho Jrushchov el 14 de mayo; pero lo que ocurriría en realidad sería que el Ejército Rojo, casta dirigente de la U. R. S. S., retendría en sus manos la esencia misma de su fuerza, la cual iría aumentando en la misma proporción en que los occidentales fueran reduciendo las fuerzas de la guardia que tenían montada para su defensa.

* * *

Así, pues, la idea de la inclusión de Rusia en las alianzas occidentales presenta inconvenientes de orden muy práctico y real. Creemos que éstos no están, en modo alguno, compensados por las ventajas sobre las que se especula. Se abandonarían posiciones reales y tangibles a cambio de bellas perspectivas para el futuro, sobre las que ni siquiera hay seguridad. Y esto se llevaría a cabo precisamente en un momento en que una política más realista, más a ras de tierra, hubiera podido dar espléndidos resultados.

Porque es muy probable que hoy estemos en presencia de una crisis real detrás del telón de acero. Esta crisis está ciertamente dentro de lógica de los hechos. Todo régimen pasa por estas crisis, como todo hombre pasa por sus fases de enfermedad. Esta crisis,

naturalmente, es mucho más grave para la vida de un Estado totalitario que para la de una comunidad basada en el derecho natural. Además, por esta misma razón, la desestalinización y las sucesivas caídas de numerosos jerifaltes comunistas son fenómenos del más alto interés para nosotros. Rusia está pasando por un momento de debilidad; pero no es un momento mortal, de suyo.

La gravedad de una crisis como ésta depende lo que, frente a ella, hagan los adversarios. Sabemos muy bien que, si el mundo libre se encontrara en un aprieto semejante, el Kremlin no vacilaría un instante en aprovechar su ventaja sin tomar aliento. Todo boxeador sabe que cuando el adversario comienza a flaquear, hay que emplearse a fondo apresurando el resultado de la lucha. Sólo así se consigue la victoria.

Pues bien: lo que en estos momento se propone con la nueva fórmula es dar al adversario que está flaqueando el respiro que él necesita. A cambio de una quimera, se quieren abandonar ventajas muy reales y dar al Kremlin una oportunidad no sólo para reponerse, sino incluso para sacar provecho de su actual crisis y aumentar su futuro poderío. Abandonar la política de liberación en el momento en que ésta comienza a dar sus frutos, es, por tanto, realizar un auténtico negocio de ilusos, víctimas de una trampa. Es evidente que los dirigentes del Kremlin no harían lo mismo si se vieran en nuestro caso. Esperemos que, antes que sea demasiado tarde, el mundo occidental se decidirá a escuchar la voz del más grande de los estadistas europeos: el canciller Adenauer. Porque si hay un hombre que, a lo largo de los años, ha sabido conservar su sano juicio, ese hombre es Adenauer. Cuando el mundo entero está vibrando con el eco de los gritos de coexistencia, el jefe de la nueva Alemania hace oír la voz de la razón. En este aspecto, el viaje de Adenauer a Wáshington tendrá una importancia decisiva.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

LA TRANSFORMACION SOCIAL DEL CONQUISTADOR

Un libro más acerca de la conquista de América (1). Un libro breve, sin excesivas pretensiones, ayuno de aparato bibliográfico,

---

(1) *La transformación social del conquistador*, por José Durand. México, 1953; 90 págs. (Colección "México y lo mexicano".)

pero apoyado en excelentes referencias y citas y con un contenido hondamente sugestivo. Claro, expresivo e interesante, al hilo de su lectura nacen inevitables algunas preguntas: ¿Por qué no se han escrito entre nosotros obras como ésta? ¿No habrán estado nuestros americanistas demasiado apegados a la letra de la Historia en menoscabo del espíritu y del fruto? Bien están las horas indagadoras de archivo, el repaso minucioso de legajos, la comparación detenida de fuentes, pero sin olvidarnos de que esto no es todo. Que el papel del historiador es más hondo, más arduo que la simple acumulación de datos y noticias. Como señala Zubiri, "la Historia ha de tratar de instalar nuestra mente en la situación de los hombres de la época que estudia", y, por tanto, al historiador corresponde "repetir mentalmente la experiencia de aquella época".

¿Cómo fué la primera sociedad española en Indias? Esta es la pregunta que pretende contestar el autor del libro que comentamos, el cual se inicia con la condenación de ese prejuicio—aún no del todo extirpado—, según el cual los conquistadores no pasaban de ser "secta de malvados, hampa internacional, bestias sedientas de oro".

Frente a este prejuicio es preciso plantearse el hecho de la conquista "desde dentro", contemplándola a través de los ideales del propio conquistador e inquirir cuáles fueron sus reacciones ante el inédito espectáculo humano, geográfico, general que le deparaban las nuevas tierras por su esfuerzo descubiertas para la mirada occidental.

¿En qué medida y con qué ritmo se fué produciendo la incorporación del español al medio americano? Las distintas investigaciones parecen convenir en la afirmación enunciada por Ortega en Buenos Aires en el año 1928: "No es preciso aguardar a la primera generación nacida ya en el nuevo espacio, sino que el mismo colonizador, si permanece unos años tierra adentro, sin frecuente contacto con nuevas promociones de emigrantes, comienza a los cinco o seis años a ser un ente distinto del que era." Se siente pronto arraigado en el nuevo marco, ganado las más de las veces con sudores y esfuerzos heroicos, y no es infrecuente se pronuncie hostilmente frente al español que, pasados los años difíciles de población y colonización, pretende asentarse.

De ahí la tensión percibida en seguida entre los primeros conquistadores o pobladores y los después llegados, los despreciativamente llamados "chapetones" o "gachupines". Los criollos se sentían "otra cosa", dice Durand; algo muy distinto del gachupín en carácter, maneras, ambiciones y costumbres. Uno de los textos

más expresivos y que no creo haya sido suficientemente comentado es aquel del doctor Juan de Cárdenas que, en su obra *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, publicada en Méjico en 1591, escribía: "Para dar muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio quiero que comparemos a uno de los de acá con otro recién venido de España, y sea ésta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en alguna de estas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, sólo en compañía de cuatro labradores, y sea asimismo el cachupín o recién venido de España criado en aldea, y júntense estos que tengan plática y conversación el uno con el otro: oiremos al español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta; al contrario, verán al chapetón, como no se haya criado entre gente ciudadana, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea." Líneas después, el doctor Cárdenas cuenta en apoyo de su afirmación esta deliciosa anécdota: "Acuérdome una vez que haciéndome ofertas cierto hidalgo mejicano, para decirme que en cierta forma temía poco la muerte, teniéndome a mí por su médico, sacó la razón por este estilo: Devanen las Parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarle, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le sabrá bien anudar."

Esta prontitud en incorporarse al nuevo medio, en "transformarse", era causa y consecuencia—a la vez—de la rapidez con que se llevó a cabo el descubrimiento, población y, en su caso, conquista de América. Aquella empresa fué una hazaña de hombres jóvenes y esforzados, a los que animaban en su descomunal empeño altos y distintos ideales. Los capítulos del libro comentado contienen en sus títulos el catálogo de estos ideales: Ir a valer más; El ansia de oro; El afán de honra; La ambición de nobleza.

Ideales asentados en hombres de carne y hueso, con ánimo de aventura a la vez que con hondísima humanidad. Y con amor a la patria que quedaba tras el océano, a la tierra a la que se escapaban nostalgias y suspiros en los momentos de cansancio y melancolía: "¡Así Dios me lleve a Castilla!", exclamaban los añorantes, según testimonios de Motolinia y Las Casas.

Y amor a las cosas, a los animales, a los juegos que recordaban la vida anterior. Por ejemplo, aquella página ternísima del inca Garcilaso: "No por necesidad, que no la había, sino porque reme-

dasen en todo a los de España; y era esta ansia y sus semejantes tan ansiosa en aquellos principios, que con no haber para qué, no más de por bien parecer, trujo un español desde el Cuzco hasta los reyes [un cachorrillo mastín], llevándolo metido en una alforja que traía colgada en el arzón delantero; y a cada jornada tenía nuevo trabajo, buscando leche que comiese el perrillo." Y concluye el inca: "Estos trabajos y otros mayores costaron a los principios las cosas de España a los españoles."

¿Quién duda que sólo por altos ideales podía superarse la nostalgia, el cansancio, las dificultades sin cuento, el hambre, las enfermedades, la incertidumbre? La empresa era desproporcionada a las fuerzas humanas. Causa verdadero pasmo pensar que aquellos puñados de hombres se atreviesen a enfrentarse con adversarios muy superiores en número, fundasen y organizasen pueblos y ciudades, recorriesen miles de kilómetros. ¡Qué bellas las palabras de Bernal Díaz del Castillo frente a tanto juicio empequeñecedor!: "Por servir a Dios, a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos." O aquellas otras que nos transmite el cronista López de Gomara: "La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco."

Parece innecesario insistir en que los distintos motivos fueron entremezclados y confundidos. Los dos testimonios citados lo dicen bien a las claras. Por eso mismo faltan a la verdad los que afirman la primacía del ansia de oro como estímulo para la empresa indiana. Causante principal de esta y de otras deformaciones fué el padre Las Casas: "Ninguno acá pasaba—escribe—sino, para cogiendo oro, desechar su pobreza, de que en España en todos los estados abundaba." Esta idea se haría tópico con el que Europa entera pretendería poner sombras en la acción española en el Nuevo Mundo. Con sutil agudeza ha comentado Ortega: "Quien conozca los secretos del alma española dudará siempre y a límite de la interpretación que se dió en Europa a las hazañas de nuestros conquistadores. Sajones y franceses titularon aquella formidable y loca empresa "la sed de oro". Yo sospecho que la verdad es más bien inversa. Porque el europeo de entonces—comienzo de la era capitalista—sentía una fabulosa sed de oro, según luego se ha demostrado; no podía imaginar que aquellos españoles cumpliesen sus hazañas por otros motivos."

No era fácil—en cambio—para el europeo de la época comprender el sentido religioso y misional que presidía las más de las

actuaciones de los conquistadores y pobladores. Los excesos y los errores indudables de muchos engendraron—en ocasiones—penitencias prontas y enmiendas sinceras. (Un ejemplo, y bueno, el propio padre Las Casas.)

Cuando se habla de la codicia parece olvidarse que correspondía a la iniciativa privada el sostenimiento y financiación de las empresas de conquista y población. Durand recuerda que todos los grandes caudillos aventuraron su hacienda en tan rigurosas campañas, y muchos la perdieron, como Pánfilo de Narváez en la Florida, o como Hernando de Soto en el mismo lugar y junto con la vida.

Mucho más que la sed de oro importaba el afán de honra. Colón había dicho en Sevilla, a los que pretendían embarcarse con él, que eran muchas las penalidades que les aguardaban. "A lo cual todos respondían—escribe—que a eso venían, y por ganar honra en ello." Y Hernán Cortés, en una de sus cartas al emperador, le dice: "Oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me veían, que si yo era loco y me metía donde nunca podría salir. Y muchas veces fuí de esto requerido, y yo les animaba diciéndoles que eran vasallos de Vuestra Majestad, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó."

Y con la fe predicada y extendida, con la honra deseada, con el oro apetecido también servía de espolique la ambición de nobleza. Un buen modo de ganar nobleza era el de las armas, el de la acción guerrera. Y aquellos segundones que pasaban a las Indias ardían en deseos de alcanzar títulos merced al esfuerzo triunfante de su campaña. Igual pretendían el ignorado labrador o el humilde criado. Así lo consiguió un bastardo y analfabeto, pero valiente soldado y singular hombre que llegó a marqués: Francisco Pizarro. Como bien escribía Bernal Díaz, si grandes fueron los hechos que dieron blasones y palacios a los caballeros medievales, "nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron."

Muchas más anotaciones y comentarios sugiere este breve y apretado libro. Algunas de las observaciones habrían de dedicarse a puntualizar tal o cual juicio apresurado y despectivo que se le ha escapado al autor. Quizá no ha valorado suficientemente el sentido religioso que animó y confortó a conquistadores y misioneros y fué proyectado a la sociedad naciente. Pero, en conjunto, el libro cum-

ple muy honestamente con el propósito que lo inspiró. Su lectura contribuye a un más cabal conocimiento de uno de los aspectos más sugestivos y, a la par, necesitado de esclarecimiento y de análisis de aquel gigantesco suceso que fué el descubrimiento y la colonización de América.

ANTONIO LAGO CARBALLO

COLOQUIOS SOBRE CULTURA NORTEAMERICANA

Organizados por John T. Reid, agregado cultural de la Embajada de Estados Unidos en España, a finales de abril se celebraron en Santiago de Compostela unos "Coloquios íntimos de estudios norteamericanos", con asistencia de una veintena de escritores y científicos españoles y norteamericanos.

El temario de la reunión incluía cuatro puntos: poesía norteamericana, teatro norteamericano, perspectivas para el uso pacífico de la energía nuclear y problemas de política exterior norteamericana. Mistress Leonie Adams, Vicente Ventura, el profesor Miguel Masriera y Manuel Fraga Iribarne fueron ponentes en los respectivos temas, y la experiencia de plantear el debate entre especialistas y profanos (pues todos éramos lo uno y lo otro, según el tema discutido) produjo resultados estimables.

Por de pronto, los especialistas se esforzaron en ser claros, informativos y precisos, resumiendo con la posible brevedad el estado actual de los asuntos expuestos y señalando los puntos polémicos más interesantes. Mistress Adams, poetisa distinguida, pronunció una conferencia sobre la situación actual de la poesía en Estados Unidos, y seguidamente discutimos si puede hablarse de un acento norteamericano en la poesía, cuál es la relación o conflicto entre lo nacional y lo universal y cuáles las direcciones más importantes de la lírica en aquel país. Como complemento, el recitador Manuel Montoro dijo algunos poemas de líricos norteamericanos y españoles.

En cuanto al teatro, la exposición de Ventura sirvió de punto de partida para una breve discusión, centrada en parte sobre los dramas de O'Neill. Fraga Iribarne animó el debate al preguntar si el teatro no estaba siendo sustituído por el cine; si no se había convertido en cine. Yo me permití hacer algunas aclaraciones a la cuestión. Reducidas a escueta enumeración, las recordaré aquí,

pues no por obvias parecen menos olvidadas: 1. El teatro fotografiado no es el cine. 2. El cine subordina el texto al resto; el teatro, no. 3. En el cine, el gesto es más importante que la palabra; en el teatro sucede lo contrario. 4. En el cine, el actor no actúa como tal; se limita a vivir. 5. Una cosa es la acción dramática, propia del teatro, y otra el movimiento cinematográfico. (Sin contar el aspecto industrial del cine, problema aparte.)

Al margen de las discusiones, John T. Reid informó de las interesantes experiencias teatrales realizadas en Universidades y centros de provincias, donde, como reacción a la escena comercializada de Broadway, tuvieron acogida en el pasado las obras de los dramaturgos renovadores, que más tarde se impusieron al público.

Fraga Iribarne presentó en forma sistemática y clara su estudio sobre política exterior norteamericana, dividiéndolo en tres partes: *a)* Los Estados Unidos en busca de una política exterior. *b)* Los problemas internos de esa política. *c)* Los problemas de la política exterior propiamente dichos. Los últimos los subdividió en políticos, estratégicos, económicos y psicológicos, incluyendo entre estos últimos la organización del asentimiento, ya que no puede contarse con las naciones, organizadas en democracia internacional, sin convencerlas previamente del espíritu de justicia y la buena fe con que se actúa.

William L. Schurz, prestigioso economista norteamericano, especializado en cuestiones de agricultura, intervino en el coloquio para recordar que no podía entenderse la política de su país sin entender los ideales y el modo de pensar de sus conciudadanos. Los norteamericanos—dijo—quieren vivir y dejar vivir. Una de sus características es el oportunismo. Son, a la vez y sin conflicto, del modo más natural, idealistas y realistas. Es preciso captar bien que esto es el resultado de una integración y no de una contradicción.

El profesor Miguel Masriera expuso las perspectivas para el uso pacífico de la energía nuclear, y los también profesores Batuecas, Ibarz y Fernández Alonso completaron la información, apuntando la revolucionaria trascendencia de los experimentos en curso. El doctor Pérez Modrego estudió la aplicación de la energía nuclear a la medicina, y en una extensa intervención, que tuvo literalmente en suspenso al auditorio, explicó las posibilidades exploratorias y terapéuticas derivadas del empleo, con fines médicos, de esa energía.

A continuación se proyectaron películas documentales sobre la estructura del átomo, la transmutación artificial de los átomos, el

uso de isótopos radiactivos en la agricultura, la industria y la medicina.

Míster Reid cerró las conversaciones, felicitándose de los buenos resultados obtenidos en cuanto al intercambio de ideas y puntos de vista y al interés demostrado por los concurrentes en discutir los asuntos del temario con el mejor deseo de contribuir en alguna medida a precisar las cuestiones estudiadas.

R. G.

ALFONSO REYES Y SU *VISION DE ANAHUAC (1519)*

Encontramos en Hispanoamérica con frecuencia a hombres que poseen un raro saber clásico; hombres de cultura alquitarada, nueva y actual, pero con regusto de siglos, sólo posible gracias a un esfuerzo y a una tradición continuada de amor intelectual. Las obras de estos hombres, aparte de su valor cultural inmediato—el puesto que ocupan en el avance de nuestra cultura, los problemas que suscitan o resuelven—tienen un valor perenne de cultura lograda, posada y—¿por qué no?—de fiesta del espíritu. Quizá en España—siempre en la brecha—no hemos tenido tiempo bastante para reposarnos en la gran serenidad de la obra jugosa y ponderada, y esto a pesar de que entre nosotros vivió—y ya sabemos cómo vivió—el poeta fray Luis de León.

Hace unos días, al abrir el libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, en la edición castellana del Fondo de Cultura Económica, vi la espléndida fotografía de P. H. U., allí colocada como homenaje del editor: nobleza intelectual, simpatía; pero, sobre todo, rasgos inconfundibles de indio, o más bien de mestizo, que no desmiente su linaje. Después, la prosa tiene sabor ático o, quizá mejor, humanista: buen augurio.

No sé cuál será el aspecto físico de Alfonso Reyes, pero su prosa tiene el mismo grato sabor de humanista clásico. Así, en efecto, con Italia y el Renacimiento se inicia este extraordinario librito *Visión de Anáhuac (1519)*. (Pero antes, en función previa de avisador, Alfonso Reyes nos suspende con un gran gesto aforístico: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire".)

Visión de Anáhuac es un libro estático: colección de viñetas evocadoras del Méjico de 1519, cuando se presenta el conquistador

blanco, que tan radicalmente había de cambiar el destino del país.

La primera viñeta describe el país tomando como fuente el libro *Delle Navigationi et Viaggi*, de Giovanni Battista Ramusio, publicado en Venecia en 1550. Con su fina sensibilidad, Alfonso Reyes nos describe las estampas de este libro: "Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del Tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados. Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac." En suculenta prosa—nunca mejor el adjetivo—, Alfonso Reyes va enumerando—engarzando—las plantas típicas de Méjico. Todo ello animado de vida y de sabiduría vital, que a veces alcanza plásticos efectos: "En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca." No sé por qué esta prosa exuberante se hermana con la de *La lámpara maravillosa,* de Valle-Inclán: ambos libros son rigurosamente coetáneos. (Y también con los apartes descriptivos de *Tirano Banderas,* obra posterior.)

Viene después un intermedio, leve censura, sobre la desecación del valle. Y a continuación una lección de paisajística americana: "Nuestra Naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse." (No obstante, Alfonso Reyes lo hace, y magníficamente.) "Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro." Por eso ha dicho antes que se trata de "una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente". Pero ya llegan a la ciudad los hombres de Cortés: "Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba, ululando, la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor."

Es la segunda viñeta, vista por los ojos asombrados de Bernal Díaz, de Cortés y sus compañeros: "Oyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas *xés,* esas *tlés,* esas *chés* que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel." (Obsérvese la soberbia calidad de esta prosa.) La ciudad: templo, mercado y palacio del emperador. "El

emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según es fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería: de garzas, milanos, cuervos y picazas" ... "Cuatro veces el conquistador anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma; cuatro veces renunció, fatigado."

Después viene un ensayo de interpretación del alma indígena a través de sus manifestaciones, y una especie de breve antología de lo poco que se ha conservado—o reconstruído—de la poesía indígena, que tomada por obra hecha para honrar a los demonios fué silenciada por el conquistador, hasta hacerla desaparecer. *("Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores" ... "Al pasar oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores" ... "El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido...".)*

Tras esta poesía de la Naturaleza, Alfonso Reyes escribe su fe: "... nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la Historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural."

Este librito, fechado en Madrid en 1915, muestra una envidiable madurez del alma mejicana. Ha conocido cuatro ediciones: San José de Costa Rica, 1917; Madrid, 1923; Méjico, 1944; la cuarta, de "El Colegio de Méjico" (Méjico, 1953), bien merecía un comentario.

ALBERTO GIL NOVALES

UN CATOLICO VA AL CINE

Con dos citas—procedentes de campos opuestos, pero sumamente significativas las dos—se abre este libro de José María Pérez Lozano (1). Una es de Lenin: "Si queréis cambiar la manera de pensar del mundo lo debéis hacer por medio del teatro y del cine." La segunda cita es de Pío XII: "El cine va a llegar a ser el más

(1) José María Pérez Lozano: *Un católico va al cine*. Colección Remanso. Juan Flors, editor. Barcelona, 1956.

grande y más eficaz medio de influencia ideológica, más aún que la misma prensa." Este pórtico nos indica que su autor desea enfrentarse seriamente con el tema cinematográfico. Y una lectura atenta del libro nos convence de que ha conseguido—nada más y nada menos—inquietarnos en torno al cine. Pero estas líneas no van a ser de crítica, sino de recensión, por lo cual dejamos los juicios a un lado para ofrecer al lector unos cuantos aspectos de la obra, en plena línea de actuación eficaz del editor Juan Flors, de Barcelona.

Ante todo, Pérez Lozano señala y prueba la influencia extraordinaria del cine en los hombres y las mujeres de todo el mundo. Las cifras son conocidas de todos y no vale la pena repetirlas. Lo que sí importa subrayar es la clara consecuencia de este poder del cine: una necesidad de convertirlo en instrumento para el bien. Quedan desechadas, pues, todas las posturas de avestruz—más numerosas de lo que pudiera creerse—, según las cuales el cine es algo tan horrendo y tan envilecido que no merece ocuparse de él. No pensemos—dice Pérez Lozano—en una oposición al cine porque haya servido con frecuencia a causas condenables. Esta, insisto, me parece una postura inteligente y de signo positivo.

Pero es que, además—y el autor así lo estudia, detalladamente—el cine tiene la doble y espléndida categoría de ser testimonio humano y testimonio de Dios. Como testimonio humano, cualquiera de nosotros podría citar en seguida media docena de películas-testigo que no olvidará jamás. Como testimonio de Dios, debe tenerse en cuenta que la religión no es una cosa aparte en la vida, y que, por tanto, cualquier película de cualquier género puede y debe tener un sentido religioso, una concepción espiritual de la vida. Y al llegar a esta altura de su estudio, Pérez Lozano entra en un tema que confiere a este libro un valor muy considerable, al esquematizar con gran sencillez la postura que, en el orden de la sensibilidad y en el orden del tiempo, han mantenido los católicos ante el cine. Cronológicamente, Pérez Lozano la establece en cinco fases:

1.ª Indiferencia ante el nacimiento y primera expansión del cine.

2.ª El cine es un instrumento del demonio. Es malo en sí. Hay que luchar por destruirlo.

3.ª El cine es algo ya tan extendido, tan importante, que hay que aceptarlo aunque sea de mala gana. No cabe pensar en su destrucción, pero procuraremos abstenernos de él. En las proyecciones no encontraremos provecho alguno y sí serios riesgos.

4.ª Sin duda, el cine es el mayor espectáculo de nuestro siglo. Estudiémoslo. Acerquémonos a él, pero un poco temerosamente. Manejamos "líquidos inflamables". Establezcamos una censura, fruto lógico de toda una postura de cautela, negativa, de paso a nivel.

5.ª El cine es de Dios. No podemos conformarnos con raquíticas posturas negativas, de clasificaciones morales, de discos rojos. Vayamos a la conquista del cine para Dios; hagamos de él un instrumento del bien. Que sirva para elevar a los hombres, para distraerlos con limpieza, para entretenerlos con alegría; pero, sobre todo, para ejercitarlos profundamente en el noble y olvidado arte de pensar. Para que sirva de vehículo a la caridad, y de contenido a la emoción, y de grito para los hombres dormidos en la apacible siesta del mundo.

Esta ha sido—concluye Pérez Lozano—la marcha ascendente. Hoy, afortunadamente, los católicos del mundo parecen decidirse claramente hacia la última posición. Pero sigue habiendo entre nosotros hombres encasillados en las primitivas posturas: la de la ignorancia del cine o la de su terminante condena. Hombres de reacciones lentas, retrógrados, que no están viendo la brillante lección de modernidad de los Papas, que se niegan a ir al vivo paso de la Iglesia.

Otro aspecto de sumo interés en este libro es el que se refiere a la influencia del cine sobre los jóvenes. Hay encuestas y estadísticas realmente estremecedoras. En 505 películas examinadas, por ejemplo, el autor ha encontrado 100 asesinatos, 91 suicidios, 103 adulterios, 38 seducciones, 352 robos, 43 fraudes y 827 inmoralidades y delitos graves. Y así podrían citarse otros síntomas.

Quedan otros muchos temas sugestivos, pero no es posible en una nota aludir a todos ellos. Sobre la censura, sobre el sistema de "lotes" de las casas distribuidoras, etc., etc., se exponen informaciones de interés y se formulan opiniones y sugerencias. La consecuencia que se adivina a través de toda la obra es, como lo advertimos al principio, muy simple: los hombres de bien deben acercarse al cine para tratar de convertirlo en un instrumento beneficioso. Esta es la gran paradoja del gran arte de todos los tiempos—termina diciendo Pérez Lozano—: que la mentira del cine puede transformarse en una verdad. En una verdad que nos haga libres.

Varios interesantes apéndices completan el valor de este libro: el *Manifiesto de las siete artes,* de Canudo; el *Código Hays;* dos

luminosos y completísimos discursos de Pío XII sobre las características del *film* ideal y una bibliografía sobre temas cinematográficos.

MANUEL CALVO HERNANDO

LENGUA Y ESTILO EN EL *FACUNDO*

A partir de 1943, el nombre de Emilio Carilla empieza a circular, en el mundo hispanoamericano, unido a títulos de libros o folletos de investigación literaria. Desgraciadamente, en España han llegado pocas obras suyas, y los críticos de aquí, salvo las excepciones de costumbre, parecen desconocerlas.

Como adelanto—suponemos—de un trabajo más extenso, Carilla ha publicado ahora la conferencia pronunciada en la cátedra sarmientina de la Sociedad Sarmiento, de Tucumán, el 30 de septiembre de 1954. El éxito de Sarmiento como hombre político ha influído en el juicio de *Facundo*. Y ello, con indudable razón: Sarmiento buscaba en la literatura un medio, valiosísimo, para actuar sobre sus compatriotas. Así, la novela refleja, con transparencia, el espíritu militante, el carácter impetuoso del político, y no deforma, por motivos de signo estético, un retrato bien conocido. El lector argentino, al enfrentarse con *Facundo*, no puede prescindir de su familiaridad con la historia externa de Sarmiento. (Esto sucede con la mayoría de los escritores hispanoamericanos del XIX y del XX, mezclados en las luchas partidistas de su época, y que hicieron de la pluma arma de combate.)

El estudio estilístico, si confirma los rasgos fundamentales ya sabidos, permite calar hondo en la estructura de la obra literaria y descubrir detalles olvidados y la conciencia de escritor del artista. Carilla considera a *Facundo* como un todo; los dos extensos capítulos sobre el gobierno de Rosas no constituyen un elemento pegadizo: explican a Rosas por medio de Quiroga. El ambiente condiciona la acción del personaje—el dramatismo llega al punto máximo en Barranca Yaco—de acuerdo con las teorías muy de moda por aquellos años; pensamientos ajenos entran en el libro, pero sin desfigurar los propios. Dedica Carilla varias páginas al estudio de los recursos afectivos en Sarmiento. *Facundo* empieza con "la prosa de un texto de geografía"; pronto el estilo frío se colorea

y enardece: pleonasmos, interrogaciones y exclamaciones encrespan el tono; el diálogo con el público rompe la monotonía del relato; aumentativos, polisíndeton y elipsis confirman el ímpetu del estilo. Afluyen al vocabulario palabras nuevas (conviven con los arcaísmos) y el ritmo narrativo cambia una y otra vez.

Al margen de la verdad de su tesis, Carilla resalta los aciertos parciales en descripciones—pampa, caudillo, juez de paz—y la influencia del romanticismo en algunos rasgos de estilo—período amplio, abundante adjetivación—; la parquedad extrema de varios párrafos; repetición de formas encíclicas—defecto frecuente en la novela—... Carilla echa de menos una edición crítica del *Facundo;* nadie más indicado que él para realizarla y completar su estudio.

A. CARBALLO PICAZO

BAROJA Y SUS CUENTOS

En 1900, al comenzar el nuevo siglo, Pío Baroja decidió colgar su carrera de médico, que ejercía en el pueblecito guipuzcoano de Cestona, y establecerse en Madrid, al frente de una panadería. En aquel pueblo, en horas de aburrimiento y de ocio, el joven médico había emborronado muchas cuartillas con breves relatos e impresiones de su contacto con las gentes y el mundo. Con una treintena de esos relatos, ya instalado en Madrid y al frente de su tahona, formó Baroja un librito, que decidió editar por su cuenta. Este librito, el primero de los publicados por Baroja, apareció el mismo año 1900, en una edición de 500 ejemplares, que costó a su autor 500 pesetas, y de los que la mitad, en vista de que no se vendían, fueron poco a poco condenados al fuego por el aspirante a escritor. Del libro, cuyo título era *Vidas sombrías,* se ocupó poco la crítica de entonces. Baroja recuerda en sus *Memorias* que hablaron de él Unamuno, Pedro Corominas y Eduardo Marquina. *Azorín* escribió una carta de elogio al novel autor, y esta carta fué el comienzo de una amistad personal y literaria que iba a durar más de medio siglo.

A los cincuenta y seis años de publicado este primer libro de Baroja, *Vidas sombrías,* un editor madrileño, Afrodisio Aguado, ha tenido la idea de lanzar una nueva edición de aquel olvidado volu-

men, como homenaje—son sus palabras—"a la gloriosa y fecunda ancianidad del más universal de nuestros novelistas actuales". La edición es bonita, y se enriquece con un sabroso prólogo autobiográfico del mismo don Pío, en el que recuerda los comienzos de su carrera literaria, y con la página crítica que dedicó al libro Unamuno, cuando fué publicado. Unamuno supo ver en estos primeros cuentos de Baroja influencia de Poe y de Dostoyevski. Hoy sabemos por las *Memorias* de don Pío que esos autores, junto con Dickens, Balzac, Tolstoi, Stendhal y Nietzsche, formaban el cuadro de sus intensas lecturas extranjeras de aquellos años.

¿Qué impresión causan al lector actual estos primeros cuentos barojianos? Yo confieso que los he leído con más curiosidad que placer, aunque algunos, como *Mari Belcha, Los panaderos, Medium, El trasgo, La venta* y algún otro conservan aún su frescura y vigor, ese inconfundible sello barojiano, mezcla de tristeza y desengaño y de amor por la vida, sobre un fondo casi siempre sombrío. Pero otros cuentos no llegan a serlo; son más bien esbozos de cuentos o vagas impresiones de ambientes y tipos humanos. Y en algunos pesa bastante la época en que fueron escritos, cierta filosofía nihilista que hoy nos parece algo trasnochada.

J. L. CANO

EL JARAMA, DE RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO

Recuerdo una noche de hace dos años, casi en las afueras de Madrid, con las ventanas del café y la conversación abiertas hacia las arboledas oscuras del Parque del Oeste, en que el poeta José Hierro y yo intentamos concretar en palabras la relación mejor y más vigente que entiendo puede existir entre novela y poesía. Su enunciado, dicho sea con intención experimental y no de dogma —puesto que los términos "dogma" y "creación" no parecen avenirse poco ni mucho—, era aproximadamente: "Novela es también poesía, *a la larga.*" Pero no se puede lucubrar de un modo inmediatamente poético, subjetivo y gratuito, escribiendo en prosa. El concepto *poesía en prosa* sí resulta aceptable, en cuanto empieza por detallar que aquello se trata, antes que nada, de poesía. (*Platero y yo,* de Juan Ramón Jiménez, o *El contenido del corazón,* de Luis Rosales, son libros de sola poesía, sino que escritos en prosa.)

El de *prosa poética*, en cambio, se nos antoja un concepto incongruente, en cuanto se interfiere la eficacia de la prosa protagonista con las propiedades mágicas, ultrarreales, propias de la expresión poética. La buena prosa, sin embargo, por un movimiento automático, desplaza *a la larga* la emoción de poesía en el lector. Lo implica todo, en su fundamento mismo, por natural y tácito atributo. *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, el libro que obtuvo el último Nadal, es netamente un libro de prosa pura, ajeno a perifollos y vaguedades líricas, que mueve y desplaza una gran cantidad de poesía. Por una razón casual de previa familiaridad con la obra, gozo o padezco hoy, frente a *El Jarama*, de una muy relativa capacidad de juicio. Pero no he visto en vivo, sobre la marcha, una voluntad de hacer prosa pura, una intensidad de intención y una enconada dedicación a lograrlo (1), como las de Rafael Sánchez Ferlosio en su libro.

UN RÍO Y UNA GENTE

Tiende *El Jarama* a sustanciar nada más y nada menos que eso. Un río humilde (es decir, un trozo de río humilde) una humilde gente. Con absoluta y premeditada dejación de todas otras posibilidades latentes en el tema, mediante una trabajadísima táctica de renuncia a cuanto no se dirigiese expresamente a ello, Rafael Sánchez Ferlosio ha querido pintar, y ha pintado, en *El Jarama* un vasto cuadro de costumbres, el ceñido ámbito de un paisaje y una gente modestos. A la desmenuzada veracidad de las figuras y los fondos ha sacrificado el escritor toda ampliación temática, toda vía de ensanche. La novela es como un *flash* que durase un domingo en vez de un segundo, reflejando con minuciosidad agotadora, con paciencia exhaustiva, el momento histórico de un determinado sector social madrileño, sito en unas circunstancias particulares—domingo de verano en el río—, pero no por ello más desasido de su franciscana y enteca realidad de cada día. La extraordinaria fidelidad con que ha sido captado el lenguaje de esta gente, la gran labor de arrastre supuesta por la espontánea tipificación de sus modales y actitudes, el penoso discurrir de los minutos novelísticos son fruto de una ambiciosa y celada deliberación, y revelan —en esto sí que no caben dudas—a un auténtico escritor, dueño y esclavo de sus propios valores, incalculables de momento, y feliz-

(1) Véase el artículo "Pequeña historia del Jarama", en *A B C*, de Madrid, del 21-III-56.

mente iniciado con el poético *Alfanhuí* (2) a un propuesto y extenso programa en puertas.

Desalentó a veces a Rafael Sánchez Ferlosio cuando *El Jarama* estaba empezando a tomar cuerpo definitivo y a respirar por su propia cuenta, lo mismo que le animaba a seguir su libro por la línea en que éste parecía configurarse, línea de renuncias, de encastillada limitación. Inquietaban concretamente a Rafael la escasez de interés funcional, la vulgaridad, la poca sustancia literaria de lo que hacen y, sobre todo, de lo que dicen las vivos personajes de *El Jarama.* O sea, y paradójicamente, aquello que constituye precisamente la entidad vital del libro, en cuanto se trataba de no hacer más que eso, de fumarse, hasta la última hebra, el triste "Ideales" de su fluvial y pobre día de fiesta. Creo que empezamos, en este punto, a tomar al toro por los cuernos. *El Jarama* es un buen libro porque es capaz de sostener, durante un tiempo, administrado hasta la fatiga, y en pugna con las cortas enjundias de un mundo de hombres y mujeres entrañables, pero, a todos luces, anodinos, un cuerpo literario sólido y macizo que se tiene en pie "a pesar de". En efecto, y aunque no se tarda en cobrarles cierto afecto, las gentes de *El Jarama* poco o nada tienen que decir, poco o nada dicen, poco o nada hacen que pueda atraer sobre sí la renovada atención del lector de novela. Y he aquí, sin embargo, que *El Jarama,* en su condición de acabada pieza literaria, es un hecho indudablemente vivo e interesante. Tan sólo en las páginas de ahogamiento de Lucita, allá por el último tercio del libro, y en algún que otro suceso secundario, sacude la acción de *El Jarama* su tedioso y ensimismado discurrir, pasa al plano de lo verdaderamente "narrativo". Con todo, o, mejor dicho, a pesar de todo, *El Jarama* se trata de un libro excelente. Precisamente porque acaso todo está en contra y el autor lo sabía y lo asumió, sale tan con bien y adelante *El Jarama,* obteniendo luego su entereza, por una unanimidad de votos primera en la historia de los fallos del Nadal, el célebre premio catalán de novela.

DESCRIPCIÓN, NARRACIÓN

Me declaro muy seriamente interesado, de algún tiempo a esta parte, por la novela y el cuento documentales, donde el mero y simple dato estadístico adquiere, por virtud de su simple veracidad,

(2) *Industrias y andanzas de Alfanhuí,* de Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid, 1951.

una grandeza quizá residente en su propia y propuesta limitación. No es nuevo este tipo documental de escribir, ya se sabe; nace con la literatura y es acaso su raíz misma. Luego van acosándolo la depuración de los géneros, las exploraciones, superaciones y virtuosismos de los escritores, hasta que, en ciertos momentos de la historia literaria, llega casi a desaparecer. Pero, en verdad, no puede desaparecer. Supone el principio, el fundamento de la creación literaria, y hay siempre quienes corren a rehabilitarlo de un modo terminante, extremado. Quizá no sea ésta la intención de R. S. F. en *El Jarama*, pero sí cae el libro, con su sorprendente apuración del dato, con su magnetofonismo dialogal, en la zona de las piezas literarias más documentales que narrativas. Como afecto a la precisión, a la justeza descriptiva, diré que *El Jarama* es de calidad excepcional. La tarea de miniaturista de simples baratijas verbales, de tipos y situaciones de una enorme trivialidad, de que Rafael hace gala en su libro, me parece de una fuerza desusada. Asombra pensar hasta qué punto ha tenido que replegar—o retraer—el novelista su propio mundo personal para llegar a verterse, total y exhaustivamente, en lo que hacen y hablan los horteras, los bebedores, los módicos veraneantes del río humilde y del humilde tiempo. Lo impone así el tema, tal como R. S. F. lo vió, y el autor no podía ni debía sustraerse a ello. Pero he aquí que no somos menos afectos a la idea de que en la novela tienen que *pasar cosas*. Debe provocar la novela (y es una actitud de vuelta en la que cada vez se siente uno más afirmado) un sostenido interés, ajeno y aun indiferente—Baroja—a las cualidades estilísticas del libro. Si estas cualidades estilísticas existen, mejor que mejor. *El Jarama* las tiene, y en cantidades considerabilísimas, pero quizá a costa de su interés—*interés narrativo*, entendámoslo bien—, y el que, con todo, permanezca en pie, es buena prueba de su radical calidad; en cuanto a su *inacción*, también radical y novelísticamente grave, no se convierte en *inercia*, no llega a deshacer la obra, a minarla; las facultades del escritor quedan reafirmadas.

EL TIEMPO

Carente—o casi carente—de la medula activa, de las peripecias narrativas que constituyen un factor importante del contar, el curso del domingo en que transcurre toda la acción de *El Jarama* puede resultar, pues, un tanto fatigoso. Lo que realmente cuenta, sin embargo, es que es un tiempo perfectamente apresado y *dicho*. "Si una

novela logra capturar al tiempo, si es capaz de hacernos llegar la marcha del tiempo de su asunto, y acostumbrarnos e incorporarnos a ese tiempo hasta hacer sentirnos parte de él, en él comprometidos, inmersos, no puede ser mala novela o, al menos, no puede ser mal libro" (3). Cueste o no hacerse de él, el tiempo sabe de verdad a tiempo en *El Jarama.* Rafael Sánchez Ferlosio, que ama la pintura, que conoce bien la pintura y que la lleva siempre consigo, en su bagaje humano y literario, ha *pintado al tiempo* en su libro, con seguridad y pulcritud pacientes, y nos ha dado, en las gradaciones de la luz por el río, en la tierra, en los árboles, en los seres y su hablar no sólo la sensación de tiempo en su novela, sino también su significación emocionada. El tiempo de *El Jarama* está todo ligado a sí mismo, actuante y espléndido, redondo como una bola acabada, insignificante y entrañable en su rodar, como el propio y logrado mundo de la obra.

FERNANDO QUIÑONES

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA DE TOYNBEE

Con la publicación de los cuatro últimos volúmenes de su *A Study of History*, el profesor Arnold J. Toynbee ha dado remate a su ambiciosa tarea, emprendida en 1927, de encontrar, tras un análisis "empírico" de las civilizaciones que coexisten hoy sobre la tierra y las ya desaparecidas, las posibles "leyes" de la Historia. Su Estudio estaba concebido en trece etapas, cuya sola enumeración da una idea de la vastedad de la obra realizada por Toynbee. (Introducción. El Origen de las Civilizaciones. Su crecimiento. Su crisis. Su desintegración. Los Estados Universales. Las Iglesias Universales. Las Edades Heroicas. Contactos de las Civilizaciones en el Espacio. Contactos en el tiempo. Ritmos de las Civilizaciones. Perspectivas de la Civilización Occidental. La inspiración de los historiadores.) Las primeras etapas de este plan fueron desarrolladas en los tres primeros volúmenes de la obra, publicados hace veinte años. Los puntos cuatro y cinco del programa fueron tratados en los volúmenes IV, V y VI, aparecidos cinco años más tarde, y los volúmenes VII al X (1954, octubre) completan el proyecto.

(3) F. Q.: *Tres ensayos ingenuos sobre novela.*

Más de cuatro millones de palabras dan muestra de la erudición del profesor Toynbee, de la inspiración de su estilo, de su penetración para interpretar hechos y, sobre todo, de su asombroso poder de síntesis. ¿Ha conseguido, sin embargo, su propósito esencial? La comparación "empírica" del origen, desarrollo, crisis y desintegración de las veintiuna civilizaciones que Toynbee encuentra en su búsqueda introductoria—treinta, si contamos las cinco civilizaciones "estancadas" y las cuatro "abortadas"—, ¿nos lleva al hallazgo incuestionable de las "leyes" del acontecer histórico?

Los cuatro últimos tomos del Estudio añaden, en verdad, poca cosa a lo que podemos llamar "filosofía de la historia" de Toynbee. Acentúan, sin embargo, ciertas tendencias interpretativas que ponen de manifiesto el fraude del pretendido "positivismo" del historiador y que descubren en Toynbee un metafísico de la Historia, casi un místico o un profeta, que hace de ella el ámbito donde la "Luz de Dios" se despliega a través de los "diferentes velos" de las religiones superiores, "una visión de Dios revelándose en la acción a los espíritus que le buscan sinceramente". El "empirista inglés" e "historiador occidental post-moderno"—son autocalificaciones del profesor Toynbee—, que rechazaba enérgicamente a Spengler por "trascendentalista alemán" y "filósofo hierofante", ha terminado convirtiéndose en un trascendentalista a ultranza que utiliza categorías mentales procedentes de la moral y de la religión para su interpretación de la Historia. Porque si un examen superficial de los primeros volúmenes de *A Study of History* sitúan a su autor cerca de un Auguste Comte, en los últimos es evidente la proximidad de Toynbee—a pesar de que algunos de ellos no son mencionados y otros sólo de pasada—a pensadores tales como Herder, Hegel, Spengler y, sobre todo, Vico.

La afirmación nuestra de que sólo un examen superficial de las primeras etapas del Estudio de Toynbee le colocan entre los positivistas requiere algunas consideraciones que la justifiquen. Tales consideraciones pueden hacerse, sin ir más lejos, sobre el mismo método que el profesor Toynbee emplea para reconocer y clasificar las civilizaciones. En efecto, el esquema obtenido al estudiar la desintegración del mundo helenístico, del Imperio romano, y el nacimiento del Occidente, con los tres ingredientes de Estado Universal, Iglesia Universal y *Völkerwanderung* es utilizado como marco previo por el que toda la realidad histórica es forzada a entrar, para quedar encajada en alguna de sus veintiuna civilizaciones. Este esquema de lo que Toynbee llama relación de "paternidad" y "filiación" entre las civilizaciones, discutible ya en algu-

nos de sus detalles al aplicarlo a la "paternidad" de la civilización grecorromana o helenística y la "filiación" de la civilización europea occidental, se hace francamente problemático en otros casos y obliga a retorcer los hechos y admitir por añadidura una serie de fenómenos extraños como los "fósiles", las "deformaciones", las "estratificaciones" y los "estancamientos". No siempre es evidente la existencia de un Estado Universal que es convertido por la religión de lo que el historiador británico llama "el proletariado interior" e invadido por sus bárbaros o "proletariado exterior".

Por otra parte, tal esquema previo coloca a las religiones en una posición central en la Historia, por lo cual no es de extrañar que en las conclusiones del Estudio se afirme que las civilizaciones existen para dar lugar al nacimiento y a la propagación de las religiones superiores. Además, el continuo uso de los mitos religiosos y literarios para la explicación de los fenómenos históricos es utilizado por Toynbee a lo largo de toda su obra.

En todo caso, sea o no sea rigurosa ciencia histórica *A Study of History*, se acepten más o menos de sus hipótesis, el colosal trabajo de Toynbee ocupará un puesto principal entre los libros de nuestro siglo.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

¿POR QUE SOMOS POBRES?

El problema que siempre ha tenido planteado España y en general todo el mundo hispánico puede resumirse en una sola palabra: cultura. Por más vueltas que se le quiera dar al asunto, por muchas callejuelas en que se meta el que investigue los orígenes de los males endémicos de nuestro pueblo, siempre se llegará a un punto final único: la necesidad urgente que tenemos de arrojar de una vez para siempre el lastre del analfabetismo, que yace como peso muerto en el fondo del alma hispana. No es nueva esta afirmación y yo diría que, de puro vieja, se ha convertido en tópico y como tal anda de un lado para otro, manoseada y sin significación alguna. De cuando en cuando alguien la repite y levanta una leve reacción que culmina en la acción de emprender una modesta tarea con el fin de airear un poco media docena de pobres mentes embrutecidas por la ignorancia. Es cierto que se han conseguido ciertos avances, pero ¿es eso todo?

Manuela Gallardo y Gómez acaba de publicar un libro, cuyo título es el mismo que encabeza esta nota, al que, más que la palabra "libro" conviene la de grito; grito de alerta de una voz que no se resigna y nos habla a todos del problema que ya conocemos de antiguo, pero sobre el que pasamos alegremente, sin detenernos a considerarlo, como si se tratara de algo que no nos incumbe.

Es verdad que a pocos españoles les gusta España. No hay quien supere al español en su olímpico desdén por las cosas de su patria, ni tampoco hay quien le aventaje en su indiferencia por encontrar soluciones a los problemas y males contra los que tan enérgicamente protesta. Manuela Gallardo intenta, por el contrario, investigar las causas de lo que podríamos llamar atraso, miseria, pobreza y buscarles una solución definitiva.

Y la conclusión a que llega es la misma que todos conocemos, pero que revaloriza, que pone al día, libre de adornos y telones. La causa de la pobreza de nuestro pueblo—viene a decir la autora—es simplemente el analfabetismo, la ignorancia más supina que alcanza a la mayoría de la población del país. El español no es inferior en calidades humanas a ningún otro pueblo de la tierra. Es como una buena semilla que exige ciertos cuidados y una preparación adecuada para que llegue a germinar y dar fruto. Sólo la falta de organización, la ausencia de capacitación preliminar hacen que mantengamos un nivel de vida considerablemente inferior al de otras naciones de recursos más limitados que los nuestros. Hace una exposición interesante de la organización escolar de los países nórdicos, en los que se ha llegado a un alto nivel medio, gracias a la preparación meticulosa de la población. Concretamente, de Holanda, dice: "Si hay un país cuya vida depende de la Escuela, ese país es Holanda. Si se suprimieran los Centros de Enseñanza de los Países Bajos o simplemente se abandonaran, Holanda sería la tierra más pobre del globo y sus habitantes los más míseros del universo." Luego pasa a analizar la situación del campesino, del obrero español, abandonado a sus propios medios, sin otro aprendizaje que el que penosamente adquiere a costa de innumerables ensayos en los que derrocha una increíble cantidad de energías que, de existir Escuelas de Capacitación, se podrían aprovechar íntegramente. También el panorama intelectual es descorazonador, pero "¿cómo le vamos a exigir a un ignorante que estime y cuide las obras de arte, cuyo valor completamente desconoce? ¿Cómo le vamos a pedir que respete las Universidades, los centros difusores de la enseñanza, que él nunca visitó ni sabe para qué sirven? ¿Cómo le vamos

a exigir que siga las normas de una moral y de una religión que nadie se molestó en inculcarle?"

En todos los aspectos de la vida española se deja sentir la falta de escuela, de preparación de la masa. "Y la culpa es nuestra—dice Manuela Gallardo—. No podemos seguir dejando abandonados, improductivos, nuestros ingenios, para lamentarnos a continuación de nuestra miseria; como si para desterrarla no existieran medios y procedimientos seguros e infalibles.

Estos medios giran alrededor de una campaña enérgica para desterrar el analfabetismo. Es necesario educar a la gente casi a la fuerza, como se administra a un enfermo rebelde la medicina que ha de sanarle. El Ministerio de Educación debe convertirse en Ministerio-Eje de la vida del país. Es necesario ampliar su radio de acción y sus medios que hoy son ridículamente insuficientes. La autora no duda en echar mano de las estadísticas para demostrar sus aseveraciones. Ninguna de sus afirmaciones es gratuita: el índice del analfabetismo, espantosamente arrollador, los presupuestos oficiales de los diversos Ministerios, las cifras de producción... todo está rigurosamente avalado, preciso, con datos contundentes. No es un libro con el que se pretende hacer literatura; el estilo es sencillo, convincente, y aunque a veces se resiente de un molesto tonillo pedagógico, es lo suficientemente claro y útil a los fines que se propone. La exposición es ordenada y metódica y ayuda mucho al lector la presencia de las tablas de estadísticas. Pero lo de más valor del libro es el aliento de sinceridad y buena voluntad que lo anima.

LUIS QUESADA

ACTUALIDAD CULTURAL ITALIANA

Entre los numerosos premios literarios italianos, el más importante, por su tradición y prestigio, es el premio Viareggio. Este año ha sido otorgado a cuatro escritores: Vasco Pratolini, por su novela *Metello;* Carlos Betocchi, por su tomo de poesías completas; Giovanni Russo, por su "ópera prima", titulada *Barones y campesinos,* y Eugenio Garin, por sus *Crónicas de filosofía italiana.* Nos

ocuparemos aquí de este último libro, escrito con cierta objetividad y abarcando medio siglo de esfuerzo filosófico italiano, porque nos ofrece el pretexto de pasar revista a un importantísimo fragmento de la cultura europea. El libro de Garin, es, además, interesante, en la medida en que no deja un solo momento de relacionar la evolución de las ideas con la de los hechos políticos y de ofrecernos una imagen viva de aquellos años en los que se formaron, juntos, el idealismo historicista de Croce, el actualismo de Gentile, el futurismo de Marinetti, el pragmatismo y luego el catolicismo de Papini, el fascismo, y todas las corrientes y movimientos que brotaron en Italia en estos brillantes, profundos y trágicos cincuenta años de vida italiana.

Las dos figuras que emergen en medio de hombres e ideas son las de Benedetto Croce y Giovanni Gentile. Uno de los defectos del libro es, sin duda, el de otorgar a Croce una importancia que no ha tenido, o que, aun teniéndola, no ha sido siempre benéfica para las letras y el pensamiento italianos. Al mismo tiempo, el pensamiento de Gentile, cuya influencia en el desarrollo actual de la filosofía, hasta en la corriente neoespiritualista, fué de primera magnitud, aparece como menos importante. Como se ve, el libro de Garin, a pesar de sus calidades y de su permanente e íntima relación con el tiempo que abarca, no agota ni concluye la polémica en torno a Croce. En un libro publicado hace años, Miguel Federico Sciacca escribía lo siguiente sobre Croce, que había sido su profesor en la Universidad de Nápoles: "La lectura de las obras filosóficas de Croce, con excepción de la *Estética*, fué una verdadera desilusión. Estudiaba al mismo tiempo la *Lógica*, de Hegel, y, al compararlas, la *Lógica*, de Croce, me parecía la obra de un *dilettante*. Pero lo que más me chocaba era el aplomo con que el autor trataba problemas graves y complejos. Directamente repugnante me pareció la *Filosofía de la práctica*, con la excepción de alguna página. El sujeto de la moral, la persona humana, es allí negado en pleno. Desde entonces me di cuenta de sus notables méritos con respecto al problema de la metodología de la cultura, pero también de la mediocridad del *filósofo* Croce."

En un artículo publicado recientemente en una revista italiana, encontramos el siguiente comentario acerca de la misma polémica que hoy coloca frente a frente la obra de Croce y la de Gentile, y que, antes de la guerra, estaba conducida por los dos filósofos, cuyo largo y duro combate animó casi todo el período que Garin estudia en su libro: "El juicio final—escribe el comentarista—no parece dudoso: Croce y Gentile están ambos mezclados con la

gran crisis. La diferencia entre los dos... es que Croce, verdadero señor de la tempestad, después de desencadenarla, la dominó; mientras Gentile fué arrollado por ella." Nuestro punto de vista es, sin embargo, distinto. Los dos filósofos fueron, según todas las apariencias, los que desencadenaron la revolución fascista. Croce, mediante su idealismo historicista; Gentile, mediante su actualismo. Los dos sacaban su esencia de la obra de los idealistas alemanes del siglo pasado: Hegel y Fichte, respectivamente. Nadie, pues, alabadores o detractores, se empeña en negar la parte que Croce y Gentile tuvieron en desencadenar y fundamentar ideológicamente el fascismo. Pero su actitud, tan diferente, no deja de impresionar, después de tantos años. Mientras Croce se retiraba de la lucha, después de haberla provocado, y esperó veinte años en Nápoles el momento para volver a proponer a los italianos un liberalismo envejecido, que el pueblo rechazó firmemente después de 1945, Gentile trató de dar a la tempestad un sentido, en lo posible, menos destructor. Su reforma de la enseñanza, su permanente participación en los altibajos históricos del fascismo, su muerte heroica, con la que supo pagar noblemente sus errores, lo transforman en una sombra mucho más respetable que la de Croce. En seguida, después de la última guerra, cuando Gentile había muerto, asesinado en su casa de Florencia por los que se pueden llamar, sin duda, *los asesinos del siglo*, Croce pareció apoderarse del destino de Italia y de su alma. Pero el embrujo duró poco. Italia no quiso seguir en su estela, y hoy aquella obra inmensa, que parecía eterna e invulnerable, se nos antoja de repente relegada a una polvorienta buhardilla, de donde la sacan a relucir de cuando en cuando, con ilimitada y falsa admiración, las manos de los pocos fieles que aún tiene, conmovidos más bien por el recuerdo del hombre que por el mensaje de su obra.

¡Cuán justas aparecen, ante esta ruina filosófica, las palabras que Garin dedica a Papini en el mismo libro! "Su itinerario, con sus errores de toda clase, con su cambio violento, desde una negación intransigente a una humilde aceptación, desde un revolucionarismo caótico a un extremo conservadurismo, su perenne descontento, su irritante oscilación son el espejo de una inquietud, que, a pesar de todo, no es menos significativa que otras aparentes certidumbres."

Centenares de nombres pululan en las *Crónicas* de Eugenio Garin, y sería imposible presentar aquí una imagen completa de esta obra verdaderamente exhaustiva. Lo que hemos querido poner

de relieve fué el eje alrededor del cual giran todas las corrientes de la filosofía italiana contemporánea, la cual, igual que la literatura, ha sido y sigue siendo, en Italia, una maestra de vida.

* * *

Cerca de la desembocadura del río Arno, no lejos de la ciudad de Pisa, alejados de cualquier aglomeración humana, se alzan el campanario y los antiguos muros de la iglesia de San Pedro a Grado. Ya desde el siglo XIII persistía la tradición de que aquel templo cristiano, edificado en pleno campo, marcaba el lugar en el que San Pedro había desembarcado en Italia. Allí había vivido durante todo un invierno y de allí se había dirigido hacia Roma, donde habría de ser sacrificado, con otros cristianos, en el circo de Nerón. Hasta hace algún tiempo, esta leyenda referente al lugar del desembarco del primero de los apóstoles carecía de fundamento científico, y sólo se pensaba que la iglesia de San Pedro a Grado había sido, probablemente, erigida encima de un antiguo oratorio.

Hasta que, en el año 1925, al párroco del lugar se le apareció San Pedro en un sueño y le ordenó excavar debajo de los muros de la iglesia para poner al descubierto lo que el santo llamaba "mi casa". Al día siguiente, el párroco, don Lucas, se fué a Pisa, contó su sueño al superintendente de las Artes, el cual, pocos días después, iniciaba las excavaciones. A metro y medio de profundidad, debajo de la iglesia, fueron encontrados los restos de un antiguo templo, los cuales dibujaban perfectamente el contorno de aquel edificio legendario al que hacían referencia las crónicas y los documentos de la Edad Media.

Las primeras hipótesis acerca de este descubrimiento fueron varias. Algunos arqueólogos sostuvieron que el antiguo templo era nada menos que el oratorio en el que había rezado San Pedro al pisar por primera vez tierra italiana; pero otros afirmaron que los primeros cristianos no solían reunirse y rezar en lugares como éstos, sino en las catacumbas. Por consiguiente, el edificio puesto a descubierto no podía ser más que un oratorio construído en el siglo III o IV para recordar el lugar donde, efectivamente, el primero de los apóstoles había desembarcado. Pero, entonces, el que quedaba mal era el párroco de San Pedro a Grado, visto que el santo había hablado en el sueño de "mi casa"; esto es, de una casa en la que él mismo había morado por algún tiempo. Don Lucas insistió, pues, ante los arqueólogos, los cuales siguieron ex-

cavando sin mucho entusiasmo. Hasta que un día, justo al lado de los muros de la antigua iglesia, aparecieron, perfectamente conservados, los muros de dos habitaciones, lo cual no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que, en efecto, la antigua iglesia databa sólo desde el siglo III o IV, pero que había sido construída exactamente sobre el lugar del *atrium* de la casa bajo cuyo techo había vivido el apóstol. Era precisamente en aquel *atrium* o antesala en el que los primeros cristianos de Italia se reunían para escuchar la palabra de Simón Pedro, recientemente llegado desde la Tierra Santa.

VINTILA HORIA

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *Labra*. En páginas de color, el trabajo de FERNANDO DÍEZ DE MEDINA *Fantasía a la memoria de mi padre*.



FANTASIA A LA MEMORIA DE MI PADRE

POR

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

"¡Quién sabe! Puede que la vida sea la muerte, y la muerte, la vida."

EURÍPIDES.

Cuando se ha visto la lenta desintegración, el declinar espiritual del ser amado, la materia aparenta ser la sola maestra eterna de la vida.

Más allá, nada. "Sólo el hombre oye al hombre—murmura el poeta—; no hay puentes ni senderos sobre el piélago azul."

Viene la Separadora de los Amigos, cumple su obra inexorable, y recién comprendemos la trágica grandeza de existir.

Los primeros días después de su partida, el mundo aparece yerto. ¿Qué sentido tiene la vida sin El?

Para el teólogo, para el filósofo, para el intelecto frío, es justo que así sea. Se admite la caducidad del ser.

Para el hombre que sufre, para el hijo, no. Tiene la muerte enigmas que nunca llegamos a entender.

Es absurdo pensar que el fenómeno físico de la persona no tenga fin, pero más ilógico parece, al angustiado, que haya cesado de latir el corazón del padre.

Del padre que resume toda sabiduría en el ciclo biológico. Porque es aire vital para la criatura, fuego deslumbrante para el niño, mar insondable para el joven, tierra firme y misericordiosa para el varón maduro.

¿Dónde está la noble cabeza de rasgos seductores? ¿Cómo se apagó su inteligencia lucidísima? ¿Por qué cesó el hechizo de esa sensibilidad siempre despierta, hecha al deslumbramiento de las horas?

Hay un instante en que la razón vacila. Y piensa:

"No fué el ardiente predicador de Hipona quien dijo verdad. Es el solitario de Nishapur: goza el día presente, lo demás no existe."

Queremos creer, pero la experiencia cercana lo impide. El que se aleja puede destruir la fe de los que quedan. Nada permanecerá. Todo se va, perece. Si el mundo, afuera, nos parece yerto, el alma, adentro, se recoge en sombras. Sólo aguarda el abismo.

No hay misterio más hondo que la disolución del ser vivo. Dígalo el desconsolado que sufre su carga de relámpago.

Pero pasan los días, cede la angustia. El tiempo, con maravilloso poder de plasticidad, sacude el espíritu y la piedad cristiana nos devuelve al buen camino. Hay otra existencia; resucitarán los cuerpos; volveremos a vernos. Un bello sueño de esperanza nos redimirá del dolor que agobia. Hay vida futura.

No temas, no desesperes. Porque el fin del Nacimiento es Muerte, el fin de la Muerte es Nacimiento. Tal es la ley.

1

Mi padre no se fué. Está en nosotros, más fuerte en el recuerdo que en su cálida existencia.

Cierto que no pudimos acornarnos en la marcha diaria, porque nos forjaron en cuños diferentes. Pero nadie lo quiso ni comprendió mejor, precisamente por la polaridad de caracteres. Fuí hijo, amigo, antagonista. Por encima de las desinteligencias transitorias, su más leal admirador.

El era un sol para mí. Quemante a veces, heridor, mas siempre sabio y perfecto. Varón de claridades.

Ahora mismo, mientras escribo estas páginas en la soledad de mi estudio, siento sus pasos tranquilos; lo veo entrar animoso, risueño, con su clavel jaspeado en el ojal; con esos ojos verdes chispeantes de vida; desflorando una sonrisa bajo el bigote cano, mientras la voz amada resuena cordial:

—Joven, ¿trabajando un poco?

Y lo encuentro también a cada instante, en todas partes, en el café, en la calle, a la puerta de los clubs don reinaba con señorío indiscutible; al pasar por Bancos y Ministerios; en los sitios habituales donde se erguía su silueta inconfundible.

Hablo con El en los momentos de duda. Sé su respuesta, aunque no la escuche. Tal vez hasta nos entendemos mejor, porque cuanto el amor propio esconde en el diálogo de las ideas, brilla puro y sencillo a través del monólogo del afecto.

Y soy fabulosamente rico, pues tengo el amigo inextinguible. El primero que doró mi infancia, el último que sostendrá mi vejez.

2

"El modo como el espíritu se enlaza con el cuerpo es profundamente admirable e incomprensible para el hombre; y ese enlace es el hombre mismo", dice San Agustín.

Fué mi padre varón armonioso, si por armonía se entiende la salud corporal, la buena presencia, combinadas con el ánimo jovial que encierra todas las virtudes del carácter. Inteligencia y simpatía fueron sus rasgos dominantes. Alto, no. Bien plantado, tampoco. Mas una elegancia innata de porte que daba relieve a su figura. Para compensar la baja estatura, un rostro noble, varonil, que irradiaba seducciones. Ignoro todavía qué era lo más cautivador en El: los ojos verdes, vivaces de alegría; la sonrisa, florecida de bondad; la voz, bien timbrada, cálida de comprensiones. O era más bien el conjunto de los rasgos físicos, bajo una frente alta, espaciosa, que sombreaban las cejas rotundas. Era la suya una cara sagaz. Recuerdo esa mirada inteligente que se adelantaba a la palabra. El modo de ver, de apreciar, de enfocar los problemas. La manera sutil de alegrar a los demás. Su firmeza para la discusión, sin ofender al interlocutor. Su habilidad para aproximar puntos contrarios. Había un juego plástico tan convincente entre la voz persuasiva, la sonrisa insinuante y los ojos entrecerrados fugazmente, que nadie pudo escapar a la suave influencia de su palabra.

Era el perfecto hombre de mundo y el amigo perfecto.

No sé por qué extraña conjunción de dones físicos con inmateriales cualidades, su presencia irradiaba confianza y alegría. Tuvo algo mejor que el talento: la virtud de ganar corazones para siempre.

Mejor ciudadano no le hubo; caballero más gallardo, tampoco. Fué príncipe del bien decir, monarca de la palabra escrita. Serio y travieso, alternativamente, tejió deberes y placeres con gracia inimitable.

Era un encantador.

Y en Madrid o en París, en Washington o en Buenos Aires, en Santiago, en Lima o en La Paz, no son pocos los que, recordándole, pensarán:

"¡Don Eduardo! Como hombre productivo, impar. Como administrador de vida, sin igual."

3

—Si lo pusieran en el desierto, solo, sin recursos, a los diez minutos estaría enseñando a los árabes el arte de pasar agradablemente el tiempo—decía un amigo.

Esa extrema sociabilidad hacía de su figura centro y nervio de toda reunión. Sabía inquietar a las mujeres y apaciguar a los hombres. Gran conocedor de la naturaleza humana, utilizaba el registro preciso para manejar a cada cual. Supo la ciencia de discutir sin encenderse. Su voz dominaba por una gama variadísima de inflexiones. En las recepciones diplomáticas, en los clubs sociales, en la intimidad del hogar, fué rey de la palabra. Era una delicia oírle y aprender de sus labios esa ciencia profunda del vivir que sólo fluye de una grande y rica experiencia.

Fué el *homo mundanus* en su máximo esplendor. Sabía el valor de un billete y la oportunidad de una sonrisa. Hacía las cosas tan finamente, que desarmaba voluntades. Y ese innato señorío de mando se manifestaba por una precisión veloz de la idea, por una vibración musical en el lenguaje.

Habla exquisita la suya, como llave de oro que abre las puertas del mundo.

4

Sostiene Platón que ninguna cosa humana es digna de una gran premura.

Mi padre, varón egregio, llevó la suya con ritmo señorial. Activo, emprendedor, infatigable, diversificó y extendió su quehacer como pocos. Mas todo lo hacía sosegadamente, sin precipitaciones inútiles.

Impúsose una férrea disciplina que sujetaba su temperamento versátil. Tuvo un método de vida y otro de trabajo que le permitieron conciliar los goces de la existencia con los deberes de productividad. Un orden admirable presidía su gabinete: papeles, cuentas, objetos. Los cuadros debían estar siempre rectos; las cosas, en su lugar. Nadie llevó mejor el inventario de su vida. Su archivo epistolar y su vasta colección de recortes periodísticos no tienen paralelo.

Tuvo varias casas, muchas oficinas. Todas recibieron la impronta de su genio organizador. Limpieza, orden y buen gusto le acompañaban.

La sabia distribución de las horas, el trabajo meticuloso, una tenacidad ejemplar para terminar lo empezado, fueron sus maestros.

Esa excelente administración de sus energías, ese dominio de la economía vital, le permitieron llegar joven a la vejez. Y a los setenta y cuatro años de su edad soñaba con ser senador, con un viaje a España o con aceptar la responsabilidad de cualquiera empresa comercial que se le presentara.

Nunca rehuyó tarea ni deber, por arduo que fueran. Si el hombre se mide por su capacidad para vencer obstáculos, El fué mariscal para el riesgo y almirante de rendimiento.

5

Mi padre hallaba el mundo siempre rico, interesante, ennoblecedor.

Aun en trances penosos, jamás perdió la confianza en Dios ni en sus propias fuerzas. Un viril optimismo movía sus pasos. Ni enfermedad, ni contrastes morales, ni penuria económica quebrantaron su espíritu.

Esta fué su virtud esencial, la flor de su carácter: saber transmitir calma y confianza a los demás.

¿Enemigos? No los tuvo. Emulos, muchos. El nunca supo de odios ni venganzas. Fué bueno en el sentido profundo del término. Altivo en el infortunio, suave y sagaz en bienandanza, demasiado inteligente para sumirse en el rencor.

Aceptó las pruebas a que lo sometió la Providencia sin proferir queja. Mi mayor admiración fué verlo pasar de la cumbre al filo del abismo, con el paso sereno, con la sonrisa confiada del hombre noble.

Dormía ocho, nueve horas diarias, aun a edad avanzada. ¿No era señal de conciencia en paz, de confianza en el Hacedor y en la vida?

Cada día era para El una nueva aventura, cada hora una experiencia inédita. Tuvo de artista y de cachivachero; un acierto increíble para descubrir la joya, el objeto, el disparate primorosos. Las prendas más humildes ganaban a través suyo prestancia y esplendor. Entusiasta y animoso, no fué esclavo del Destino, sino su señor natural.

Y a veces espoleaba sus corceles peligrosamente, porque, no satisfecho con las excelencias del hombre equilibrado, quería saborear también los vinos pérfidos del varón de temeridades.

6

Amó a la juventud porque sentíase integrado en ella. No conoció abrigo, vitaminas ni específicos. Pudo trasnochar con hijos y nietos de sus amigos de infancia.

Filósofo a la manera de Khayyam, no le importaba el día que se fué ni el día que vendrá; sólo se ocupaba del día presente.

La frescura de su alma corría pareja con su vigor somático. Detestó la palabra "viejo", porque todo El era una afirmación de juventud.

Un fulgor de aurora en la mirada, un aura matinal en el ingenio. Comió, bebió, bailó y se enamoró hasta los setenta y cuatro con avidez de cachorro. Ni penas ni triunfos le quitaron el sueño.

Y demostró que la palabra "joven" es un estado de ánimo.

7

Saber ganar, saber perder, ¿no son el instrumento para medir la temperatura moral del hombre?

Encumbrado, nunca se le vió engreído. Olvidado, no perdió su orgullo de gran señor. El triunfo—y tuvo muchos—no lo perdió; los contrastes—y no fueron pocos—, tampoco. Sabía conservar su buen sentido, su natural dignidad, aun en los trances más apurados.

Mi padre supo vencer, supo perder. Ganó la prueba decisiva del carácter: acertar o errar con alma templada.

Los hados le fueron, por lo general, propicios, a no ser en las mesas de juego, donde invariablemente la fortuna le volteaba las espaldas.

Guerrero sin descanso, todo lo ganaba con su esfuerzo, lo perdía todo por un deseo o un capricho.

8

No suelen darse en una sola persona el hombre productivo y el que sabe gozar de la vida. Mi padre fué la excepción.

Varón de tanto rendimiento no conocí, ni tampoco sensibilidad más alerta al buen vivir.

Su obra vasta, rica y diversa es ignorada. Periodista desde la adolescencia, fundó diarios y revistas: *El Estudiante, La Tarde, El Comercio, El Diario*. Escribió miles de versos y de crónicas en periódicos y semanarios del país, de Europa, de las tres Américas. Las dos mejores revistas que tuvo Bolivia fueron creación suya: *Literatura y Arte* y *Atlántida*. Desterrado en la Argentina, a los sesenta y cinco años editó y mantuvo *Pan-América*, revista de asuntos internacionales. Treinta libros publicó: diez de poesía, doce de cuestiones internacionales, dos de prosa literaria, cuatro didácticos, uno de polémica y otro de memorias.

Fué excelente funcionario público, diplomático y estadista. Sin contar los cargos subalternos, llegó a ser oficial mayor, alcalde, prefecto, subsecretario, asesor, plenipotenciario, ministro de Estado, embajador y cinco veces canciller de la República.

Representó con brillo y con eficacia al país en Inglaterra, Francia, España, Estados Unidos, Cuba, Méjico, Argentina, Chile, Uruguay, Perú, Paraguay. Terminó los pleitos de límites de la nación. Hizo la paz del Chaco. Creó la doctrina de Neutralidad Marítima que lleva su nombre. La mitad de sus obras defienden los derechos de Bolivia y su reintegración marítima. Su *opus magna El problema continental* sirvió de alegato ante la Liga de Naciones. Educó a varias generaciones de diplomáticos y políticos con su propio ejemplo de jefe recto y laborioso. Fué buen catedrático. Miembro de muchas sociedades científicas y culturales del país y del exterior, poseía dieciséis grandes cruces y otras condecoraciones que atestiguan su valía intelectual.

Septuagenario ya, traduce del francés un libro de versos, compone la historia de *El Diario*, colabora en la *Enciclopedia Británica* y escribe *De un siglo al otro*, memorias de un hombre público, que es la autoescultura del ciudadano y del artista.

Luis Fernando Guachalla es quien mejor ha visto su fuerte personalidad patricia, a través de este juicio perspicaz:

"Para Eduardo la patria era todo. La patria boliviana estaba en su mente, estaba en su corazón, estaba en su sangre. La sirvió con honor y con esa mesura propia de su inteligencia, tan equilibrada, que tornaba sencillo para él cualquier sacrificio que, para otros, hubiese resultado penoso o imposible. Yo estuve a su lado en más de una labor de cancillería y puedo atestiguar que nadie le superaba en talento, en sagacidad y en disciplina en el manejo de nuestras cuestiones internacionales."

Un detalle significativo: sin formación universitaria—pues no llegó a terminar sus estudios de abogado—, sólo a base de investigación y meditación personales, El llegó a convertirse en uno de los primeros jurisconsultos del continente.

9

¿Cómo pudo subsistir en el escrupuloso oficinista, en el gran trabajador, el poeta fino e inspirado?

Internacionalista, diplomático y literato, su inteligencia actuaba simultáneamente por las tres venas.

Su estilo lírico, sentimental, fluye con soltura. Fué insigne traductor de Mallarmé, Verlaine, Kipling, Bilac, Correa, Geraldy. Su versión del *Toi et moi* es exquisita; la del *If*, impecable.

Cantó la patria, el hogar, el paisaje natal, con inspirado acento. Ensayó el poema épico con éxito. Supo amar, sentir y evocar el pasado con finura emotiva. Habrá poetas mayores en Bolivia, pero pocos le superan en delicadeza de expresión y en el manejo alado del idioma.

En sus *Poesías escogidas* hay joyas de antología.

Y es que el bardo era El; artista por temperamento, subyacía oprimido, pero no callado por las urgencias del estadista y del mundano.

10

Si para el sentimiento y su expresión tuvo primores de acuarelista, para el concierto humano fué maestro de taller.

En tierras donde todos se sienten luchadores enconados, mi padre buscaba la pacificación. Pasó por la política predicando unión y tolerancia. Sagaz acercador de voluntades. Amigo y consejero de varios presidentes.

Alma culta en el sentido profundo del vocablo, buscaba el bienestar general, la armonía de los espíritus.

Recuerdo una de sus más bellas frases: "Los enemigos se destruyen solos."

Al escribir la historia de *El Diario*, teniendo en sus manos de juzgador cincuenta años de vida nacional, fué justo con amigos y adversarios.

Concebía el arte de convivir no con las estridencias de los epigonos de Wagner, sino a la manera dócil y tranquila de un preludio de Bach.

11

Supo ganar dinero como pocos y disiparlo como nadie. Varias fortunas se le fueron de las manos.

Tuvo casas, joyas, obras de arte. Recuerdo el billar barroco, la mejor pianola de su época, una cuadra de caballos de raza, su pasión por los automóviles de lujo, su biblioteca histórica y jurídica.. Todo adquirido a plazos.

Estoy viendo un hermoso óleo, un casto desnudo de mujer que coronaba la biblioteca, adquirido en libras de oro. El famoso reloj de fantasía, primer premio en París, que dejaba estupefactos a los amigos. Sus cigarreras esmaltadas. Tantas cosas bellas, raras, que El ponía en circulación con refinamiento de *connaisseur*.

Hizo del crédito fuente inextinguible de bienestar. Fué el mejor cliente de los Bancos, donde sentaba cátedra de puntualidad. Pagaba lentamente, pero pagaba siempre, abriendo nuevas cavidades para cerrar viejos agujeros. Y éste

es el secreto del porqué era el gran mago de los pagarés y las libranzas: cumplía, aunque fuera poco a poco.

Otro se habría sentido prisionero de sus deudas. El, no. Tomaba el dinero con elegancia y desprendimiento señoriales. Cuando había que gastar, a gastar; cuando no había, también. Sólo avaros y tontos guardan sus caudales.

En una época de bonanza, cuando yo le aconsejaba pagar sus créditos, me contestó con gracia:

—¡Hombre!, si no me ocupo de mis deudas, ¿de qué me voy a ocupar?

12

"Vamos a preguntarle a don Eduarlo", era una frase habitual. Y don Eduardo resolvía problemas propios y ajenos con su inteligencia clarísima y su experiencia consumada.

Alma altruísta, hizo culto de ayuda al prójimo. Caritativo aun en medio de los reveses financieros, tuvo rasgos admirables de generosidad.

Cuando tuvo, repartió. Pasando apuros, se las compuso solo. Y a despecho de ingratitudes y decepciones, siguió sembrando el bien por el bien mismo.

Era el hombre fino, de las altas alturas, que pone razón, justicia y entendimiento como centros inductores de conducta humana.

13

Pero bondad natural no significa falta de carácter. Fué mi padre hombre resuelto, valeroso.

En el cumplimiento de su deber, intransigente. Como jefe, comprensivo y exigente al mismo tiempo. Cierta vez buscó a un ofensor para castigarle con un chicote, cosa que no hizo al verle acobardado. Se batió a duelo en defensa de su honra. En la diplomacia, aunque representaba a nación pequeña y débil, tuvo rasgos de entereza en que se jugó entero. Como aquella vez que desafió al marqués de Rojas por haberse expresado despectivamente de Bolivia. Aquella otra en que se negó a recibir una nota que pretendía devolverle un altanero canciller argentino amenazándolo con la ruptura de relaciones. Una tercera en que anunció "la rotura de los diques", en plena Conferencia Panamericana, si no se escuchaba la demanda portuaria del país andino. Más aún: su hábil y firme conducción de las negociaciones de paz en la cuestión chaquense, primero con los neutrales en La Paz, luego en la Conferencia Continental en Buenos Aires, donde tuvo que acudir al peligroso recurso de anunciar el retiro de Bolivia y el consiguiente escándalo para vencer la intransigencia paraguaya y las reticencias de los neutrales.

En política, en diplomacia, en periodismo, supo demostrar coraje sin llegar a la violencia. Tenía valor civil.

14

Su vida transcurrió en viajes constantes. Habitó el viejo y el nuevo continente. Pero sabía el secreto de viajar con su patria y con su tienda: las llevaba dentro.

Tan pronto como llegaba a una ciudad, buscaba cómoda vivienda; la mejor

pieza tenía que ser su escritorio. Ordenaba libros y papeles, la decoraba con buen gusto e instantáneamente se ponía a trabajar.

Esa misma noche, aunque la jornada hubiera sido fatigante, se iba al mejor cabaret. Gustaba del gran espectáculo, de las mujeres lindas, de la buena mesa, de la expansión jubilosa con amigos, sin rebasar los límites del propio decoro. Nunca se cansó de bailar ni de alternar con gentes simpáticas.

¿Cómo pudo soportar cincuenta años esa doble vida de trabajo y diversión?

Por su resistencia y vigor excepcionales, porque ponía límites al rendimiento profesional y a las horas amables. Este dominio interno, rara vez transgredido, lo salvó de terminar en tarambana o calavera. Era, simplemente, un hombre que sabía vivir.

Fué el nómada de dos maletas. En una llevaba sus deberes; en otra, sus aficiones.

Por eso le compararon con Metternich y con el príncipe de Broglie, estadistas y mundanos en simbiosis admirable.

15

Cristiano por su rectitud moral, tuvo desvíos de pagano en sus reacciones sensibles. Tomóse libertades que familia y sociedad nunca aceptaron. Mas tenía un buen fondo conciencial que siempre le volvía al buen camino.

No quiero hablar de sus defectos, porque pienso que sus virtudes los disolvían.

Un corazón ardiente, una voluntad entusiasta, ¿cómo podrían ser perfectos?

La gloria de mi padre es que conoció el sentido de proporción, supo medirse y, al cabo, el balance final dice: un gran señor.

No fué esclavo de pasiones ni de cosas. Si aquéllas las dejó estallar, sabía también reprimirlas; a éstas las reunió y aventó con espléndida prodigalidad.

Porque la fortuna no consiste en acumular billetes y vivir como pobre, sino en pasar como rico aunque falten los billetes.

Y en este punto El era maestro de bien vivir.

Culto y atildado, pasó por la vida como flor de civilización. Amó la patria, el hogar, los amigos. Gustó buenos vinos y manjares, lindas mujeres, el juego y las apuestas. Surgió en el trabajo, brilló en la conversación. Compartió estudio y diversión. Urbanizó, contribuyó al progreso social y cultural. Gran hombre público y varón de amenidades, prestigió oficinas y salones. Por la aristocracia de su espíritu, por la selección de su ingenio, por su saber práctico en modos de conducta, fué profesor de sociabilidad y consejero irreemplazable.

16

Descontado su impulso renovador en la Administración pública, es en Sopocachi donde extrema sus afanes de progreso.

Abrió calles y avenidas; trajo el agua potable, el alumbrado, los tranvías; embelleció sus jardines. Nuestra casa era un alarde de limpieza, de orden, de buen gusto.

Creo que en Sopocachi vivió sus días más felices.

Fué padre amoroso, digno jefe de familia. Por eso es difícil recordarle sin que las lágrimas acudan a los ojos.

Le veo echando su mano de "Sapolin" a los bancos del parque, o a puertas y ventanas comidas por el sol. Después del almuerzo, bajo la fragancia de un rico habano, el famoso "colorado claro", que constituía su delicia cotidiana, fumaba y meditaba, acompañado por mi madre, al aire libre, rodeado por el trino de los pájaros y el aroma de las flores. Buen jinete y mejor ciclista, utilizaba ambos medios con destreza. Tocaba la pianola con un gusto especial, que hacía olvidar su calidad mecánica. Era un espectáculo verlo jugar billas. A veces, después de la cena, en las noches lunadas, nos llevaba a dar vueltas al parquecito. Contaba cuentos fascinadores, chistes entretenidos. Un carnaval nos sorprendió con el doble regalo de un arco iris fantástico y un bombardeo de cartuchos de harina. Regalos y juguetes suyos los tuvimos, tal vez no muchos, pero siempre de los mejores.

Tenía una hermosa guitarra, en la cual tocaba de oído sólo dos o tres piezas, con tanta emoción, que siempre parecían nuevas: un *wayño* indio, el *Terremoto*, de Sipesipe, y algo más. En sus últimos años, un organillo reemplazó la guitarra de días pasados.

¡Y sus cuentos y recitaciones: inolvidables! Como aquel soneto de Chocano que en sus labios fulgía como un diamante; o esa graciosísima historia de Cupicho, el perro *Kala*, que paseó triunfalmente por diez naciones, ganando más admiradores que un *crak* de fútbol.

Fué severo sin ser majadero, tolerante sin debilidades. Nos educó tan hábilmente, que ahora comprendo que esa pedagogía intuitiva, templada, es la mejor herencia que nos legó.

Le veo salir de la capilla, después de haber oído la misa con devoción. O partir cada mañana a la oficina, alegre y elegante, para volver al anochecer, siempre animado y jovial.

Sí. En Sopocachi vivió sus horas más dichosas en la recogida intimidad de un hogar incomparable.

17

Dice Hesse que en cada hombre no hay un solo ser, ni dos, sino varios, tal vez ciento. La multiplicidad anímica es la característica del yo. Y aunque no llegue a desarrollar en plenitud sus posibilidades, cada hombre es, en realidad, un hiperpersonaje.

Algo de esto ocurría con mi padre.

No fuí testigo de sus veladas sobre el tapete verde, de modo que no puedo imaginar cómo sería el jugador. Pero sí sé que sus mejores amigos, los que más le apreciaban y respetaban, fueron precisamente jugadores. En el hogar fué uno, otro en la oficina. Diplomático, nadie lo superaba. Tuvo algo de comerciante y otro poco de financiero e industrial. Poeta y bohemio coexistían con el varón práctico. Fué jefe en un estilo, amigo en forma diferente. Para el estudio desarrolló un método, para el dominio organizado del vivir otro. Deportista, político de gabinete, polemista, empresario, ligado a imprentas, diarios, teatros y revistas, tenía pasta de líder, de animador, de propulsor de actividades.

Fué, positivamente, muchos hombres en uno. Alma plural. Pocos disfrutaron el regalo de su compleja y múltiple personalidad en su ondeante y fluyente diversidad.

Era un compendio de humanidad.

Aunque su existencia no estuvo orientada a la ciencia ni a las artes, sino más bien al mundo, a la diplomacia y a las letras, evoca el recuerdo de aquel

maravilloso caballero Leon Battista Alberti, ingenio enciclopédico que llenó el mil quinientos con la fama de sus talentos y su varia personalidad.

Esa es una de las claves para entenderlo: admitir que fué un alma de almas, una suma de sabidurías.

Y así como Sócrates supo la técnica sublime de encadenar a sus preguntas a filósofos y razonadores, mi padre ejerció el ministerio alado de la mundanidad sin rivales a la vista.

Tanta experiencia, tanta gracia para enseñar deleitando, daban la impresión de un ágora ingeniosa de cien maestros.

Fué único y fué muchos.

18

Adoraba las carreras de caballos, esos centros de refinamiento donde el ser civilizado agota sensaciones.

Los hipódromos de París, de Nueva York, de Buenos Aires, de Lima y de Santiago le vieron de levita, de chaquet o de saco azul, con los prismáticos en una mano y en la otra el programa de carreras.

Sábados y domingos eran días mágicos. Para El no había delicia mayor que irse temprano al hipódromo, sumergirse en esa onda de frescura del escenario natural: grandes espacios abiertos, manchas de verde, el sol de oro en el cielo azul, el aire lúcido, la multitud multicolor. Luego, el desfile de finos y nerviosos animales. Los hombres elegantes, las mujeres deslumbrantes. Terminado el almuerzo, con buenos vinos y un habano voluptuoso, se aprestaba a lo mejor de la jornada: la tensión de las apuestas, el transcurso excitante de las carreras, donde su alma de jugador ardía de entusiasmo.

Escucho todavía su gozosa exclamación en el hipódromo de Maroñas, en Montevideo:

—¡*Don Tomás*, no más!

Don Tomás era un espléndido alazán, uno de los pocos animales que le hizo ganar, entre las mil yeguas pérfidas que se llevaron su dinero.

Gran carrerista fué mi padre. Y creo que nadie le superó en conocimientos del hipismo ni en goce emocional del espectáculo.

19

No era el macho violento y posesivo con las mujeres, sino el varón distinguido que conquista con inteligencia y delicadeza. Conocía todas las sutilezas del carácter femenino. Sabía tratarlas. Y más que a buena suerte—que le sobró—atribuyo a su fino temperamento de artista el éxito extraordinario de su acontecer amoroso.

De joven y hombre maduro tuvo lances sonados. En edad avanzada seguía subyugándolas, con asombro de mocitos y donjuanes.

Dos botones, entre las mil flores que ornaron su jardín amatorio. A los veinticuatro años, ganó el corazón de Gaby Deslys, famosa artista francesa, amada por príncipes y rajaes. A los sesenta y cuatro, encantaba a Florence Marly, también francesa, joven y bella artista de cine, que despertó polvareda de entusiasmo a su paso por La Paz.

Muchas pupilas femeninas debieron de empañarse de lágrimas sinceras, en distintos puntos del Globo, cuando se divulgó la noticia de su muerte.

Y es justo consignar aquí que su mejor conquista, su amor más duradero, su compañera abnegada y fidelísima, fué doña Etelvina Guachalla, esposa y madre incomparable, la del soneto de Interlaken, que supo comprender y tolerar sus flaquezas como mujer alguna lo habría hecho, y a quien El amó con afecto profundo.

Poco antes que ella le cerrara los ojos, mi padre reconoció esa deuda de amor y de bondad a su admirable compañera.

20

Era un encantador, capaz de transvertirlo todo. Tuvo el don de mando y la facultad de creación: todo salía bien organizado de sus manos.

Insuperable en el diálogo, preciso en el consejo, refinado en el matiz. Tuvo la suerte de ser alegre y saber alegrar a los demás. ¡Jamás piloto alguno gobernó su nave más seguro en la tormenta del vivir!

El mundo se tornaba más sencillo junto a El.

Oigo la voz amada resonar en mis oídos:

—Todo se puede arreglar.

O en los momentos de angustia:

—¡Calma, calma; con calma se ven mejor las cosas!

O en las horas de apuro:

—Dios vela por sus animalitos. Ya saldremos de esto.

Balzac, con todo su genio, no conoció un ser así ni habría podido dibujarlo en la total complejidad de su psicología.

Esa combinación increíble de oficinista y de bohemio, de padre de familia y de *clubman*, de político y de poeta, de luchador y diplomático, de escritor y hombre de negocios, de estadista y de mundano, de artista y de empresario, de sibarita y de pionero...

Fué el más grande de los Díez de Medina. Otros podrán aventajarle en virtudes menores; nadie en equilibrio biológico, en plenitud de vida, en acción creadora, en señorío de la persona y del pasar humano.

Si no fuera hipérbole, podría afirmarse que con El se fué el último gran señor.

21

¡Don Eduardo! ¡Qué mundo de ternura, de esperanza, de confiada alegría, en estas dos palabras que condensaban la seguridad y el encantamiento del vivir!

Pienso que si a mi madre y a nosotros, sus hijos, nos fuera dado elegir guía y compañero, todos volveríamos a escogerlo a El. Y éste es su mejor elogio.

Porque mi padre se elevó tan alto sobre los demás, que su dicha y su recuerdo lucen como una estrella. Y le veo como guardián del pórtico a lejanos mundos superiores.

22

Si me dijeran cómo podrían juntarse talento y rectitud, bondad y dinamismo, nobleza y simpatía, aunando la firme voluntad con la más exquisita alma sen-

sible, contestaría que sólo una vez conocí este milagro psicológico en planta humana:

—¡Mi padre!

Y si a sus amigos, a quienes le conocieron íntimamente, se les preguntara:

—¿Quién era ese don Eduardo, cuyo recuerdo hace latir apersuradamente los corazones?

Presiento que ellos responderían:

—Fué el Gran Encantador. Un hombre como un mundo. Tuvo un corazón tan noble que desbordaba la cárcel de lo cotidiano. Llevaba en los labios la sonrisa de la vida en flor. Fué maestro y camarada, basculando siempre entre la temeridad juvenil y la madura sabiduría. Su estilo armonioso de vida y pensamiento no se podría imitar. Hombre solar, inolvidable espíritu.

Yo le compararía con el colibrí, misterioso mensajero, inquieto siempre, siempre fulgurante, cuyas alas vibrátiles son un canto de felicidad a la Naturaleza.

Porque mi padre fué sembrador de dicha, alado portador de júbilos.

23

No. El no se ha ido. Está con nosotros, nos acompaña y nos anima en el transcurso de las horas.

A veces viene a mi estudio y conversamos largamente, en una charla muda que me abre puertas desconocidas de comprensión. Lo encuentro en la calle y avanzamos juntos. Se sienta a mi lado en el café. Brota su recuerdo del paisaje, de la música, de los libros. Y si alguien me ve cruzar absorto por el Prado, sin contestar saludos, es porque estoy paseando con mi padre, y nada me parece mejor que marchar con El, oír su voz amada, sentir que la vida es grata al influjo de la dulce y deliciosa ternura familiar.

Y pienso que el mejor homenaje al varón insigne que nos legó su nombre consiste en aplicarle los versos inmortales del *If*, de Kipling, que por designio inescrutable don Eduardo Díez de Medina supo traducir con suprema elegancia de conocedor del mundo y artífice del verso:

SI...

Si conservas el juicio cuando otros lo han perdido,
mientras te juzguen ellos por tu cordura loco;
si solo en ti confías cuando estás perseguido,
dejando que la duda se vaya poco a poco;
si esperas resignado, sin cansarte en la espera;
si, calumniado, nunca devuelves las injurias,
porque no sientes cólera y encuentras la manera,
sin mostrarte violento, de soportar sus furias...

Si a soñar has llegado, sin ser tu solo sueño
soñar; si pensar puedes sin que tu pensamiento
sea el único norte de tu acción y tu empeño;
si una verdad que has dicho te la devuelve el viento
por labios de villano desvirtuada o torcida;
si no te inmuta el odio de los hombres falaces;
si cuando ves quebrarse la ilusión de tu vida,
con fuerzas, ya gastadas, de nuevo la rehaces...

Si en un montón reúnes ganancias y riqueza,
y arriésgalo todo de golpe en una suerte,
y ante la misma pérdida, con igual fortaleza,
trabajas, olvidando lo que pudo perderte;
si puedes a tus músculos, tu corazón, tus fibras,
obligarles, gastados, de nuevo a sostenerte;
si luchas, sin desmayo, cuando ya apenas vibras,
porque es tu voluntad, más que tus huesos, fuerte...

Si hablando a multitudes conservas el buen juicio
y andando con monarcas no caes en la jactancia;
si amigos ni adversarios te arrastran hacia el vicio
mientras los compadeces, sereno y a distancia;
si vives en el vértigo y al girar de la tierra
corres con los minutos, sin que nada te asombre,
¡tuyo ha de ser el mundo, con todo lo que encierra;
tuyo al fin, hijo amado, porque serás un hombre!

RUDYAR KIPLING.

(Traducción de don Eduardo Díez de Medina.)

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTORES
MARQUES DE VALDEIGLESIAS
LUIS ROSALES

SECRETARIO
ENRIQUE CASAMAYOR

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA

Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91

ADMINISTRACIÓN

Alcalá Galiano, 4
Teléfono 24 91 23
MADRID

●

EN EL PROXIMO NUMERO 81
(SEPTIEMBRE 1956)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

Fernando Murillo Rubiera: *La acción de la Unión Soviética sobre las Repúblicas americanas.*

Gerhard Kroll: *Decadencia y renovación del Occidente.*

Joan Perucho: *Antología poética.*

Francisco Pérez Gutiérrez: *Sentido y medida de Menéndez Pelayo.*

Jaime Delgado: *La unidad de Hispanoamérica.*

Aquiles Emilio: *Relato chipriota* (Prólogo y traducción de Antonio Tovar).

José María Valverde: *Hacia una poética del poema. Nuevas perspectivas del objeto poético.* (Conclusión.)

●

En páginas de color: *Crónica de la V Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información.*

●

Y las habituales notas de actualidad cultural americana y europea.

●

Precio del número 80
QUINCE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO